



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN LETRAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS**

**Historia, literatura y ensayo: la revista *Humanismo*
en su primera época (1952-1954)**

**TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN LETRAS (LETRAS LATINOAMERICANAS)**

PRESENTA:

RICARDO CADENA SOLÍS

Tutora:

Dra. Regina Aída Crespo Franzoni
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-UNAM



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción	4
I. Cultura, sociedad y política en América Latina	9
I.1 Intención.....	9
I.2 El panorama sociopolítico en América Latina en el medio siglo XX.....	10
I.3 Aspectos culturales. <i>Humanismo</i> y el medio editorial latinoamericano.....	12
I.4 Desde la perspectiva mexicana. La consolidación del desarrollo.....	17
I.5 Los intelectuales y el desarrollo editorial mexicano.....	20
II. Historia de un proyecto editorial	25
II.1 Intención.....	25
II.2 <i>Humanismo</i> . Primera época (1952-1954).....	26
II.2.1 Mario Puga y la ruta del exilio.....	26
II.2.2 La fundación.....	29
II.2.3 La primera crisis.....	33
II.2.4 Visión empresarial: nace la Editora y Distribuidora Humanismo.....	37
II.2.5 El director se separa.....	40
II.3 <i>Humanismo</i> . Segunda época (1954-1958).....	42
II.3.1 Replanteamientos y nuevas perspectivas.....	42
II.3.2 Un director desde la distancia. Roa vuelve a Cuba.....	49

II.4 <i>Humanismo</i> . Tercera época (1959-1961).....	51
II.4.1 De México a La Habana.....	51
III. La voz de una revista: el ensayo como género organizador.....	56
III.1 Intención.....	56
III.2 La concepción de una línea editorial.....	57
III.3 El ensayo: una caracterización genérica.....	62
III.4 El ensayo en la práctica y el debate entre géneros.....	66
III.5 <i>Humanismo</i> y sus ejes rectores.....	72
III.5.1 Humanismo.....	80
III.5.2 Crisis social y de valores.....	86
III.5.3 Latinoamérica y México.....	87
III.5.4 Literatura.....	93
III.5.5 Arte.....	97
III.5.6 Artista y Estado.....	102
III.5.7 Varios.....	104
Conclusiones.....	106
Bibliografía.....	111
Hemerografía.....	115
Archivo.....	116

Introducción

Las páginas de este trabajo proceden de un acercamiento paulatino a la historia y la lectura de las revistas culturales latinoamericanas. Son resultado, también, del interés por revalorizarlas a partir de su relación directa con su presente social, histórico y cultural, interés ejemplificado en los estudios críticos que en los últimos años han colocado a las revistas ya no como objetos relacionados tangencialmente con una época, un personaje, una institución, etc., sino como sujetos de investigación a partir de los cuales se organizan metodologías específicas.¹

El tema que aquí se aborda, la revista *Humanismo*, está estrechamente relacionado con la idea de revalorización de las publicaciones periódicas en sí mismas y dentro de una época histórica determinada. *Humanismo* fue fundada en 1952 como revista cultural por el exiliado peruano Mario Puga, residente en México durante el régimen de Manuel Odría en Perú (1948-1956), y en ella participaron tanto intelectuales mexicanos de ideología afín a los gobiernos revolucionarios, como latinoamericanos adscritos a las izquierdas democráticas y exiliados españoles adheridos a la República derrocada. Tales figuras intelectuales y políticas conformaron un proyecto plural. En 1954, Puga dejó la dirección en manos de Raúl Roa García, exiliado cubano que había arribado a México como perseguido político durante el segundo gobierno de Fulgencio Batista, y con él la publicación adquirió un tono político de objetivos continentales. De regreso en Cuba, en 1955, Roa se alejó físicamente de *Humanismo* pero no de su dirección, que mantuvo hasta 1958 junto al político venezolano Ildegar Pérez Segnini. La revista permaneció en México hasta el triunfo de la Revolución de Castro, tras de

¹ En ese sentido, han sido útiles los trabajos de Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM/Eón, 2010; Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Juan Pablos Editor, 2012; así como el volumen especial "Revistas literarias/culturales latinoamericanas del siglo XX", coordinado por Jorge Schwartz y Roxana Patiño, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXX, núm. 208-209, julio-diciembre de 2004; y los volúmenes de *América: Cahiers du CRICCAL*, coordinados por Claude Fell, núm. 4-5, 1990; núm. 9-10, 1992; núm. 15-16, 1996.

lo cual se trasladó a La Habana para editar allí sus últimos números, bajo la dirección del puertorriqueño Juan Juarbe y Juarbe, antes de desaparecer a principios de 1961.

En el panorama histórico de las publicaciones periódicas, *Humanismo* se ubica en el cruce de dos factores contrastantes: por un lado, participó ampliamente en su época al construir una red de colaboradores de reconocimiento internacional; sin embargo, a pesar de este rango de importancia en el contexto editorial y cultural de mitad del siglo XX, su estatus no trascendió el paso de los años y en la actualidad la revista es casi desconocida. Su bibliografía crítica se circunscribe únicamente a los trabajos de Andrés Kozel² –a los cuales esta investigación debe su origen y fueron guía para la recopilación de nuevos datos–, y se complementa con las anotaciones de algunos índices hemerográficos, esforzados aunque inexactos,³ y ciertas referencias incluidas en semblanzas y perfiles biográficos sobre Raúl Roa.⁴ Esta notable carestía de fuentes directas, en contraste con la dinámica histórica de la propia publicación, reforzó la idea de emprender una investigación que alimentara este campo de estudio.

¿Bajo qué parámetros establecer la estructura de trabajo? La respuesta a este cuestionamiento partió de los antecedentes críticos disponibles. Kozel define los suyos a partir de una perspectiva social-política que explica, desde la propia idea de *América Latina*, la vocación de la revista enmarcada por una *historia* de *Humanismo* a través del recuento cronológico de sus protagonistas y su división en tres etapas claramente diferenciadas. Este trabajo, por su parte,

² Andrés Kozel, “América Latina en *Humanismo* (México-La Habana, 1952-1961)”, en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM/Eón, 2010, pp. 319-352; así como el artículo “Latinoamérica en la primera etapa de *Humanismo* (México, 1952-1954)”. En http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Articulos/Latinoamerica_en_la_primer_etapa_de_Humanismo.pdf

³ Véase, por ejemplo, Fernando Curiel, Carlos Ramírez y Antonio Sierra, *Índice de las revistas culturales del siglo XX (Ciudad de México)*, México, UNAM, 2007, pp. 147, 326. En esta recopilación, los registros correspondientes a *Humanismo* indican un periodo de publicación erróneo de 1952-1962, periodicidad bimestral y dirección de Raúl Roa e Ildegar Pérez Segnini, datos tomados, sin duda, de los últimos números editados en México, ignorando sus etapas previa y posterior.

⁴ El historiador Rafael Rojas hace una semblanza de *Humanismo* a partir de su papel como documento antológico del pensamiento de la izquierda revolucionaria no comunista, y como mapa de los exilios latinoamericanos en México, con base en los datos que sobre la revista y sobre Raúl Roa aportan Andrés Kozel (“Latinoamérica en la primera etapa de *Humanismo* (México, 1952-1954)”) y Salvador E. Morales y Laura del Alizal (*Dictadura, exilio e insurrección. Cuba en la perspectiva mexicana. 1952-1958*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1999). Véase Rafael Rojas, “México y las dictaduras caribeñas, 1934-1959”, en Mercedes de Vega (coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010. Caribe*, (Volumen 3), México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, pp. 120-121.

tiene una perspectiva eminentemente literaria-cultural que se asocia, a partir de ella, a una serie de enfoques multidisciplinarios. Dicha perspectiva tuvo una dificultad central para su consolidación: ¿cómo definir y estructurar un trabajo de tema literario sin dejar que lo político trasminara, y dominara, el análisis? Luego de distintas tentativas se llegó a la conclusión de que, para la revista, la fórmula cultura-política-sociedad era indisoluble y así esta tenía que ser estudiada. Se corroboró como necesario el recuento histórico de la publicación en sí misma, contrastado por una valoración cultural, política y social del contexto latinoamericano. Se pensó la revista desde su concepción integral, tal y como había sido definida por sus fundadores en su carácter de revista cultural. La división cronológica de sus etapas hecha por Kozel resultó pertinente para establecer periodos de estudio. Luego de una lectura general, del hallazgo de variables en el uso de distintos géneros literarios, y de sus funciones específicas dentro de la publicación, se determinó que este afán integrador, plural y cultural correspondía a la primera de las etapas de publicación, la dirigida por Mario Puga y su consejo editorial entre 1952 y 1954, etapa que comprende veinte números editados.

De esta manera, el texto gira en torno a ciertas hipótesis planteadas al respecto: que el contexto político-social latinoamericano definió el lugar de los intelectuales como sujetos participantes de la coyuntura social y política, a la vez que sujetos en búsqueda por la autonomía de su campo; que *Humanismo*, en su primera etapa, cumplió en su línea editorial con los principios definidos por su cuerpo directivo, que comprenden una visión humanista integral reflejada en su variedad temática, y una postura política que se pronunciaba como democrática y alejada de radicalismos; y que el ensayo, como género literario, es un tipo de texto recurrente en la revista y el que sirve de guía para conocer sus principios editoriales y entender el cumplimiento de su línea editorial en los veinte primeros números.

Tres capítulos conforman esta investigación. El primero define, en términos generales y bajo el concepto de *campo intelectual* de Bourdieu, un contexto político, social y cultural latinoamericano correspondiente a la década de 1950, como marco histórico referencial para ubicar, temporal y geográficamente, el lugar de *Humanismo* y las coyunturas que sobre ella influyen: las tensiones políticas en América Latina derivadas de la Guerra Fría; la participación social de los intelectuales y las nuevas perspectivas literarias; la relación de aquellos con los grupos de dominación política, y el papel de los exilios como articuladores de redes de participación cultural. Este marco histórico desemboca en el panorama mexicano político, literario y editorial en el cual habitó *Humanismo* en los más de seis años de publicación en este país.

El segundo capítulo se organiza en torno a una noción de *red intelectual*, tomada de Eduardo Devés-Valdés, y aborda la crónica de *Humanismo* como parte activa de un periodo histórico ya conocido y, a través de ella, las relaciones que intervinieron en su progresivo desarrollo editorial, temático, ideológico y material. Segmentado por sus principales épocas directivas (Puga 1952-1954, Roa-Pérez Segnini 1954-1958, Juarbe y Juarbe 1959-1961), el recorrido incluye lugares, personajes, proyectos alternos y circunstancias históricas que incidieron en la fundación de la revista, pero también en sus virajes ideológicos y su abrupta desaparición.

El tercer capítulo analiza, específicamente, la primera de las épocas de publicación, con base en los argumentos ya referidos –contenido temático plural, orientación cultural y literaria destacada–. Explica de qué manera el ensayo sirvió como género organizador de una línea editorial y como eje articulador del seguimiento de la misma durante el periodo analizado. Es, indudablemente, el capítulo que representa mayor complejidad teórica. Define, en primer lugar, los parámetros de una *línea editorial* dentro de un medio comunicativo. Debate, más

adelante, los alcances del concepto *ensayo* tanto en el campo literario como en el periodístico, para condensar una caracterización que justifica la elección del material textual analizado. Definidos los términos, el análisis avanza hacia un repaso de los postulados: explica la forma en que el ensayo construye unos principios editoriales a partir de ciertas reflexiones en torno al *humanismo*, concepto de amplios alcances que está presente como tema de reflexión y que le da nombre a la revista; más adelante, se aborda la línea editorial derivada de aquellos principios en relación a los temas, coyunturales o no, que la publicación adoptó en esos veinte números.

Cabe añadir que la visión latinoamericanista de *Humanismo* es limitada. Se inscribe, más bien, en un hispanoamericanismo que toca, fugazmente, la coyuntura de países como Haití o, más reducidamente, Brasil. Bajo los términos de “Indoamérica”, primero, y “Nuestra América”, más tarde, esas ausencias quedaron relativamente cubiertas. Este trabajo, sin embargo, retoma en distintos momentos la totalidad de conceptos con los que la revista intentó condensar un fenómeno de conjunto.

I. Cultura, sociedad y política en América Latina

I.1 Intención

Este capítulo aborda el estudio del panorama cultural latinoamericano en el que la revista *Humanismo* participó durante su periodo de publicación (1952-1961). No se circunscribe específicamente a este lapso de tiempo sino, de manera general, al recorrido por la década de los cincuenta –con algunas necesarias regresiones–, a partir de una mirada a la figura de los intelectuales, cuya labor en distintos sectores de la cultura estuvo relacionada directamente con el contexto social y político y la influencia que los círculos de poder ejercían sobre su actividad.

El objetivo es describir el contexto político, social y cultural situado en la medianía del siglo XX en Latinoamérica y, particularmente, en México, y así reflejar que este panorama definió el lugar de los intelectuales, simultáneamente, como sujetos participantes en la coyuntura social y política y como sujetos en búsqueda por la autonomía de su campo.

Por la naturaleza de sus propósitos, este capítulo se ha estructurado a partir del concepto de *campo intelectual*, desarrollado por Pierre Bourdieu, pues su sentido abarcador incluye elementos centrales de este estudio, como las figuras del autor y del editor en la producción de bienes culturales. El campo intelectual no delimita un espacio físico, sino que tiene, mejor dicho, un alcance teórico y metodológico.¹ Se describe como “un sistema de líneas de fuerza” formado por lo que Bourdieu llama agentes (individuos, creadores) o sistemas de agentes (academias, instituciones, cenáculos) que, al surgir, se interrelacionan de distintas maneras, adquiriendo una estructura específica en un momento dado del tiempo.² Explica, a su vez,

¹ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980, pp. 14-16.

² Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Montessor, 2002, p. 9.

cómo las relaciones entre elementos (un escritor con su obra, un autor con la sociedad) no son directas, sino que están mediadas por el propio campo y por la posición que cada uno ocupe dentro de él. Altamirano y Sarlo lo sintetizan como un “sistema de relaciones que incluye obras, instituciones y un conjunto de agentes intelectuales (desde el escritor al editor, desde el artista al crítico, etc.)” regido por una lógica, “la de la lucha o competencia por la legitimidad cultural”.³ El campo intelectual exige una autonomía que le confiera el ejercicio de leyes propias y la completa libertad en la producción de bienes simbólicos; autonomía relativa –que no total– porque sobre ella influyen el poder adquirido por otros campos que tratan de legislar, discreta o abiertamente, sobre él.

I.2 El panorama sociopolítico en América Latina en el medio siglo XX

La revista *Humanismo* fue un producto derivado de distintas circunstancias históricas que tienen sus antecedentes en el desarrollo político y social en América Latina desde los comienzos del siglo XX. Los procesos modernizadores iniciados a principios del siglo en los países del área tuvieron diferentes ritmos evolutivos, condicionados por crisis políticas, económicas y reiteradas etapas de violencia que elevaron la participación social de los ciudadanos en distintos niveles de la vida pública. Esta primera mitad del siglo atestigua el surgimiento de una nueva etapa del nacionalismo latinoamericano, que tiene su base constitutiva en los debates intelectuales sobre identidad nacional, y que se caracterizó por la recuperación de un pasado histórico común y por el progresivo rechazo a las políticas intervencionistas de los Estados Unidos. En ese sentido, el intelectual latinoamericano reafirmó la función social de su quehacer humanista, al acrecentar la participación de su campo en los procesos históricos globales. Son décadas, asimismo, definidas por la entrada a

³ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 15.

la vida política de las clases populares a través de nuevos partidos de orientación radical, producto de la conformación de un proletariado que en la década de los cuarenta ya agrupaba una base social importante.⁴

Las condiciones políticas se dividían en casos particulares. Para la llegada del medio siglo, México había conformado una maquinaria gubernamental de sólida dominación política, a través de un partido –transformado de Partido de la Revolución Mexicana a Partido Revolucionario Institucional en 1946– que se legitimaba como heredero de los principios de la revolución ocurrida en las dos primeras décadas del siglo. Argentina, por su parte, había atravesado décadas convulsas entre gobiernos radicales, conservadores y militares, cuyos constantes cambios, democráticos y *de facto*, no habían logrado acelerar el crecimiento económico nacional; este proceso político desembocó en el primer gobierno nacionalista de Juan Domingo Perón (1946-1955) y la subsecuente crisis económica que lo llevaría a su caída. En Perú, la primera mitad del siglo no tenía otro recuento más que el de una serie de regímenes militares –Leguía, Sánchez Cerro y Benavides– combinados con efímeros gobiernos democráticos –Manuel Prado y José Luis Bustamante y Rivero–, con impactos poco alentadores en el proceso modernizador que derivaron en un nuevo gobierno militar, el llamado Ochenio presidencial de Manuel Odría (1948-1956). En Colombia, la pugna entre liberales y conservadores tampoco favoreció la inversión, que se vio después frenada por los disturbios urbanos y la crisis del campo durante el periodo de la Violencia a partir de 1948, durante el gobierno de Mariano Ospina; los subsecuentes gobiernos del conservador Laureano Gómez y el general Gustavo Rojas Pinilla agudizaron ese proceso. Venezuela también había experimentado una sucesión de gobiernos democráticos y golpes de Estado; en 1948, un nuevo golpe militar derrocó al gobierno de Rómulo Gallegos, colocando a Marcos Pérez Jiménez en

⁴ Véase Edwin Williamson, *Historia de América Latina*, México, FCE, 2013, pp. 309-371.

el poder hasta 1958. En las repúblicas centroamericanas hubo asimismo este tipo de alternancia en los gobiernos, con un bajo desarrollo económico, casi siempre bajo la influencia estadounidense en la toma de decisiones políticas. En las Antillas, Rafael Leónidas Trujillo mantenía desde 1930 un gobierno dictatorial en República Dominicana, y Cuba había enumerado gobiernos militares y civiles luego de su tardío paso hacia la independencia; entre la dictadura de Gerardo Machado (1925-1933), la primera etapa de Fulgencio Batista (1940-1944) y los gobiernos de Ramón Grau San Martín (1944-1948) y Carlos Prío Socarrás (1948-1952), hubo débiles avances hacia la democracia. Esta secuencia culminó con la llegada del segundo periodo de Batista, entre 1952 y 1958.

Bajo estos antecedentes, los países de la región llegaron a la mitad del siglo en medio de una serie de factores determinantes: 1) un proceso industrializador en marcha, impulsado fuertemente durante los años de la Segunda Guerra Mundial, pero con capacidad de satisfacer únicamente sus mercados nacionales; 2) una reestructuración demográfica, reflejada en el crecimiento de las ciudades y en la conformación de nuevas clases sociales dentro de estas; 3) una coexistencia de ideologías antagónicas que reiteradamente asumieron posturas beligerantes y que en distintas ocasiones promovieron drásticos cambios gubernamentales. Este clima político propició, además, una ola de intentos injerencistas de los Estados Unidos en contra de las soberanías nacionales de la región, derivada de las tensiones generadas por la Guerra Fría.

I.3 Aspectos culturales. *Humanismo* y el medio editorial latinoamericano

El campo intelectual intervino en distintos niveles dentro de los procesos políticos y sociales. Fue, por su naturaleza reflexiva, analítica y creadora, un medio que articuló ejes interpretativos de los sucesos coyunturales, a la vez que persistió en la búsqueda por la

autonomía de su campo respecto a los círculos de poder que, históricamente, lo han subordinado. Al acrecentar su participación social y política, artistas y pensadores experimentaron mayores retos por defender una libertad inherente al acto de razonar y de crear, pues este grado de intervención los hizo elevar la tensión entre su campo y los grupos dominantes. En las tomas de postura del intelectual no solamente intervinieron filiaciones propias sino, al mismo tiempo, coyunturas políticas, valoraciones a corto y mediano plazos o, más aún, la simple supervivencia personal. Represión, exilio, muerte y encarcelamiento fueron consecuencias de las sucesiones gubernamentales y de su incrustación en una ideología determinada. Las movilizaciones ocasionadas por el exilio latinoamericano durante la primera mitad del siglo reflejaron el carácter social del pensamiento contemporáneo y su vinculación directa con los agitados acontecimientos políticos.

Identidad, libertad, igualdad y democracia fueron conceptos que entraron a formar parte de una gran cantidad de las obras producidas en el terreno artístico, filosófico y literario. En el plano de lo estético, la literatura y el arte latinoamericanos se enriquecieron a partir de una asimilación de las ideas de las vanguardias europeas aplicadas a los temas y al panorama histórico propiamente regional. Las letras se valieron de esta combinación novedosa, pero también del uso frecuente del realismo social, utilizado entre cuentistas y novelistas que profundizaron en los debates de su presente. Floreció un indigenismo que rescataba una de las figuras protagónicas del continente que de la novela de José María Arguedas, Jorge Icaza y Ciro Alegría, transitó hacia el ensayo y el discurso de Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui o Antenor Orrego. Esta América indígena que trataba de reivindicar su estatus compartió el tiempo con otra literatura que, desde la ciudad, trató de asumir al hombre latinoamericano como parte de la modernidad. El protagonismo de las clases urbanas medias y

populares en las letras tiene su antecedente, entre otros, en Roberto Arlt, o en el primer Jorge Luis Borges, y culmina en la década del cincuenta con Carlos Fuentes. Por su parte, el ensayo es el género que quizás sustenta más directamente el debate sobre la identidad y la modernidad latinoamericanas a partir de su ubicación en la periferia del contexto internacional: ya para el medio siglo, la obra de pensadores como Leopoldo Zea, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Mariano Picón Salas, Ezequiel Martínez Estrada y Francisco Romero había sido asimilada por el campo intelectual y aportaba un cuerpo teórico que antes no existía.

El surgimiento de *Humanismo* se ubicó en la intersección de esta serie de factores. Por sus propósitos y objetivos, fue una revista cultural, concebida así por su fundador y primer director, Mario Puga, y por el círculo de intelectuales que lo secundaron en el proyecto. Palabra general la de *cultura*, si se atiende a la variedad de temas que la revista trató de englobar. Su perspectiva incluyó una definición política, caracterizada por un apego a las doctrinas democráticas y una adherencia a las ideas nacionalistas en boga. La primera de esas definiciones provenía de su ascendencia aprista, en cuya aspiración latinoamericana (o indoamericana) Puga encontró el encauzamiento ideal para definir a *Humanismo* como una revista continental, si bien en los hechos atendió específicamente las coyunturas de los países de habla española. La segunda, aunque estaba a tono con las políticas de control estatal adoptadas en distintos países, tenía su origen en la propia política mexicana y en los resabios del llamado nacionalismo revolucionario. No debe olvidarse tampoco que *Humanismo* fue, desde la figura de Puga y de buena parte de los colaboradores, una revista del exilio que tuvo en México el sitio de articulación de su red intelectual, acrecentada luego por las relaciones de contacto académico y artístico con otros grupos en América Latina.

El papel de México como país receptor de exiliados fue el elemento principal para que la revista adquiriera su perspectiva latinoamericanista. Cumplió esta tarea durante la etapa directiva de Puga, en la que se integraron miembros mexicanos y de la intelectualidad latinoamericana, principalmente peruana, así como personajes del exilio republicano español que aportaron una valoración externa al plano de las vicisitudes americanas. Después, *Humanismo* expandió esta perspectiva unificadora en la época en que Raúl Roa, miembro del exilio cubano en México, tomó la dirección y abrió las páginas de la revista a intelectuales de las migraciones caribeña y venezolana.

Si *Humanismo* se concibió como una “institución al servicio de los valores del espíritu en el Continente”⁵ tuvo, por supuesto, el objetivo de circular y hacerse conocer en el panorama internacional de las publicaciones periódicas. Esto la llevó a enfrentarse con las restricciones de los mercados que condicionaban al medio editorial, que incluía no solamente a la producción de revistas culturales, sino también a la industria del libro, dos sectores que, a pesar de tener distintas motivaciones de producción, compartían públicos y vías distributivas.⁶

El medio editorial no solamente colaboró en la lucha por la autonomía del campo intelectual en relación a la producción de obras; también se enfrentó a la problemática empresarial que representaba el bajo número de lectores al que lograba llegar este tipo de productos culturales.

Esta restricción tuvo que ver, principalmente, con el analfabetismo que prevalecía en América

⁵ “La presentación de Humanismo”, *Humanismo*, núm. 2, agosto de 1952, p. 42.

⁶ Mientras que la edición de libros tiende a realizarse como una operación de mediano y largo plazo, las publicaciones periódicas tienen en su circulación inmediata la razón de su existencia, al funcionar como una voz y un órgano de influencia en la discusión de la coyuntura. A estas se suma la edición de periódicos, que colabora a favor del desarrollo cultural no solamente como transmisor de datos noticiosos, sino también con la elaboración de suplementos culturales o literarios que coexisten, junto a las revistas, como cuerpos de vasta presencia en el mercado que apuntan al corto plazo. Las publicaciones periódicas han funcionado, asimismo, como canales de transmisión de bienes culturales de carácter masivo, inmediato y constante, no solamente en su papel de órganos o tribunas de debate, sino también como un conector entre el autor y el público, y mediante su naturaleza antológica exponen lo que de otra manera no llegaría a materializarse bajo la forma de libro. Al respecto, Regina Crespo señala: “Se puede afirmar que las revistas ocupan un lugar intermedio entre la trascendencia de los libros y la transitoriedad de los periódicos. Hacen la crónica de su propia circunstancia, pero a partir de una perspectiva un poco más pausada. Además, se colocan en una zona por así decir híbrida, pues pertenecen simultáneamente al espacio periodístico y al campo artístico-intelectual” [la traducción es mía]. Regina Crespo, “Revistas culturales e literarias latino-americanas: objetos de pesquisa, fontes de conhecimento histórico e cultural”, en Mary Anne Junqueira y Stella Maris Scatena Franco (coords.), *Cadernos de Seminarios de Pesquisa (Volume II)*, São Paulo, USP-FFLCH-Editora Humanitas, 2011, pp. 99-100.

Latina, pues si bien las campañas educativas tuvieron progresos sustanciales en países como Argentina o Uruguay, para la década de los cincuenta la región continuaba con una tasa de analfabetismo promedio ubicada en 40%.⁷ Otras naciones, como México, Perú y Cuba, también proyectaron extensos programas alfabetizadores, aunque estos redujeron el problema de manera muy paulatina.⁸

Esta serie de factores restrictivos definió el reducido campo de operación de las revistas culturales que, sin embargo, adquirieron papeles protagónicos tanto en el debate público, como en el desarrollo editorial de América Latina. *Humanismo* se colocó junto a proyectos como *Sur*, *Cuadernos Americanos* o *Repertorio Americano* en la tarea de entablar diálogos a nivel cultural y político pero, además, en el hecho de trascender su carácter de revista para funcionar también como sello editorial de perspectiva continental, coadyuvando al crecimiento de la industria del libro llevado a cabo por editoriales de gran importancia a nivel internacional como Losada, Eudeba y el Fondo de Cultura Económica.⁹

Estos avances en la producción y circulación de libros y revistas en distintos países de América Latina no significaron un progreso del campo intelectual respecto a su autonomía. Si bien muchos de los grandes proyectos de publicaciones periódicas recibieron financiamiento privado, frecuentemente estos tuvieron relaciones ideológicas específicas a las cuales tenían que someter sus líneas editoriales. Los cambios gubernamentales experimentados en este periodo tampoco modificaron esa realidad. Tanto gobiernos democráticos, de izquierda o

⁷ Miguel Soler Roca, *El analfabetismo en América Latina. Reflexiones sobre los hechos, los problemas y las perspectivas*, París, UNESCO, 1989, p. 33.

⁸ Las crecientes clases medias urbanas, por otra parte, elevaron progresivamente su nivel educativo y de esa manera participaron, junto a las élites intelectuales, en el desarrollo cultural latinoamericano al expandir los grupos de consumidores de productos culturales.

⁹ La progresiva popularización del llamado "libro de masas", de gran tirada y bajo costo de compra, favoreció los proyectos editoriales, que pudieron ampliar sus mercados de venta, toda vez que los índices de analfabetismo iban siendo lentamente disminuidos. Véase Robert Escarpit, *La revolución del libro*, Madrid, UNESCO/Alianza Editorial, 1968.

derecha, como los militarismos establecidos *de facto*, reafirmaron la subordinación del campo intelectual y, por ende, limitaron la libertad que el medio editorial demandaba.

I.4 Desde la perspectiva mexicana. La consolidación del desarrollo

Para los inicios de la década de 1950, México transitaba por un periodo de estabilidad política iniciado aproximadamente dos décadas atrás. El gobierno de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), continuador del modelo político-económico de Miguel Alemán,¹⁰ aceleró los ritmos de crecimiento y desarrollo nacional enfocados en la industria interna y en la cooperación política y comercial con los Estados Unidos. Esta relación, en el panorama de la Guerra Fría, significó también un trabajo paralelo en la lucha contra la influencia soviética en territorio mexicano, enfocada en el monitoreo interno de ciertos sectores proclives a la izquierda radical.¹¹ La cooperación cercana entre los dos países le permitió a México adquirir autonomía en el ejercicio de su política interna respecto a la tradicional injerencia estadounidense, aun cuando existieron casos de reconversión de este gobierno hacia el Estado mexicano por su “excesiva tolerancia” con los comunistas dentro del país.¹² En el panorama social, las clases obreras urbanas experimentaron periodos de crecimiento, definiendo así su condición de proletariado industrial enfrentado a las clases medias, si bien este fenómeno no les fue suficiente para establecer garantías de participación dentro de los círculos de poder.¹³ Ruiz Cortines ejerció un programa sistemático de control obrero con el objetivo de reducir los riesgos de desestabilización económica a causa de movimientos generados en el sector industrial. La

¹⁰ La continuidad Alemán-Ruiz Cortines marca una de las mayores etapas de crecimiento durante el “milagro mexicano”: avanza en infraestructura urbana y agrícola, regula un salario mínimo y reconoce el derecho a voto de las mujeres en elecciones federales (1954), entre otros, aunque los actos de represión y la corrupción gubernamental fueron temas constantes.

¹¹ Véase Soledad Loaeza, “Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968”, *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010, p. 677.

¹² El gobierno de Washington, como es sabido, mantenía vigilancia en las embajadas de países socialistas en México, especialmente la de la URSS, que era usada como base de planeación para actividades en el Caribe y Sudamérica. Roberta Lajous Vargas, *Historia mínima de las relaciones exteriores de México (1821-2000)*, México, El Colegio de México, 2016, p. 267.

¹³ José Luis Reyna y Raúl Trejo Delarbre, *La clase obrera en la historia de México. De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964)*, México, Siglo XXI, 1996, p. 14.

ocupación de ciertos puestos de la burocracia sindical fue clave para mantener la paz social y elevar la capacidad de operación del gobierno.

Desde el contexto latinoamericano, México ofrecía seguridad interior en épocas de contingencia política y expulsión masiva de opositores en América Latina. El sector intelectual, que por su exposición a la vida pública había sido uno de los grupos mayormente perseguidos desde las cúpulas de poder, tuvo en México una permanente opción de refugio, no solo en la parte media del siglo XX, sino también durante las décadas previas y posteriores. Al exilio español de fines de los treinta se habían sumado otras olas de refugiados latinoamericanos disidentes del ubiquismo guatemalteco, los militarismos peruanos, el régimen de Pérez Jiménez en Venezuela, los autoritarismos centroamericanos y la dictadura cubana de Fulgencio Batista, principalmente.¹⁴

A partir de 1940, México había articulado una política internacional basada, por un lado, en la doctrina Estrada y, por otro, en los acuerdos sobre el derecho de asilo vinculados con las resoluciones de La Habana (1928) y Montevideo (1933), con lo que, a decir de Rubén Ruiz Guerra, buscaba “construir en alguna medida una política independiente y antiimperialista que serviría para establecer una zona de influencia que contrarrestara de alguna manera la creciente presencia estadounidense, en particular en Centroamérica y el Caribe”.¹⁵ Este enfoque de la diplomacia mexicana permitió establecer una política de permanencia que gravitaba entre dos niveles: en la superficie, mostraba un sentido de inclusión y tolerancia irrestricta; en el fondo, a partir de una recomendada medida política dentro del país, mantenía una cercana vigilancia a ciertos emigrados catalogados como posibles alteradores del clima social, una actividad en la que, como ya se ha señalado, colaboró el gobierno estadounidense

¹⁴ Véase, entre otros, Carlos Véjar Pérez-Rubio (coord.), *El exilio latinoamericano en México*, México, UNAM, 2008.

¹⁵ Rubén Ruiz Guerra, *Más allá de la diplomacia. Relaciones de México con Bolivia, Ecuador y Perú, 1821-1994*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2007, p. 161.

pero que no dejó de otorgar libertades de acción a elementos radicales cuyas actividades no amenazaran la estabilidad interna.

Para el aprismo ilegalizado por el régimen de Manuel Odría (1948-1956), México no era un destino ajeno.¹⁶ Ya desde los años veinte, en periodos previos de persecución hacia el partido, los apriistas habían optado por el refugio dicho país. Su propio líder, Víctor Raúl Haya de la Torre, había vivido periodos de exilio en territorio mexicano en esa década. Desde finales de los cuarenta y durante los años cincuenta, México no solamente recibió a miembros de la izquierda peruana, sino también a simpatizantes del derrocado presidente venezolano Rómulo Gallegos –él mismo residió en México luego de su paso por Cuba–, a exiliados tras los golpes de Estado en Centroamérica –Jacobo Árbenz, por ejemplo, cruzó la frontera hacia México tras el golpe de Castillo Armas en Guatemala–, y a opositores del régimen de Batista. Mario Puga, Raúl Roa García, Andrés Eloy Blanco y demás participantes de *Humanismo* lograron concertar en el país una red de colaboración y debate, de política y cultura, que supo relacionarse con las altas esferas de la cultura mexicana y los grupos del exilio europeo. Las cenas organizadas anualmente por Jesús Silva Herzog en honor a *Cuadernos Americanos* reflejan perfectamente la articulación de esta red internacional de intelectuales, plural por sus orígenes y cercana al Estado mexicano por sus ideales.

Más allá de un lugar de residencia, México funcionó como un centro de organización. Por una parte, la interacción de los exiliados con artistas y escritores mexicanos permitió el desarrollo de agendas culturales –desde la realización de ciclos de conferencias y cursos, hasta la

¹⁶ Fundada por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre en 1924, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) nació como una organización política de izquierda, no comunista, y de aspiración internacional latinoamericana bajo los principios de lucha contra el imperialismo estadounidense, unidad política de América Latina, nacionalización de tierras e industrias y solidaridad con las clases oprimidas del mundo, entre otras. Más tarde concentró sus actividades hacia el Perú, conformándose el Partido Aprista Peruano, de gran convocatoria nacional, aunque ilegalizado por varios gobiernos desde los años de su creación. Para la década de los cincuenta, el aprismo experimentaba disputas internas entre sus miembros, en desacuerdo con Haya de la Torre por la transformación ideológica que este daba al partido, alejándose de sus políticas iniciales.

organización conjunta de la revista—; por otra, sus nexos políticos internacionales configuraron oposiciones que, desde la distancia, planificaban acuerdos para el retorno a sus países. La organización cubana para el derrocamiento de Fulgencio Batista, de la que Roa García formó parte activa y que terminaría con el triunfo de Fidel Castro en 1959 y el traslado de *Humanismo* a La Habana, fue un ejemplo de ello.

I.5 Los intelectuales y el desarrollo editorial mexicano

En la producción cultural del país, la participación política tanto del sector nacional como del exiliado tendió hacia una crítica conservadora de la gestión interna del gobierno nacional, aunque en la visión hacia el exterior había una mayor libertad de elaborar reflexiones más profundas. En México, los intelectuales de esta época habitaron en un cruce de fenómenos coyunturales: 1) una modernidad en auge favorecida por la estabilidad política dada por un partido dominante; 2) una vida social eminentemente urbana, fruto de la industrialización y de la migración del campo; 3) un ambiente de relativa tolerancia social que, sin embargo, era amplia respecto a una gran parte de las sociedades latinoamericanas. Este panorama estableció la convención¹⁷ en que se desarrollaron dichos actores de la cultura nacional. El nacionalismo y su ideario artístico mantuvieron su debate frente a la vanguardia tal y como lo venían sosteniendo desde la pacificación del país tras la Revolución mitigada. En medio de la compleja relación entre modernidad y nacionalismo, entre la vanguardia y un provincianismo todavía muy actual, incluso entre la creciente clase burguesa capitalina, los intelectuales definen posturas. Son los años en que surge la Generación de medio siglo, cuya obra marca los límites, en literatura, de una ya superada novela del campo y la Revolución, en favor de nuevos escenarios urbanos en los que ya no predomina la descripción, sino el examen interno

¹⁷ *Convención*, entendida como la combinación de una tradición cultural y un sistema literario, que establece el contexto en el cual la obra es concebida y realizada por el autor: su género, sus temas, su ideología, sus referencias, etcétera. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *op. cit.*, pp. 21-24.

del personaje en búsqueda de su lugar dentro de la nueva configuración de los estratos sociales. En ese sentido se debatieron otros escritores adscritos a una literatura de corte plenamente social, que anotaron en sus obras los efectos de esa transición de épocas, reflejada en los usos y costumbres de las clases y su interacción dentro del medio urbano. Estas nuevas perspectivas de la literatura protagonizaron el choque contra los moldes del tradicionalismo nacional en términos no solamente circunscritos al debate intelectual, sino también situados en el orden político: grupos que a través de la cuestión artística reclaman y disputan un poder simbólico cultural, traducido después en la ostentación de cargos públicos.

El medio editorial mexicano era, entonces, relativamente amplio y variado, y su relevancia continental estaba sustentada en dos circunstancias: financiamiento estatal y participación activa del sector exiliado, tanto profesional como económicamente. En cuanto al primero, la colaboración oficial en el desarrollo cultural fue la más amplia base de apoyo para los proyectos organizados a partir de la consolidación de los gobiernos revolucionarios en el país; dos de las mayores casas editoriales del siglo XX mexicano, el Fondo de Cultura Económica y la Editorial Universitaria, consolidaron sus estructuras por medio de las aportaciones del sector público o, en el segundo caso, de la universidad pública. La primera de ellas, fundada en 1934 y orientada originalmente hacia las ciencias sociales, abrió definitivamente sus puertas a las humanidades en la década de los cincuenta con la creación de las colecciones Letras Mexicanas (1952), y Vida y Pensamiento de México (1956), ya con Arnaldo Orfila Reynal como director. La Editorial Universitaria, por su parte, tuvo también una labor destacada en estos mismos años, a la par de las actividades impulsadas por la Universidad Nacional a través de la oficina de Difusión Cultural y de la *Revista de la Universidad de México*, entonces dirigidas por Jaime García Terrés. Estos dos grandes proyectos editoriales

compartieron espacio en el tiempo con distintos sellos independientes de sólida trayectoria en el campo, como Cvltvra, Porrúa, Botas, UTEHA o Séneca.¹⁸ En casi todas ellas el sector exiliado mantuvo una notable presencia que se reflejó tanto en la organización de sus equipos técnicos, encargados de la planeación y dirección de sus actividades, como en la inversión de tipo económico. Los exiliados provenientes de la República española vinieron a fortalecer la comunidad editorial hispana que residía en México desde años previos, cuya experiencia les permitió no solo desarrollar carrera en este sector de la cultura, sino como editores de revistas y semanarios que reconfiguraron los mapas de proyectos editoriales en el país, incrementando el número de publicaciones entre finales de los treinta y hasta la década de los cincuenta. Nombres como los de Eugenio Ímaz, Javier Márquez, Joaquín Diez-Canedo, Luis Alaminos, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Andújar se incorporaron al Fondo de Cultura Económica en puestos claves que, en el corto y mediano plazos, activaron a esta casa editorial como una notable empresa a nivel continental, a la vez que entraron en contacto con otros grupos afines y aportaron nuevas publicaciones a la hemerografía nacional, como las revistas *España Peregrina* (1940), *Las Españas* (1946-1956) y *Romance* (1940-1941).¹⁹ Fueron años en que las nuevas visiones empresariales de los editores, aunadas a su vocación cultural y humanista, contribuyeron a su profesionalización en México y al desarrollo de la industria del libro hecho en el país.

En los mismos años, las publicaciones periódicas tienen abundantes motivos sociales y artísticos para intervenir en su presente. Al lado de estos proyectos germinados entre los

¹⁸ El apoyo gubernamental en la promoción y apertura de mercados en América Latina fue impulsado no solamente para las editoriales públicas; en 1941, por ejemplo, la cancillería mexicana organizó una “Exposición del Libro Mexicano” que tuvo la finalidad de recorrer distintos países latinoamericanos para promover los circuitos de venta del libro editado en el país. Véase Guillermo Palacios, “México y América del Sur en la Segunda Guerra: ¿‘El paladín del latinoamericanismo’ o ‘La lengua hispánica de Estados Unidos’?”, en Mercedes de Vega (coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010. América del Sur*, (Volumen 4), México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, p. 330.

¹⁹ Véase al respecto Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996)*, México, FCE, 1996, pp. 62-84, y Javier Garciadiego, *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México*, México, FCE, 2016, pp. 97-107.

integrantes del exilio se ubican también expresiones de diversos grupos intelectuales que tratan de exponer una postura desde su lugar en el medio nacional. La *Revista de la Universidad de México* encabeza esta serie de publicaciones ocupadas por expresar una visión cosmopolita que intenta conjugarse con lo propio; al mismo tiempo, esta época atestigua el nacimiento de la *Revista Mexicana de Literatura* (1955-1965), que se sumó a publicaciones fundadas en la década anterior, como la *Revista de Filosofía y Letras* (1941-1958), y a los grandes proyectos de Fernando Benítez, específicamente el suplemento *México en la cultura* del periódico *Novedades*, editado entre 1949 y 1961. Lugar especial merece la obra cultural de Jesús Silva Herzog, cuyo trabajo, sumado a la colaboración de los exiliados españoles que habían participado en *España Peregrina*, condujo a *Cuadernos Americanos* al reconocimiento internacional. Su relación cercana con *Humanismo* se reflejó en una inclusión de esta última como parte de las publicaciones relacionadas a su persona, que a su vez representaba una cercanía con los círculos de poder en México. En esta época, el mercado periodístico mexicano estaba representado, entre otros, por *El Universal* y *Excélsior*, dos periódicos de línea liberal conservadora, fundados en 1916 y 1917, respectivamente, así como *La Prensa*, fundado en 1928, de corte populista; *El Nacional*, periódico oficial fundado también en los años veinte, órgano del Partido Revolucionario Institucional, y *Novedades* y *El Popular*, ambos creados en los años treinta. Todos, proyectos rentables que incluían semanarios y ediciones vespertinas, y que funcionaban bajo distintas formas de financiamiento, ya fuera bajo la administración de un solo propietario o ya, como *Excélsior* y *La Prensa*, bajo el modelo de cooperativas.²⁰ Aun cuando *El Nacional* cumplía el papel de órgano de partido y de gobierno, el financiamiento estatal a otros diarios sirvió como método de control, a la vez que como forma de solvencia económica para los propios medios.

²⁰ Antonio Checa Godoy, *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Sevilla, Alfar, 1993, pp. 427-429.

Las revistas culturales no representaron la rentabilidad que, en esta época, llegaban a mantener los diarios dentro del mercado de consumo, pues su venta era mínima respecto de aquellos, y su circulación debía trasladarse al plano internacional. Estos mercados internacionales, como en el caso del libro, sufrieron restricciones en países dominados por la censura.²¹ *Humanismo* la experimenta en Venezuela, donde, según el editorial del número 14, es decomisada en junio de 1953. Sin embargo, pese a estos obstáculos, las redes intelectuales progresaron favorablemente. Hacia México se establecieron puentes de colaboración tanto por la reputación editorial adquirida en las décadas más recientes, como por los lazos de las comunidades del exilio dentro del país; relaciones fortalecidas a través de la lectura antológica que propiciaban las revistas, y de las nutridas correspondencias entre autores y editores, minimizando así la necesidad de encuentros personales.

De esta forma, las revistas culturales fungieron como órganos de influencia en dos sentidos: por un lado, propiciaron el fortalecimiento de las redes entre escritores, pensadores y artistas no solo dentro de una revista determinada, sino en la interrelación de cada una de las planas de colaboradores de diversas publicaciones; por otro, lograron mantener abierta la disputa del campo intelectual referente a sus aspiraciones autonómicas. Esta voluntad obtuvo, en los debates realizados en las páginas de las revistas, la prueba de su vigencia y, en ese sentido, la validación de un campo intelectual latinoamericano consciente de las responsabilidades propias de su ser colectivo.

²¹ Véase, como ejemplo, Luis Suárez, “El pequeño gigante contra los dictadores de América (Entrevista con Jesús Silva Herzog)”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1983, pp. 7-14.

II. Historia de un proyecto editorial

II.1 Intención

Situado desde la perspectiva del cronista, este capítulo es una incorporación de personajes y rutas por los cuales *Humanismo* transitó en sus casi nueve años de existencia, y explica la ondulación de su línea ideológica a través de sus tres fases evolutivas: 1) la fundación y dirección de la revista a cargo de Mario Puga y su consejo editorial, en la Ciudad de México, entre 1952 y 1954; 2) la dirección de Raúl Roa y un grupo de colaboradores ubicados en la coyuntura política, de 1954 a 1958; 3) la etapa de su traslado a La Habana en 1959, tras el triunfo de la revolución castrista, y su desaparición en 1961.

La revista, en su sentido abstracto, es un ente conformado por aspiraciones y circunstancias y refleja, a través de su articulación y desarrollo, la red de relaciones y vínculos humanos que trazan el proyecto. De ahí que las conexiones intelectuales y políticas sean el vehículo por el que este capítulo esboce una historia de *Humanismo* que ayude a comprender la historia de las doctrinas y las ideas dentro de su propio contexto temporal, a partir del concepto de *red intelectual*. El manejo del término y su aplicación en este trabajo procede de la definición sintética de Eduardo Devés-Valdés: red intelectual es “un conjunto de personas ocupadas en la producción y difusión del conocimiento, que se comunican en razón de su actividad profesional, a lo largo de los años”.¹ Por su característica abarcadora, este concepto sirve como soporte al estudio de un campo intelectual que tiene, en las relaciones entre agentes (escritores, intelectuales, editores) su base constitutiva.

¹ Eduardo Devés-Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2007, p. 30.

Desde las causas que la anteceden, hasta los sucesos posteriores a su desaparición, *Humanismo* está aún marcada por pasajes oscuros que, sin embargo, no impiden una revisión general de las redes que en ella intervinieron, y las que la propia revista formó; por lo que esta historia ubica a *Humanismo* como parte de un proceso intelectual y político externo, a la vez que como un “germen de comunidades académicas en sentido amplio”, en palabras de Aimer Granados, que incluye académicos, editores, empresas culturales y a los autores mismos.²

II.2 *Humanismo*. Primera época (1952-1954)

II.2.1 Mario Puga y la ruta del exilio

Para 1952, Mario Puga sumaba tres años de residencia en México. Había arribado entre abril y mayo de 1949,³ cuando el recrudecimiento de la persecución a los apristas en Perú por el régimen de Manuel Odría lo obligó a solicitar permiso de viaje en la embajada mexicana en Lima, representada entonces por el diplomático José María Ortiz Tirado.

Puga nació en Trujillo, Perú, en 1915. Estudió en la Universidad de San Marcos, por la que en 1942 obtuvo el grado de bachiller en Derecho.⁴ Para esa misma década ya había publicado varios trabajos literarios y políticos y era miembro de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).⁵ Cercano a varios intelectuales de filiación aprista, como Alberto Hidalgo y Gustavo Valcárcel, partió al exilio, como ellos, durante el régimen militar. Su estancia en

²Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Juan Pablos Editor, 2012, p. 10.

³ Expediente “Mario Alberto Puga Imaña”, Archivo Histórico Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHGE, SRE). A principios de abril de 1949 Puga se presenta en la embajada de México en Perú a solicitar asilo en dicho país. La premura del caso hizo que entrara a México, junto con su esposa Carmen Mendoza, y sus dos hijos, Alberto y José del Carmen, en calidad de turista, pues en oficio del 22 de junio de 1949 girado por el Departamento de Asuntos Políticos de la Dirección General del Servicio Diplomático, se procede a analizar la solicitud hecha por el mismo Puga para cambiar su estatus al de “inmigrante”, por ser un perseguido político en su calidad de afiliado al Partido Aprista y estar imposibilitado de regresar al Perú. Al respecto, la embajada de México en Lima corroboró esta información y la ratificó al Estado mexicano.

⁴ Véase Carlos Augusto Ramos Núñez, *Historia del derecho civil peruano. Siglos XIX y XX*, Tomo V, volumen 2, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006, p. 222.

⁵ No es claro en qué momento Puga se afilió al APRA, aunque es probable que esto ocurriera antes de 1940. No pudo recabarse información sobre su estatus en periodos previos al régimen de Odría en los que el APRA, como en este último caso, también fue ilegalizado.

México coincidió casi en su totalidad con el Ochenio odriista (1948-1956),⁶ y desde este país combatió en los medios el proceso político peruano. Para el momento en que Puga abandona el Perú, el líder del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, ya se encontraba refugiado en la embajada de Colombia en Lima, donde permanecería hasta 1954 en medio de un sonado proceso internacional debido a la negación del gobierno por otorgar el salvoconducto que le permitiera salir al exilio,⁷ mientras que numerosos miembros del partido ya se encontraban asilados en otros países latinoamericanos, especialmente en México, Argentina y Chile.

A su llegada a México, Puga ingresó a laborar a la Nacional Financiera, como lo constatan distintas fuentes.⁸ Para Andrés Kozel, probablemente esta incorporación haya sido decisiva en la articulación de la red que dio vida a la revista *Humanismo*.⁹ Y aunque sin duda su labor profesional en este organismo del Estado mexicano fue útil al entablar relaciones políticas e intelectuales, su condición de exiliado también debió haber funcionado como conector de esa red intelectual. En este periodo mantiene relación con la célula aprista en México,¹⁰ y a partir de allí con otros grupos del exilio latinoamericano —provenientes de Venezuela, Bolivia, Cuba, entre otros—; realiza labor política y cultural dentro del medio periodístico, y poco a poco establece lazos con el sector intelectual propiamente mexicano.¹¹ Una figura determinante

⁶ Entre 1945 y 1948 el APRA vivió un periodo de legalidad durante el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, pero la relación entre el partido y el presidente se deterioró en este último año, por lo que los mandos apristas promovieron una rebelión militar que, sin embargo, fue aplazada repetidas ocasiones, hasta que un grupo de partidarios, tanto civiles como militares, decidieron realizarla. El 3 de octubre de 1948, apristas y militares se alzaron en el Callao pero fueron sometidos por el ejército al no ser apoyados por Haya de la Torre, quien desautorizó la rebelión. El APRA fue ilegalizado por el gobierno de Bustamante, quien semanas después sería derrocado por Manuel Odría, férreo opositor de los apristas en esta época, que mantuvo la condición ilegal para el partido hasta su caída en 1956.

⁷ Sobre el caso Haya de la Torre, véase Francisco A. Ursúa, *El asilo diplomático*, México, Cvltvra, 1952, y la hemerografía sobre el proceso en Expedientes III-2060-1 (II) y III-2060-1 (III), AHGE, SRE.

⁸ Véase Andrés Kozel, “América Latina en *Humanismo* (México-La Habana, 1952-1961)”, en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM/Eón, 2010. La embajada del Perú en México tenía conocimiento de la existencia del Comité Aprista en este país, y de sus integrantes, entre los cuales Manuel Vázquez Díaz y Mario Puga eran empleados de Nacional Financiera. Véase Expediente III-2060-1 (II), AHGE, SRE.

⁹ Andrés Kozel, *op. cit.*, p. 327.

¹⁰ La célula aprista de México editó desde fines de 1948 *El Perú en el extranjero*, periódico mensual de duración no esclarecida pero que se extiende, al menos, hasta 1950, compuesto por artículos de opinión sobre la situación peruana y por noticias procedentes de la Agencia Columbus. En este último año aparece en *El Universal* un artículo emitido por el Comité Aprista de México, firmado por “Mario Pugas G.”, al parecer, seudónimo de Puga. Véanse expedientes III-2060-1 (II) y III-1128-1 (I), AHGE, SRE.

¹¹ Puga había publicado, hasta la fecha, *3 poemas civiles* (1940, poemas), *Elegía a la muerte de León Trotsky* (1941, poemas), *Fraternidad frente a dolor* (1943, poemas), *Lo humano distante* (1946, poemas), *La ecuación espacio-tiempo histórico del Perú pre-hispánico* (1949, historia/teoría política), *El ayllu: su naturaleza y régimen* (1950, historia), y *Ternura* (1951, poemas).

dentro del campo cultural mexicano para que esta red de relaciones se expandiera fue Jesús Silva-Herzog (1892-1985), economista, profesor, exdiplomático, y fundador y director de la revista *Cuadernos Americanos*; la amplia red intelectual que a lo largo de toda su carrera cultural y diplomática logró establecer dentro y fuera de México, funcionó asimismo como matriz de otras redes similares de menor envergadura. *Cuadernos Americanos* dio paso al establecimiento de lazos, directos o a la distancia, con elementos del medio cultural de América Latina y España, principalmente, convirtiéndose a la vez en vehículo de la conformación de relaciones intelectuales, pero también en protagonista del diálogo y del debate, de la interrelación de elementos culturales y en una entidad autónoma de opinión pública. Al hablar de la significación específica de *Cuadernos Americanos*, y de dos de sus figuras centrales (Reyes y Silva-Herzog), Liliana Weinberg señala:

Cuadernos Americanos actúa como “bisagra” entre ese clima cultural heredero del arielismo, el juvenilismo, el reformismo universitario y parcialmente del unionismo, el aprismo, el liberalismo social y el socialismo, así como con el camino de vínculo entre escritores abierto por las revistas del modernismo, el primer hispanoamericanismo y las tempranas manifestaciones antiimperialistas y espiritualistas anteriores a los años 30 y las nuevas circunstancias que implicó el estallido de la Guerra Civil Española y de la segunda Guerra Mundial, con la reconfiguración del viejo panamericanismo en ese momento de cambio de la agresiva política norteamericana en favor de una política de buena vecindad, que buscaba además constituir una alianza con las otras naciones americanas en vistas de las demandas de la guerra.¹²

A través de este proyecto, Silva-Herzog agrupó una élite cultural latinoamericana. Guardaba estrecha relación con sus colaboradores más asiduos, así como con los editores mejor

¹² Liliana Weinberg, “El encuentro de un escritor y una revista: Alfonso Reyes y *Cuadernos Americanos*”, en Regina Crespo, *op. cit.*, pp. 308-309.

valorados en el medio mexicano y latinoamericano, a través de un espíritu integrador expuesto también en su obra escrita.¹³

II.2.2 La fundación

Para 1952, y gracias a las relaciones establecidas en los tres años anteriores, Puga había conformado un círculo de colaboradores que le permitió iniciar el proyecto editorial de *Humanismo*. La revista surgió bajo la guía de su director y de un Consejo de Redacción compuesto por Andrés Eloy Blanco, Alfonso Caso, Miguel Ángel Cevallos, Juan de la Encina, Carlos Lazo, Rafael Loera y Chávez, Margarita Paz Paredes y Manuel Sánchez Sarto; todos, en aquel entonces, radicados en México, aunque de orígenes diversos.

El escritor y político venezolano Andrés Eloy Blanco había llegado a este país tras el golpe militar que derrocó a Rómulo Gallegos como presidente, de cuyo gobierno Blanco era ministro de Relaciones Exteriores y miembro del partido Acción Democrática; en México dedicó sus esfuerzos a la escritura y la promoción cultural, y allí permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1955.¹⁴ Juan de la Encina y Manuel Sánchez Sarto, exiliados republicanos españoles, habían desembarcado en México en 1939. De la Encina (1883-1963), seudónimo de Ricardo Gutiérrez Abascal, era crítico de arte y había desarrollado carrera asimismo como periodista y museólogo; en su exilio se desempeñó como catedrático de historia del arte en la Universidad Nacional Autónoma de México hasta su fallecimiento en 1963.¹⁵ Sánchez Sarto (1897-1980), por su parte, educado en Derecho y Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, y con una amplia trayectoria en la docencia e investigación económica, era profesor

¹³ Sobre estas relaciones de asiduidad, véase Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI, 1972, y *Mis últimas andanzas 1947-1972*, México, Siglo XXI, 1973.

¹⁴ Andrés Eloy Blanco formó parte del consejo de redacción hasta su fallecimiento, y publicó diversos textos en la revista, el último de ellos aparecido en el número 26 (diciembre de 1954). Asimismo, el número doble 31-32 (julio-agosto de 1955) incluye un homenaje a su vida y obra.

¹⁵ En *Humanismo*, Juan de la Encina publicó dos ensayos: “El enigma de Leonardo” (núm. 1, julio de 1952) y “Venecia, su pintura y D’annunzio (núm. 4, octubre de 1952).

de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, con intervalos fuera del país como investigador o profesor visitante.¹⁶

De los miembros mexicanos, el arqueólogo y antropólogo Alfonso Caso (1896-1970) ya era una figura prestigiosa en el medio cultural nacional por sus estudios sobre civilizaciones prehispánicas, conocido por sus trabajos de rescate en Monte Albán y por su carrera en el servicio público. Entre sus cargos figuraban los de jefe de Arqueología del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (actual Museo Nacional de Antropología) y posteriormente director del mismo, así como por su periodo como rector de la UNAM, de 1944 a 1945, y como director del Instituto Nacional Indigenista, desde 1948 hasta su fallecimiento. Miguel Ángel Cevallos era escritor y profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Universidad Nacional Autónoma de México, reconocido por sus obras de investigación pedagógica y por su novela *Un hombre perdido en el universo* (1954).¹⁷ Por su parte, Carlos Lazo (1914-1955), era miembro en esta época del grupo de arquitectos que dirigían la construcción de la Ciudad Universitaria de la UNAM, y a partir de la toma de posesión de Adolfo Ruiz Cortines como presidente, en diciembre de 1952, fue nombrado secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, cargo que mantuvo hasta su muerte prematura en 1955, en un accidente aéreo.¹⁸ Margarita Paz Paredes (1922-1980), seudónimo de Margarita Camacho Baquedano, era autora de varias obras de poesía publicadas a partir de la década de los cuarenta; también ejercía la

¹⁶ Durante estos años realiza un viaje de estudios por Holanda, Inglaterra e Italia, gracias a una beca otorgada en 1952 por la Administración de Asistencia Técnica de Naciones Unidas. Es, asimismo, profesor visitante en las universidades de Costa Rica y Asunción, Paraguay, además de sus responsabilidades como asesor en distintas instituciones bancarias y financieras de América Latina. Es difícil determinar hasta qué punto tuvo injerencia en las decisiones editoriales de la revista, aunque contaba con experiencia como editor de libros, tanto en España como en México, donde fue director de la Editorial Atlante entre 1939 y 1945. Véanse Roberto Escalante y Josefina Valenzuela, "Dr. Manuel Sánchez Sarto", en Fernando Serrano Migallón (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Porrúa/Facultad de Derecho, 2003, pp. 389-392; y VV. AA., *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat/FCE, 1983, pp. 855-856. En *Humanismo*, Sánchez Sarto publicó un solo texto, "La filosofía de las cosas grandes" (núm. 1).

¹⁷ Amigo cercano de Antonio Caso, que prologó varios de sus trabajos. Entre sus obras sobresalen *La escuela Nacional Preparatoria* (1933), *Estancias espirituales* (1936), *La lógica de las ciencias* (1938) y *Teoría y práctica de la escuela de bachilleres* (1942), estas dos últimas en colaboración con Francisco Larroyo. En el número 4 de *Humanismo* (octubre de 1952) se incluyó el primer capítulo de *Un hombre perdido en el universo*, con ilustraciones de José Perea. La novela vio la luz dos años después bajo el sello de Cvltvra, con prólogo de José Gaos. Cevallos publicó un artículo más en la revista, "La psicología en México" (núm. 1).

¹⁸ De Lazo, la revista publicó dos textos: "Humanismo actual" (núm.1) e "Hidalgo: símbolo de México" (núm. 11-12, mayo-junio de 1953).

docencia y el periodismo.¹⁹ Rafael Loera y Chávez (1890-1962), ingeniero y editor, fue uno de los fundadores de la Colección Cvltvra en 1916, y el propietario de la editorial del mismo nombre desde su creación en 1921; fue, también, un hombre cercano a Silva Herzog, y fungió como encargado de la edición de *Cuadernos Americanos* desde su fundación hasta el fallecimiento del editor.²⁰

Puga intentó condensar una publicación integradora, no solo en variabilidad temática, sino también en la conformación de su directorio de colaboradores, procedentes de distintos campos de conocimiento y de labor profesional. *Humanismo* fue una empresa que reunió a elementos de las izquierdas latinoamericanas, a miembros del exilio republicano español y a una base de intelectuales mexicanos relacionados, la mayoría de ellos, con el aparato gubernamental. Fue definida como una revista de vocación democrática y progresista, y combatió el intervencionismo en América Latina y la persecución de gobiernos elegidos constitucionalmente, pero debe atenderse la evolución de sus afinidades ideológicas y políticas y la selección de su material publicado. El Consejo de Redacción, y Loera y Chávez particularmente, parecen haber tenido suficiente influencia en la selección de textos. Loera forma parte del proyecto durante los doce primeros números y es justamente en este periodo en el cual *Humanismo* fue, más claramente, una revista cultural, aun cuando seguía una línea ideológica de apoyo al aprismo peruano y a gobiernos revolucionarios, como el boliviano de Víctor Paz Estenssoro emanado del Movimiento Nacionalista Revolucionario, y el guatemalteco de Jacobo Árbenz. Puede entenderse que Loera proveía un gran porcentaje del financiamiento de la publicación. La revista, de julio de 1952 a junio de 1953, se imprimió en los talleres de la Editorial Cvltvra, de su propiedad, razón por la que durante este lapso

¹⁹ Paz Paredes no publica en *Humanismo*, aunque en el número 3, de septiembre de 1952, se informa de la reciente aparición de su poema extenso *Canto a México*, y en el 9-10 hay una reseña de su nuevo libro, *Dimensión del silencio*, editado por Cuadernos Americanos.

²⁰ Véase Jesús Silva Herzog, *Mis últimas andanzas*, p. 157.

mantiene una relación de parentesco con *Cuadernos Americanos*, no en cuanto a rasgos técnicos, estructurales y de diseño, sino en ciertas coincidencias de orden distinto: se imprimen en las mismas máquinas de los talleres de Cvltvra, en el centro de la Ciudad de México; comparten publicidades y, al mismo tiempo, dan aviso de los índices de números recientes, una respecto de la otra; además, en cuanto a sus sendas vocaciones latinoamericanistas, diversos autores publican en ambas revistas, mismos que provienen del círculo intelectual en el que se integran tanto Loera como Puga.

Humanismo salió a la luz en julio de 1952. Resaltan las particularidades en su formato de diseño: utilizaba un color dominante en portada, distinto por cada número publicado, y una imagen en gran tamaño alineada sobre el lado izquierdo.²¹ Su título aparece siempre en la parte superior, en un tamaño de fuente que sobrepasa los límites del formato; su lema o subtítulo –“Revista Mensual de Cultura”– se ubica en la parte inferior, siempre, como el título, rebasando el borde.²² En el periodo de participación de Loera y Chávez cuenta con un papel de buena calidad, tanto en interiores como en cubiertas, y un cuidadoso trabajo de edición y corrección de pruebas. Cada número contaba con seis u ocho páginas de publicidad inicial y una final, con anunciantes variados.²³ La revista fue mensualmente consecutiva entre el número 1 y el número 6, es decir, entre julio y diciembre de 1952, con precio de 4 pesos mexicanos por ejemplar y suscripción anual de 42 pesos, por doce números, dentro del país. Para el extranjero, la revista fijaba una suscripción anual de 5.25 dólares, según datos

²¹ En cinco de los primeros seis números, las imágenes ubicadas en portada son fotografías de Ursel Bernath, que colaboró en la revista hasta el número 6 con una sección especial.

²² A lo largo de toda la etapa de Mario Puga, tiene un formato de 22.5 por 16 cm.

²³ Los anunciantes provenían tanto del sector público como del privado. Entre los más frecuentes se encontraron Petróleos Mexicanos, Nacional Financiera, Ferrocarriles Nacionales de México, Bonos del Ahorro Nacional, Banco Nacional de Comercio Exterior, Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, Coca Cola, así como distintas casas comerciales de la Ciudad de México. También se publicitaban editoriales, librerías y revistas, como el Fondo de Cultura Económica, Porrúa, Talleres Gráficos Cvltvra, Antigua Librería Robredo, Librería Británica y *Cuadernos Americanos*, entre otros.

especificados por la propia revista, que fijaba sus oficinas en Avenida Juárez núm. 30, despachos 115-116, en la Ciudad de México.²⁴

II.2.3 La primera crisis

El número 7-8 aparece en febrero de 1953, y abre con un aviso de la dirección acerca del cambio de periodicidad, que pasa a ser bimestral –y por tanto el lema se transforma a “Revista Bimestral de Cultura”–, modificando el precio del ejemplar a 6 pesos en México y 0.75 dólares en el extranjero.²⁵ Diversas causas justifican la decisión:

Como HUMANISMO se compone solamente de colaboraciones escogidas, se ha visto obligada a emplear más tiempo en reunir el material de la calidad que el buen gusto y la orientación del público exigen.

Además, la circulación de la revista, mensualmente, era incompleta, ya que los servicios de correos generalmente emplean varias semanas para entregarla en los países de su destino. Y no podemos emplear el correo aéreo porque, en pocas palabras, no somos una empresa capitalista sino cultural.²⁶

Dentro del cuerpo administrativo y editorial también hubo cambios. En el número 6 (diciembre de 1952) Rafael Loera y Chávez salió del Consejo de Redacción para convertirse en Consejero-Editor, y a partir del 7-8, en Gerente-Editor ante la retirada del gerente anterior Juan Grepe (John Grepe). En este mismo número, Mario Monteforte Toledo²⁷ fue incluido como subdirector, aunque esta es la única ocasión que figura con tal puesto. La situación obedece a un reajuste financiero, que se manifiesta también en el traslado de sus oficinas de la avenida Juárez a las propias instalaciones de la Editorial Cvltvra, en avenida República de

²⁴ La revista mantiene un costo que se sitúa en el promedio de precios de otras publicaciones periódicas (las revistas publicadas por *Humanismo* rondaban entre tres y cinco pesos, con número similar de páginas, entre 100-120, a excepción de *Cuadernos Americanos*, que tenía precio de diez pesos, aunque con casi 300 páginas) y que se asemeja al de los libros de bajo costo.

²⁵ El aviso también informa del aumento de páginas, que en promedio pasa de 120 a 140 entre los números 7-8 y 11-12.

²⁶ *Humanismo*, núm. 7-8, enero-febrero de 1953, p. 12.

²⁷ Monteforte Toledo (1911-2003), escritor y político guatemalteco, había ocupado la vicepresidencia de su país entre 1948 y 1950, durante el mandato de Juan José Arévalo. Entre 1951 y 1954 vivió su primera etapa en México, laborando como profesor, para luego regresar a Guatemala a mediados de ese último año. Monteforte colaboró en la revista con el cuento “Babel” (núm. 2, agosto de 1952), el ensayo “James Thurber, señor de la risa” (núm. 6, diciembre de 1952), y los anecdóticos de los números 5 y 6.

Guatemala, número 96. Durante este lapso de números dobles, la periodicidad fue adecuada y no existieron retrasos de salida. Sin embargo, en el número 11-12, de mayo-junio de 1953, *Humanismo* abre con un nuevo aviso de reorganización estructural, con la salida de Loera y Chávez como patrocinador.²⁸ Este informe cierra un primer momento de la publicación, que había logrado circunscribirse a los postulados iniciales; la revista fue un compendio de materias heterogéneas que confirmaron su carácter cultural y que eran representativas de las corrientes de pensamiento aglomeradas en la dirección y el consejo de redacción constituido: literatura, artes plásticas, filosofía, política, historia, psicología, pedagogía, entre otros temas, fueron constantes en este periodo. El bagaje de aportaciones culturales, en su sentido artístico y literario, sumó autores como Alfonso Reyes, Adolfo Salazar, Antonio Magaña Esquivel, Manuel Márquez, Rodolfo Usigli, Felipe Cossío del Pomar, Juan de la Encina, José Ramón Arana, Jorge Crespo de la Serna, Paul Westheim, Alí Chumacero, Rodney Collin²⁹ y Wilberto Cantón, entre otros. Se colocó al ensayo en un sitio primordial de ordenamiento textual que dotaba a cada número de un compendio reflexivo, y que se auxiliaba de otros tipos de texto, más pedagógicos y descriptivos, que completaban la diversificación de temas y enfoques, no sin dejar a un lado la obra de ficción, que tuvo distintos exponentes ligados, sobre todo, al realismo social.

²⁸ Puga, quien firma el texto, también explica que el propietario de Cvltvra había sido el socio cooperador más importante para la revista, pero sugiere que había otros participantes más en el inicio de la empresa: “Desde septiembre de 1952, en un caso, y desde diciembre del mismo año en otro, los socios cooperadores se retiraron de la revista obligados por imperativos económicos.” *Humanismo*, núm. 11-12, septiembre de 1952, p. 4. No hay certeza, hasta el momento, sobre quiénes podrían ser estos personajes. Entre septiembre y octubre de 1952 el escritor peruano Armando Cosani Sologuren abandona el puesto de administrador, aunque continúa colaborando en *Humanismo* hasta el número 11-12. A su vez, alrededor de diciembre de ese año se retira de la revista John Grepe, británico que ocupaba el cargo de gerente y que castellaniza su nombre a Juan Grepe. Ambos personajes eran hombres cercanos a Rodney Collin, escritor y espiritualista inglés, colaborador de *Humanismo* en esta etapa y fundador en México de las Ediciones Sol.

²⁹ Collin había llegado a México alrededor de 1948 con un grupo de seguidores influenciados por el esoterismo y la espiritualidad. Fundó las Ediciones Sol con el objeto de aumentar la bibliografía sobre dichos temas, escasa en idioma español. Puga colaboró con él como traductor al español de sus obras *Hellas* (1950) y *El desarrollo de la luz* (1952), además del poemario *Answering gods* (1951) de Anna Logan, todos editados por Sol. De esta forma se afianzaron las relaciones entre Puga, Collin, Grepe y Cosani. Grepe partió tiempo después, junto a la comitiva de Collin, rumbo a Sudamérica, y aun era miembro de ese grupo cuando Collin falleció, en 1956, en Cusco, Perú (Véase nota anterior).

No fueron menores los textos de orientación ideológica y política que le conferían a la revista una voz en el debate latinoamericano. Se nutre directamente del aprismo pero, en su sentido más abarcador, acoge la defensa democrática.³⁰ Aunque Puga más bien pasa desapercibido en cuanto a aportaciones,³¹ la “Indoamérica” predicada por Haya de la Torre aparece reiteradamente en textos escritos tanto por apristas como por autores emanados de otros movimientos y partidos. La presencia peruana es notoria: además del director, se suman Andrés Townsend Ezcurra, Eduardo Jibaja, Luis Alberto Sánchez, Felipe Cossío del Pomar, Alberto Hidalgo, Jesús Veliz Lizárraga, Joel Marroquín (Marroquín), Américo Ferrari, Carlos Eduardo Zavaleta y José Durand. Sin embargo, ni todos son apristas ni todos sesgan sus aportaciones al plano político.³² De hecho, Townsend Ezcurra es el único que aborda directamente temas políticos, pero no referentes al aprismo sino a la revolución nacionalista boliviana, por un lado, y a la reforma agraria del gobierno guatemalteco, por otro. Lo que sí está presente es un fuerte indigenismo asociado a la revaloración de las culturas prehispánicas, que formaba parte de varios de los programas nacionalistas latinoamericanos en países con presencia indígena viva. En el campo de las filiaciones políticas, es útil el seguimiento de las secciones “Nuestra América” y “México Actual”. La primera de ellas aparece desde el número 1 con el texto de Townsend Ezcurra sobre el caso boliviano antes mencionado, y sigue en el número 2 con la cuestión guatemalteca, firmada por el mismo autor. En el número 7-8 la sección vuelve a retomar el caso boliviano, pero el texto no tiene firma. Después de un intervalo de cuatro números ausente, reaparece sin firma para tratar la reforma agraria en

³⁰ Hay una línea reflexiva de tema social y de orientación apartidista, encabezada por autores como Silva-Herzog, Gabriela Mistral o Jaime Torres Bodet, que dan a la revista un aire de apertura.

³¹ Durante su etapa como director, participa como colaborador únicamente en el número 7-8 con el texto “La integración del indio a la nacionalidad”, en el que elogia los trabajos del gobierno mexicano, a través del Instituto Nacional Indigenista, a favor de la integración y el desarrollo de los grupos indígenas en el país. Además, se deduce que varias de las anécdotas intercaladas a lo largo de cada número, y las noticias breves, son redactadas por él.

³² En este periodo no hay referencias directas hacia Haya de la Torre, más que una nota sobre la publicación del citado libro de Francisco A. Ursúa que analiza el caso de Haya, recluso en la embajada colombiana de Lima, y los debates sobre derecho de asilo. En contraste, en la etapa posterior de la revista se hará más visible la presencia del líder aprista en una serie de artículos que lo retoman.

Bolivia. *Humanismo* no solamente respalda el proceso boliviano con estas aportaciones, sino que le abre sus páginas a Gil Coimbra, encargado de negocios de la embajada de Bolivia en México entre agosto de 1952 y abril de 1954.³³ Posteriormente, “Nuestra América” se convirtió en una sección de noticias comentadas que apareció entre los números 9-10 y el 14,³⁴ en la que pudo exponer mejor un programa de afinidades particulares, reiterando sus ejes democráticos no radicales: ejercía una crítica hacia el gobierno estadounidense tanto por su política exterior de injerencia económica e ideológica sobre América Latina, como por sus acciones internas de persecución hacia supuestos agentes del comunismo internacional; se congratula por el triunfo de José Figueres en la elección presidencial de Costa Rica, recalcando la adhesión de ese país a los tratados de derecho de asilo, en clara alusión a Haya de la Torre; informa del golpe de Estado en Colombia de Gustavo Rojas Pinilla en contra de Laureano Gómez, a quien la revista califica de dictador, y de las acciones posteriores llevadas a cabo por el nuevo mandatario, fincando su confianza en el regreso de la paz con el desarme de la guerrilla; continúa manifestando su respaldo a Paz Estenssoro en Bolivia al aplaudir la iniciativa de reparto de tierras impulsada por su gobierno, y enaltece las decisiones presidenciales del gobierno justicialista de Juan Domingo Perón en Argentina, resaltando el reparto agrario dispuesto y la resistencia nacional ante la presión política estadounidense.

En este último caso la revista pareció entrar en contradicción, si se atiende a la celebración con que, en 1955, anunció la caída de Perón y de su gobierno, calificándolo ya como dictatorial. Específicamente, el apoyo boliviano y la ambivalencia hacia el peronismo tienen sus orígenes en la relación estrecha de los exiliados apristas en Buenos Aires con el general argentino,

³³ Expediente “Gil Coimbra”, AHGE, SRE. Coimbra colabora con el estudio “El estaño: metal del diablo” (núm. 5, noviembre de 1952) y de él se informa en el número 4 que ha participado como ponente en un ciclo de conferencias organizado por Antonio Ancona, Jenaro Vázquez y Francisco Arellano Belloc con el tema “La revolución de Bolivia”.

³⁴ Fuera de los dos primeros textos firmados por Townsend Ezcurra, la sección no lleva firma entre el número 7-8 y el 11-12. En el número 13 está firmada por Jorge Raygada, y en el 14, por Raygada y Mario Briseño-Iragorry.

quien había manifestado su apoyo a un plan de la célula aprista para derrocar a Odría, en el que también Paz Estenssoro tomaría parte.³⁵ A su vez, “México Actual”, sección aparecida en el número 9-10, de marzo-abril de 1953, fue un encomio a los gobiernos nacionalistas mexicanos, con los cuales la revista, desde sus principios, guardó una fiel simpatía que se acentuó en etapas posteriores de la publicación.

II.2.4 Visión empresarial: nace la Editora y Distribuidora Humanismo

La revista publicó su número 13 en agosto de 1953, es decir, dos meses después de la salida de Loera y Chávez. Allí, en un pequeño texto de apertura, se anunció la creación de la Editora y Distribuidora Humanismo, S. A., empresa que a la par de la edición de la revista, iniciaría un programa de publicación de libros “de autores americanos”, y que estaba presidida por el político Luis Ignacio Rodríguez, nuevo mecenas del proyecto y que, en palabras de Raúl Roa Kourí –personaje ligado a *Humanismo* en su segunda etapa–, “acogió la revista en sus oficinas, ya que no había recursos para casa propia”.³⁶ Luis Ignacio Rodríguez era miembro del Partido Revolucionario Institucional, y entre 1952 y 1958, es decir, durante su participación en el proyecto, fue senador por el estado de Guanajuato. Anteriormente había sido diputado local de Guanajuato, gobernador del mismo estado, secretario de Lázaro Cárdenas, presidente del Partido de la Revolución Mexicana (antecesor del PRI) y embajador de México en Francia, entre otros cargos. En el gobierno cardenista había sido uno de los principales responsables de las gestiones para la recepción y el establecimiento de republicanos españoles en México.

³⁵ En 1952 Perón había roto relaciones con Odría debido a que, anteriormente, aquel le había surtido trigo al Perú durante la guerra de Corea, pero cuando Argentina necesitó petróleo para levantar la cosecha, Odría le negó el combustible por presiones de Estados Unidos. Perón había acordado apoyar al movimiento con armamento, mientras que Bolivia, que tenía estrecha relación tanto con el gobierno argentino como con los apristas en el exilio, ofrecía campos de entrenamiento para la preparación de los revolucionarios. Sin embargo, en 1953 el plan se canceló cuando los servicios de inteligencia odriistas descubrieron la conjura y el Perú surtió el combustible requerido. Posteriormente, Haya de la Torre desautorizó la invasión y esta fue definitivamente cancelada. Véase Nelson Manrique, «¡Usted fue aprista!». *Bases para una historia crítica del APRA*, Lima, CLACSO/Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009, pp. 121-144.

³⁶ Raúl Roa Kourí, *En el torrente*, La Habana, Casa de las Américas, 2004, p. 22, citado por Andrés Kozel, *op. cit.*, p. 334. Las oficinas referidas se ubicaban en Paseo de la Reforma núm. 1, despacho 951 (posteriormente, despacho 961).

La nueva editorial presentaba como director a Mario Puga, y como gerente, al venezolano Ildemar Pérez Segnini –quien a su vez, en la revista, ocupó el puesto de subdirector–, y ofrecía un catálogo inicial de tres libros de poemas, con su propio sello de imprenta: *Holocausto de rosa*, de la autora panameña Elsie Alvarado de Ricord; *Giraluna*, de Andrés Eloy Blanco, y *Ofrenda del caminante*, de Felipe Montilla Duarte.³⁷ A la par, el consejo de redacción de la revista fue ampliado considerablemente. De los integrantes iniciales en la etapa de Loera continuaban Alfonso Caso, Carlos Lazo, Andrés Eloy Blanco, Juan de la Encina y Manuel Sánchez Sarto. Se unieron Luis Ignacio Rodríguez, Joaquín García Monge, Félix Lizaso, Mario Monteforte Toledo, Rogelio Sinán (seudónimo de Bernardo Domínguez Alba),³⁸ Fernando Diez de Medina, Alberto Hidalgo, Juan Marín y Carlos Ponte. Es difícil precisar si todos los integrantes del nuevo consejo estuvieron involucrados en las decisiones internas de la publicación, más aún cuando no todos radicaban en México, como Alberto Hidalgo o García Monge, editor del *Repertorio Americano*. Una revisión del material textual publicado indica que en estas decisiones las voces coordinantes fueron las de Rodríguez, Puga y Pérez Segnini: no hay un cambio drástico en la línea editorial de la etapa anterior a la incorporación de Luis I. Rodríguez, pero sí hay atisbos de una reconsideración social, encaminada a hacer de *Humanismo* una revista más participante de la coyuntura. En ese mismo sentido, decaen ciertos géneros, como el ensayo, en favor de otros más descriptivos, como la monografía. En los números que van del 13 al 19-20 (desde agosto de 1953 hasta mayo de 1954), el tema social comienza a tener más presencia, y la sección “México Actual”, que como ya se ha mencionado había comenzado a aparecer en el 9-10, se volverá fija en este lapso, a excepción

³⁷ La impresión del material, según referencia del número 14, era encargada a los Talleres Gráficos “Editorial Intercontinental”, S. A., ubicados en Santa María Insurgentes, Distrito Federal. En este periodo la revista sufrió un deterioro en su manufactura, al cambiar su papel en interiores a uno de baja calidad.

³⁸ En el número 11-12, ya se había informado que el escritor panameño Rogelio Sinán se integraba como miembro del Consejo de Redacción. Allí mismo se publicó su cuento “Una voz decapitada”.

del último número. En general, el tema mexicano aumentó su presencia, e incluso el número 15, de noviembre de 1953, es un homenaje histórico, político y literario a la Revolución Mexicana, a cuarenta y tres años de su inicio. “México Actual” informa, en términos elogiosos, de la labor emprendida por los gobiernos emanados de la revolución, especialmente en cuestiones relativas a infraestructura (comunicación carretera, plantas hidroeléctricas a cargo de CFE, mejoramiento del sistema de agua potable en el Distrito Federal), así como en avances en labores sociales y en la defensa de la democracia, como por ejemplo, cuando en el número 15 apoya con encomio las declaraciones hechas por Ruiz Cortines durante la inauguración de la presa Falcón, en la frontera entre Texas y Tamaulipas, ante la presencia del mandatario estadounidense Dwight Eisenhower.³⁹

Aunque en este periodo la cantidad de publicidad no decreció sustancialmente —se mantuvieron alrededor de cinco páginas publicitarias por número—, varias de ellas anunciaban las novedades del propio sello editorial, así como las colecciones externas que *Humanismo* distribuía a través de pedidos a sus oficinas. No hay datos exactos sobre el tiraje y sus formas de distribución, aunque Puga, en una nota del número 14, especifica que la revista se distribuía en América Latina, Estados Unidos y Francia.⁴⁰ El precio del ejemplar disminuyó respecto al periodo de salida bimestral con Loera y Chávez, de seis a cinco pesos. Asimismo, para el final de la etapa de Puga en la dirección, la Editora y Distribuidora Humanismo había aumentado su catálogo editorial de libros y folletos: además de los tres títulos iniciales, se enlistaban *Tierra sin Dios*, de Julio Ortega Márquez; *Hacia el nuevo Ayacucho*, de Manuel Seoane; *La luz*

³⁹ “El discurso de Ruiz Cortines”, *Humanismo*, núm. 15 (noviembre de 1953), pp. 108-110. La nota tiene firma de “J. R.” (Jorge Raygada).

⁴⁰ Kozel aporta datos sobre el tema a partir de una carta de Puga dirigida a Ciro Alegría, antiguo aprista que se había separado del partido en la década del cuarenta, fechada el 19 de abril de 1955, y en la cual abordaba la venta de *Humanismo* y su lamento porque, ya en manos de Roa, había perdido “sus características gráficas y su composición equilibrada” y había “bajado su tiraje de 2,500 ejemplares en que la dejé, a sólo un millar, de los cuales la mitad se distribuyen gratuitamente”. En Andrés Kozel, *op. cit.*, p. 334.

armada, de Juan Gonzalo; *Auscultación hispanoamericana*, de Vicente Sáenz, y la novela de Manuel González Calzada, *42 grados a la sombra*.

II.2.5 El director se separa

Puga traspasó la revista en marzo de 1954 a “un grupo de venezolanos y cubanos”, como él mismo señala, cuya figura representativa era Raúl Roa García.⁴¹ Antes de su alejamiento preparó el número 19-20, que salió a la circulación entre mayo y junio de ese año, y que es significativo por tres razones: 1) el número abre con un editorial sobre la liberación de Haya de la Torre de la embajada de Colombia en Lima, luego de que la presión internacional provocara que el gobierno de Odría extendiera el salvoconducto para que el líder aprista saliera del país rumbo a México, hecho que la revista celebraba, al tiempo que refrendaba su apoyo a dicho personaje, en pro de la inmediata liberación del Perú a manos del régimen; 2) se publica el texto “Puerto Rico lucha por su independencia” del escritor, político y periodista Juan Juarbe y Juarbe, quien de este modo hace su entrada a *Humanismo*, de la cual ocupará posteriormente la dirección; el artículo, que ocupa un total de veintiocho páginas del número, elabora un recorrido por la historia puertorriqueña y sus intentos independentistas, para recalcar en la semblanza de Pedro Albizu Campos y su labor por la emancipación del país;⁴² 3) incluye la nota “Por qué estoy en México”, de Raúl Roa, que *Humanismo* toma parcialmente de la revista *Vida Universitaria*, de Monterrey, edición del 10 de marzo de 1954:

Retorné a México en diciembre del año pasado. Semanas antes había regresado a Cuba sabiendo que arriesgaba, cuando menos, mi libertad. La persecución de los cuerpos represivos de la dictadura no tardaría en acosarme, hasta convertirse en sentencia de muerte. Hago el cuento gracias a haberme

⁴¹ *Ibidem*, p. 334.

⁴² Previamente, el número anterior había anunciado la llegada a México del político puertorriqueño como “secretario de Relaciones Exteriores del Partido Nacionalista”, y su incorporación a la revista a partir de entonces.

refugiado a tiempo, en la embajada de Uruguay. De allí salí, con mi esposa e hijo, aparatosamente escoltado, a tomar el avión que me condujo a México.⁴³

Esta es la introducción que *Humanismo* hace de quien a partir de entonces sería su director y el personaje central en la vida de la revista, incluso aún después de su separación por responsabilidades políticas en el nuevo gobierno revolucionario de Cuba.

La presencia reservada de Mario Puga en las páginas de la revista durante su periodo directivo no se desvirtuó durante su salida como miembro del equipo editorial y administrativo. No hay aviso alguno del retiro del intelectual peruano; en cambio, la historia reflejaría su ausencia en el evidente giro, tanto material como editorial, que *Humanismo* vivió a partir de mediados de 1954. Su separación no significa, sin embargo, que Puga haya marchado de México. Allí permaneció hasta 1956, año de la caída de Odría en el Perú. Su etapa mexicana entre 1954 y 1956 no solo se distingue por su separación de la revista, sino también por otros hechos de su vida pública. En 1954 renunció al APRA mediante una carta publicada en el diario *El Popular*, el 6 de agosto de 1954.⁴⁴ La carta, fechada dos días antes, reclamaba a Haya de la Torre su alejamiento de los postulados anticapitalistas y democráticos del APRA en décadas pasadas:

Usted ha concretado en toda la gravedad que entraña, la quiebra de su generación y de su clase en la misión revolucionaria que se impuso cuando el mundo vivía la conmoción económico social de la Primera Guerra y postguerra mundiales. Es cierto que Ud. –como la burguesía colonial peruana– se

⁴³ *Humanismo*, núm. 19-20, marzo-abril-mayo de 1954, p. 83.

⁴⁴ La renuncia de Puga acontece después del viraje ideológico de Haya de la Torre respecto a sus posiciones antiimperialistas iniciales. A su salida de la embajada colombiana de Lima y su posterior llegada a México en abril, Haya pasó del antiimperialismo de los años treinta, al “interamericanismo democrático sin imperio” de los cuarenta, y al alineamiento con los Estados Unidos, en esta nueva época de destierro. Esto repercutió en las ya divididas células apristas del exilio, entre ellas la de México, de la cual Luis Alberto Sánchez, el más cercano a Haya de la Torre, desconfiaba profundamente por el proceso de radicalización que atravesaban sus integrantes y que llevaría a varios de ellos a la ruptura con el partido. Dice Nelson Manrique: “En 1952 renunciaron al Apra los poetas Gustavo Valcárcel y Eduardo Jibaja, y en 1954, Alberto Hidalgo, Manuel Scorza y Mario Puga. Renunciaron después Serafín del Mar, Guillermo Mercado, Antenor Samaniego, Mario Florián, Jaime Galarza y Felipe Arias Lareta”. Nelson Manrique, *op. cit.* p. 117. Jibaja participó en *Humanismo* en los primeros cuatro números como secretario y reportero; otro peruano integrante de la revista, Jorge Raygada, también se había separado del partido anteriormente.

considera enemigo del socialismo. Antes se consideraba enemigo del capitalismo. Su posición demuestra que ha dejado de comprender el sentido profundo de los movimientos sociales contemporáneos.⁴⁵

Este alejamiento le implica a Puga no solo el rompimiento con el líder, sino con gran parte de su red de relaciones en México; específicamente, con la célula de exiliados residentes en el país. Libre de su filiación aprista, continuó con una nutrida etapa escritural. En 1955 publicó su estudio histórico *Los incas: sociedad y Estado*, con sello editorial de Centauro, y su obra más conocida, la novela *Puerto Cholo*, en la colección Los Presentes. Asimismo, escribió en *La República*, órgano del Partido Revolucionario Institucional,⁴⁶ y entre 1955 y 1956 colaboró en la *Revista de la Universidad de México* con la sección literaria “El escritor y su tiempo”. Puga regresó al Perú a mediados de 1956, y allí murió tres años más tarde, sin adscribirse formalmente a otro partido político.⁴⁷

II.3 Humanismo. Segunda época (1954-1958)

II.3.1 Replanteamientos y nuevas perspectivas

La restructuración del cuerpo administrativo y de colaboradores no solo define los contenidos de *Humanismo* en esta segunda etapa, sino también su fisonomía externa. Su nuevo director, Raúl Roa García, estableció una reorientación general en el enfoque y los objetivos que perseguía. El editorial del número 21 señalaba el carácter coyuntural que tomaba la publicación como testigo de una época, reiterando el sentido social de la revista no solamente en cuanto a lo político, sino también en lo cultural:

A fortalecer la conciencia de nuestra comunidad de destino y a galvanizar la voluntad de afirmarla y defenderla, pueden contribuir eficazmente los hombres de letras hispanoamericanos. No sólo pueden: deben. En horas de peligro aumenta la obligación y la responsabilidad de los intelectuales. No tienen

⁴⁵ Alfredo Hernández Urbina, *Los partidos y la crisis del APRA*, 1956, citado por Nelson Manrique, *op. cit.* p. 117.

⁴⁶ Kozel, *op. cit.*, p. 334.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 326.

otra alternativa, en rigor –so pena de traicionarse a sí mismos– que salir al palenque y aprestarse al envite. La neutralidad de la cultura fue antes, como es ahora, como siempre será, el apoliticismo mentido de los que militan en el “partido de los saciados”, reverso cómplice de los escritores que se alquilan descocadamente a la reacción, al poder y a la riqueza.

Sus integrantes se declaraban ni “prosoviéticos”, ni “pro imperialistas”, sino “juaristas, bolivarianos y martianos”, pero antes, recalcan:

Humanismo es una revista de cultura con definido y beligerante acento político. No implica ello, en modo alguno, que vaya a asumir una postura sectaria o partidista. Tal designio está radicalmente excluido de la perspectiva de sus editores. Política no significa necesariamente adscripción a determinado credo o emblema. Significa también preocuparse por intereses, aspiraciones y valores que trascienden la órbita de los partidos políticos y que constituyen, no obstante, la trama misma de la vida espiritual de los pueblos y la clave profunda de su devenir histórico.⁴⁸

En gran medida, este replanteamiento implica la desintegración de la red intelectual que Mario Puga había trazado, bajo el respaldo de Loera y Chávez y Silva Herzog, entre otros, al grado de que los antiguos miembros del consejo editorial, a excepción de Andrés Eloy Blanco y Alfonso Caso, no tuvieron más aparición en los índices posteriores. La nueva etapa de *Humanismo* implicó un proceso de adecuación entre el grupo de colaboradores que venía figurando en la revista a partir de la incorporación del senador Rodríguez y el círculo que Roa tenía conformado no solamente a partir de su llegada a México, sino desde su labor política previa en Cuba.

Raúl Roa García había nacido en La Habana en 1907. Desde su época universitaria en la Facultad de Derecho figuró como un activista social, miembro de la Liga Antiimperialista y opositor a la dictadura de Gerardo Machado, por lo que sufrió cárcel y destierro en los Estados Unidos, al ser integrante del Directorio Estudiantil Universitario que protagonizó los hechos

⁴⁸ “Posición y rumbo”, *Humanismo*, núm. 21, julio de 1954, p. 5.

de 1930 contra el régimen. Militó más tarde en el Ala Izquierda Estudiantil, por lo que sufrió persecución y un nuevo destierro en los Estados Unidos. De regreso en la isla, y ya ostentando el grado de doctor en Derecho Público y Civil, emprendió una amplia carrera como profesor de la Universidad de La Habana, de la cual se convirtió en decano en los años cuarenta.⁴⁹ A partir del golpe militar de 1952, y bajo la nueva persecución a los opositores de Batista, Roa volvió al exilio, esta vez en México, a finales de 1953. Antes de eso, en 1952, ya había visitado Monterrey como conferenciante, y había hecho amistad con profesores locales de la Universidad de Nuevo León.⁵⁰ En su destierro mexicano, Roa se convirtió en profesor visitante en distintas instituciones, incluida la Universidad de Nuevo León, además de actuar como corresponsal para el diario cubano *El Mundo*. Su vida en México transcurre en la capital del país, con una serie de recorridos por el interior dictando conferencias y cursos.⁵¹

Su relación con el aprismo y otros grupos de la izquierda latinoamericana databa de su juventud, en los años veinte, cuando coincidió, en eventos de protesta, con el periodista cubano Enrique de la Osa, fundador de la revista *Atuei*, órgano de apoyo al aprismo, y el exiliado peruano Esteban Pavletich, aprista residente en México y Cuba, entre otros personajes.⁵² Asimismo, era conocedor de la situación política venezolana de aquellos años y de la obra de Rómulo Gallegos quien, como otros tantos exiliados, había residido temporalmente en Cuba.

El “grupo de venezolanos y cubanos” que ahora dirigía *Humanismo* y que es mencionado en el editorial de inicio, incluía, desde luego, a Ildegar Pérez Segnini, el político venezolano

⁴⁹ Véase Enrique de la Osa, “Yo nunca he vacilado en abrazarme a la estrella”, en *Raúl Roa. El canciller de la dignidad*, México, Nuestro Tiempo, 1985, pp. 58-81.

⁵⁰ Véase Samuel Flores Longoria, *Raúl Roa y la Universidad de Nuevo León*, Monterrey, UANL, 2012.

⁵¹ Sus obras *México de mi destierro* y *Frente a la noche*, recopiladas posteriormente en la edición de *En pie, 1953-1958*, dan testimonio tanto de su estancia en el país como de su relación con el medio intelectual y político, nacional y latinoamericano. Aunque hay fuentes que indican que Roa fundó un periódico en México, esta investigación no pudo rastrear datos sobre el mismo.

⁵² Véase Arturo Vilchis Cedillo, “*Boletín Titikaka* (1926-1930): literatura y política en el corazón de los Andes”, en Regina Crespo, *op. cit.*, p. 191.

exiliado en México que funge como enlace entre las dos épocas, y que en el equipo de Roa siguió figurando en la subdirección de la revista hasta adquirir el papel principal tras el regreso de Roa a su país. Este enlace con el grupo venezolano adscrito a Acción Democrática⁵³ conforma ya una red inicial que se complementa con sus relaciones con la célula aprista de México.⁵⁴ A la vez, son importantes los lazos con la intelectualidad mexicana: con Silva Herzog guarda una estrecha relación de amistad recíproca, lo mismo que con Francisco Mier Zertuche y Alfonso Reyes Aurrecoechea, ambos catedráticos de la Universidad de Nuevo León, y el escritor Andrés Iduarte. La relación con Reyes Aurrecoechea, director de *Vida Universitaria* en Monterrey, sirve de encuentro y colaboración entre *Humanismo* y aquella publicación semanal. Reyes y Zertuche, por ejemplo, participan en el “Homenaje a México” de *Humanismo* en su número 30, de abril-junio de 1955; Roa lo hace, a su vez, en la revista de Reyes, donde también su hijo, Raúl Roa Kourí, llega a publicar. Reyes y Zertuche, además, viajan a dictar cátedra a la Universidad de La Habana como profesores invitados, a petición de Roa al rector de la universidad cubana, Clemente Inclán.⁵⁵ En tono similar, *Humanismo* tendió otra red editorial hacia Cuba y la revista *Bohemia*, dirigida entonces por el intelectual Miguel Ángel Quevedo y hermanada con aquella en su posición combativa hacia el gobierno militar. Aun en el destierro, Roa siguió en contacto frecuente con su círculo de cercanos en Cuba, y no parecía tener claro cuánto tiempo permanecería fuera de su país. El año de 1954 es el más activo en su vida académica mexicana, complementada con la compra de la revista en el mes de marzo. Junto a la reorientación de sus contenidos, la publicación tuvo un nuevo diseño que

⁵³ Acción Democrática, partido político venezolano fundado en 1941 por Rómulo Betancourt, originalmente definido como partido de izquierda. En las elecciones de 1947 había llevado a la presidencia a Rómulo Gallegos, que ocupó el cargo solo unos meses de 1948, tras de lo cual el partido pasa a la ilegalidad durante la dictadura militar, concluida en 1958. Después del regreso a la democracia, Betancourt ocupó la presidencia del país.

⁵⁴ En la ciudad de México, por ejemplo, Roa se encontró con Haya de la Torre a su llegada al país, procedente de Lima. En ese encuentro, Roa se hace acompañar de Armando Hernández, fundador del Partido Aprista en Cuba, y parece tener relación con Manuel Vázquez Díaz, aprista peruano que asiste a Haya en México y que laboró, junto a Puga, en la Nacional Financiera.

⁵⁵ Véanse las obras referidas de Raúl Roa, así como la correspondencia reunida por Samuel Flores Longoria, *op. cit.* pp. 74-86.

remarcó su cambio de época. *Humanismo* redujo su formato en dos ocasiones,⁵⁶ cambió el material de sus cubiertas a un papel de mayor grosor pero de menor calidad, la abundancia de color desapareció y la tipografía del encabezado se modificó. Dos lemas acompañaban ahora al título, pues al tradicional “Revista mensual de cultura”, se añadió “Al servicio de Nuestra América”. A partir del número 35-36, de marzo-abril de 1956, el primero de ellos desapareció, relevándolo otro más combativo: “Revista de insobornable orientación democrática”. El sumario pasó a ubicarse en la propia cubierta, flanqueado por el número que indicaba la edición, y el directorio –antes colocado en página conjunta con el índice– se trasladó a la primera solapa de la cubierta. No hubo ya un consejo editorial propiamente dicho, sino un amplio directorio de colaboradores que se fue extendiendo con el paso del tiempo, pero del que varios de ellos nunca llegaron a publicar un solo texto en la revista. Dentro del equipo administrativo, los venezolanos secundaban a Roa: como gerente, Carlos Blank Antich, y en el departamento editorial, Ricardo Montilla, además del ya mencionado Pérez Segnini, que también publicó textos sobre política e incluso pequeñas piezas de ficción, en tono realista y de carácter meramente programático. Luis Ignacio Rodríguez siguió aportando los gastos de la edición y la revista mantuvo su domicilio en las oficinas que, desde tiempo atrás, ya ocupaba en Paseo de la Reforma.⁵⁷

Puede afirmarse que con Roa hay una sistematización de los contenidos encaminada a los asuntos políticos. Textos de diversa orientación temática, como aquellos incluidos por la revista en los tiempos de Loera y Chávez, no aparecieron más, y aunque la sección dedicada a la creación literaria no desapareció, sí menguó en cantidad de manera progresiva. El ensayo, como género protagonista de reflexión, también fue extinguiéndose. Destacó, sin embargo, la

⁵⁶ Del número 21 (julio de 1954) al 33-34 (septiembre-octubre de 1955) la revista tiene medidas de 15 por 20 centímetros; a partir del 35-36 (marzo-abril de 1956) disminuyen a 14 por 19 centímetros.

⁵⁷ A lo largo de estos años los talleres de impresión tanto para la revista como para las ediciones *Humanismo* son variados y cambian frecuentemente. Asimismo, la actualización de su catálogo editorial va desapareciendo progresivamente.

participación de Andrés Henestrosa, que desde el número 21 hasta el 29 (marzo de 1955) colaboró con la sección “Desde mi Belvedere”, un conjunto de noticias y opiniones sobre literatura, no relacionado con la coyuntura política.

Es indudable, también, que el sector de colaboradores peruanos disminuyó su presencia, aunque la revista siguió contando con participaciones del propio Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez y Jorge Raygada, entre otros.⁵⁸ Fenómeno contrario al del grupo de autores del exilio español, que casi no tuvo aparición en esta etapa.⁵⁹ La figura de José Martí, ya tratada en la primera época, adquiere mayor presencia no solo como tema reflexivo en función de las coyunturas políticas de tono democrático-liberal, sino en textos propios del pensador cubano. En el mismo número 21, luego del editorial de replanteamiento ya señalado, apareció como refuerzo ideológico su conocido ensayo “Nuestra América” y, sucesivamente, fragmentos o textos íntegros de la obra martiana también fueron publicados. Ejemplo del tratamiento cultural encaminado hacia lo político fue el número 22, dedicado al homenaje a Rómulo Gallegos por sus setenta años de vida, y por los veinticinco de publicada su obra cumbre, *Doña Bárbara*, en el que participaron, entre otros, el escritor cubano Jorge Mañach, el escritor y futuro presidente de la República Dominicana, Juan Bosch, el ensayista mexicano Andrés Iduarte y el pensador costarricense Vicente Sáenz. Las ediciones Humanismo publicaron el libro de Gallegos *Una posición en la vida*, que se unió a un catálogo al que previamente se habían sumado *Auscultación hispanoamericana*, de Vicente Sáenz, y los folletos *El diálogo de Falcón y la doctrina del respeto mutuo*, de Luis I. Rodríguez, *La patria de Bolívar secuestrada-El crimen político y la intervención capitalista*, de Luis I. Rodríguez y

⁵⁸ Mario Puga publica el texto “Soberanía nacional y desarrollo” en el número 25 (noviembre de 1954).

⁵⁹ Esporádicas excepciones, como el catedrático Francisco Carmona Nenclares y el poeta León Felipe, colaboran en este periodo.

Gonzalo Barrios, *La rebelión de los pueblos débiles*, de Antonio García, y *Para Cuba, que sufre*, de varios autores.⁶⁰

Con Roa, *Humanismo* respalda las manifestaciones antiimperialistas latinoamericanas en contra de la intervención estadounidense sobre la región; dedica notas críticas a la invasión a Guatemala, organizada por la CIA y el gobierno de Eisenhower, que culminó en la caída de Árbenz; ejerce una reiterada condena hacia las campañas “anticomunistas” emprendidas por el secretario de Estado, John Foster Dulles, y el senador republicano Joseph McCarthy, tanto al interior de su país como sobre el mundo absorbido por la Guerra Fría; al mismo tiempo, combate los regímenes latinoamericanos que considera contrarios al ejercicio de la democracia, como el peronismo y, ahora sí, el militarismo de Rojas Pinilla en Colombia. Su visión democrática y nacionalista coincide con un modelo económico basado en una regulación del Estado de las inversiones y del proceso de desarrollo, y la revista le abre sus páginas a personajes relacionados con este modelo, como a Raúl Prebisch, entonces secretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en el número 23 (septiembre de 1954), y a Lázaro Cárdenas, quien en el número 42 (marzo-abril de 1957) participa con el texto “El ejido en la reforma agraria de México”.

La revista mantiene firme su postura combativa contra la intervención estadounidense, pero reitera, como la diplomacia de su tiempo lo dicta, su irreversible alejamiento del comunismo. Esta postura, precisamente, le trajo consecuencias dentro de su cuerpo de colaboradores. El número 24, de octubre de 1954, que conmemoraba el 86 aniversario del Grito de Yara, anuncia, en sus notas editoriales de inicio, las salidas de Jorge Carrión,⁶¹ encargado de la

⁶⁰ Sobre los festejos a Rómulo Gallegos en México y la publicación de su libro, véase Jesús Silva Herzog, *Mis últimas andanzas*, p. 43.

⁶¹ Carrión, en la sección a su cargo, había defendido, por ejemplo, la actitud de Andrés Iduarte, exdirector de Bellas Artes, que en julio de ese año permitió que la bandera del Partido Comunista cubriera el féretro de Frida Kahlo dentro del recinto, ante el cual también él hizo guardia, por lo que fue cesado del cargo.

sección “Notas de la otra América”, y del guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, por discrepancias con la política editorial de la revista. Sin embargo, en ese mismo lugar, los directivos reiteran: “No somos comunistas. *Humanismo* es una revista democrática de izquierda enteramente independiente. No responde a líneas de partido, ni a sectarismos de ninguna especie. Es un órgano de cultura al servicio de nuestra América y, por definición, postura y objetivos, antiimperialista y antimacartista”.⁶² Aun con estas deserciones, la revista siguió contando con firmas notables del sector político-intelectual latinoamericano.

II.3.2 Un director desde la distancia. Roa vuelve a Cuba

Roa García permaneció en México de finales de 1953 a mediados de 1955. Una amnistía del gobierno de Batista posibilitó su regreso a la isla con miras a retomar su actividad académica y de lucha política. El último número dirigido por él todavía en el país fue el Homenaje a México del número 30 (abril-junio de 1955), un extenso ejemplar que reúne a una buena cantidad de los colaboradores enlistados en el directorio de la solapa, más otros autores que se añaden al sumario. La revista despidió a su director con una cena celebrada el 19 de mayo de 1955, como él lo corrobora en sus palabras de despedida publicadas posteriormente.⁶³ Había ingresado al Movimiento de Resistencia Cívica, dependiente del Movimiento 26 de Julio, con el que militó desde entonces y hasta la caída de Batista,⁶⁴ aunque parece ser que en esa ocasión no coincide con Fidel Castro en México, quien sale de la prisión en Cuba el 15 de mayo de 1955 y arriba a la capital mexicana el 8 de julio de ese año.⁶⁵ El encuentro pudo haber sido posterior, pues en carta desde La Habana a Alfonso Reyes Aurrecoechea, del 24 de septiembre de 1955, Roa indica una visita a México. Esta carta es reveladora, también, por expresar una

⁶² “Ni macartistas ni comunistas”, *Humanismo*, núm. 24, octubre de 1954, p. 8.

⁶³ Raúl Roa, “Deuda con México”, *En pie 1953-1958*, La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1959, pp. 138-140.

⁶⁴ Nota a “Deuda con México”, *op. cit.*, pp. 139-140.

⁶⁵ Véase *De México a la Sierra Maestra*, México, Nuestro Tiempo, 1981.

supuesta intención del traslado de la revista a tierra cubana: “Estuve en México recientemente dos semanas a ver a mi mujer, que se sintió mal. Ella retornó para concluir su entrenamiento en el Instituto de Cardiología. Estuve tan atareado por ello, y por darle los últimos toques a la revista, cuyo traslado se efectuará próximamente a La Habana, que me fue imposible saludar a los ... amigos que ahí he dejado y escribirte a ti.”⁶⁶ El difícil clima social de los meses posteriores en Cuba, y el asentamiento de la represión en el país, ya con los rebeldes en Sierra Maestra, pudieron ser motivos de la cancelación del traslado.⁶⁷

Roa siguió figurando como director en solitario hasta el número 39, para luego compartir el cargo con Pérez Segnini, que de antemano se intuye que dirigía la mayor parte de la planificación editorial, al acrecentarse el tono político de la publicación (es la época en que la revista adquiere su “insobornable orientación democrática”). No obstante el abandono de Roa, el tema cubano adquiere notoriedad en el seguimiento que se hace del proceso revolucionario en la isla; el número 47, de enero-febrero de 1958, es una actualización de la contienda, pero también un estudio de las causas que han precedido a esta empresa civil y militar. Nacionalismo y democracia modulan el estudio del conflicto, que aún no asoma su mirada al horizonte soviético. Tampoco se descuida el caso venezolano, que entre 1957 y 1958 cobra importancia ante la posible caída del gobierno militar y el alistamiento para el regreso al país de los exiliados venezolanos adscritos a *Humanismo*, a principios de ese último año; sin embargo, aunque la revista venía analizando las vicisitudes de la dictadura perezjimenista, en los meses cruciales guarda silencio sobre el caso.⁶⁸

⁶⁶ Samuel Flores Longoria, *op. cit.*, p. 83.

⁶⁷ Sobre esta situación, véanse Jesús Silva Herzog, *Mis últimas andanzas*, pp. 52-60, así como la correspondencia entre Silva Herzog y Roa, en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, s/n, 1981.

⁶⁸ Al mismo tiempo, no deja de tratar, entre otros asuntos, la complejidad de la Violencia en Colombia; el debate político en el Perú, posterior a Odría; la situación centroamericana, sobre todo, el caso de Honduras, y el movimiento nacionalista de Pedro Albizu Campos en busca de la independencia puertorriqueña.

Estos posicionamientos de participación política, que rayan en el límite de lo permitido por el Estado mexicano, son compensados por una línea de continuidad en el enaltecimiento de la obra gubernamental en el país. Las actividades del gobierno mexicano son loadas reiteradamente, ya como medida congratulatoria del sector exiliado con el país que habita, o ya como muestra de la influencia que ejercía Rodríguez en las decisiones del proyecto: “El quinto y penúltimo informe de Don Adolfo Ruiz Cortines, más que un balance superior de realizaciones positivas en el rápido y bien dirigido fortalecimiento del país, ha sido una reafirmación de principios y una expresión de consecuencia a los postulados de libertad que constituyen el perfil del actual movimiento político mexicano.”⁶⁹ El aquilatamiento de la política nacional fluctuó siempre en estos términos congratulatorios.

Entre los números 31-32 y 50-51, el último publicado desde la Ciudad de México, transcurrieron poco más de tres años en los que la ausencia de Roa García había pesado en términos generales. Su periodicidad fue volviéndose intermitente. De mensual y bimestral, llegó incluso a ser cuatrimestral en los números correspondientes a 1958.⁷⁰ El cuidado de la edición, que con Roa en México había recaído en su hijo, Raúl Roa Kouri, experimentó ahora un deterioro notable en la abundancia de erratas que, junto a la economía de sus materiales, enmarcaban una austeridad contrastante con el pasado.

II.4 *Humanismo*. Tercera época (1959-1961)

II.4.1 De México a La Habana

Humanismo entra en La Habana, casi a la par que lo hiciera victorioso Fidel Castro, en los inicios de 1959, pero retarda la salida de su primer número en la isla hasta el mes de abril. Roa formó parte del Ministerio de Estado del nuevo gobierno desde su conformación a principios

⁶⁹ “El presidente de México”, *Humanismo*, núm. 45, septiembre-octubre de 1957, p. 10.

⁷⁰ La revista cambió paulatinamente su domicilio a San Juan de Letrán núm. 13, despacho 1704.

de año, y en el mes de febrero fue designado embajador de Cuba ante la OEA; sin embargo, en esa faceta diplomática ya se encontraba deslindado de la revista que dirigió en México. En la totalidad de su etapa cubana, Roa no figuraría más en el directorio de *Humanismo*, ni siquiera en la lista de sus colaboradores, evidentemente como una de las cautelosas medidas que requiere la vida en el servicio gubernamental.

La coyuntura política le presentó a *Humanismo* su primera escisión en su etapa cubana. Ildemar Pérez Segnini, el experimentado editor, subdirector y director, se encargó de aquel primer número en La Habana, un voluminoso especial dedicado al proceso histórico, político y cultural de la isla, desde su pasado colonial hasta su actual estatus de república libre. Titulada “Cuba en síntesis”, esta edición de más de 400 páginas fue un saludo a su nueva morada política y geográfica, pero también una mezcla de justificación y defensa, al recordar que dos números anteriores (el de octubre de 1955 y el de febrero de 1958) habían sido dedicados al tema cubano.⁷¹ Este número marcó el fin de la participación de Pérez Segnini en la revista, quien por única vez ostentó el cargo de director único. Aunque no es claro si el político venezolano retornó inmediatamente a su país, ya con Rómulo Betancourt en su nuevo mandato presidencial, sí parece lógico afirmar que el rompimiento entre la Cuba castrista –en acercamiento paulatino hacia el comunismo– y el gobierno venezolano de coalición, intervino en su separación definitiva.⁷² Pero ese distanciamiento político no solo afectó al director saliente, sino a la revista misma, que cargó así con un pasado de respaldo incondicional a Acción Democrática y, por ende, a Betancourt, que en su toma de posesión, explicó rotundamente la no inclusión del sector comunista en el Pacto de Punto Fijo, pues su filosofía

⁷¹ [Sin título], *Humanismo*, núm. 53-54, enero-abril de 1959, p. 7.

⁷² No es claro, para este trabajo, afirmar qué papel político desempeñó Pérez Segnini durante el periodo presidencial de Betancourt antes de asumir el cargo de gobernador de Aragua.

política no concordaba con los mejores intereses para el país.⁷³ Asimismo, el anticomunismo reiterado durante toda su época mexicana condicionó la capacidad de maniobra de una publicación que, paulatinamente, resultó incómoda.

El puertorriqueño Juan Juarbe y Juarbe ocupó la dirección por el resto de sus números. El directorio de colaboradores, que siguió figurando en la primera solapa, no se modificó respecto a su etapa en la Ciudad de México (su lema principal eliminó el adjetivo “insobornable” para ser, simplemente, “Revista de orientación democrática”). El color regresó a dominar las cubiertas, hecho que marca una tercera transformación visual en su historia y un elemento importante de identificación evolutiva; sin embargo, la calidad de su impresión en interiores no mejoró, utilizando papel y tintas de baja calidad.⁷⁴ Sus series de publicidades estuvieron dominadas por anuncios de origen cubano, por obvias razones, aunque distintas instituciones mexicanas, como *Cuadernos Americanos* o la Nacional Financiera siguieron figurando en sus primeras páginas, y su ya conocida relación con *Bohemia* se mantuvo cercana.⁷⁵

La revista dirigida por Juarbe y Juarbe tuvo un sostenido acento cubano, propio del contexto histórico en que se incluye. La incorporación de discursos del propio Fidel Castro también se acompaña de una sección especial de documentos, emitidos muchos de ellos por el gobierno revolucionario, que ocupa una parte considerable de cada número.⁷⁶ Además, Ernesto Guevara se convirtió en este periodo en un asiduo colaborador: entre el número 60-61 (marzo-junio de

⁷³ El Pacto de Punto Fijo, planificado en 1958 para organizar un gobierno de coalición tras la caída de la dictadura, fue firmado por Acción Democrática, el Partido Social Cristiano COPEI y la Unión Republicana Democrática. Sobre las razones de la exclusión comunista, véase Rómulo Betancourt, *Leninismo, revolución y reforma*, México, FCE, 1997, pp. 249-250.

⁷⁴ Tuvo un formato de 15 por 20 centímetros.

⁷⁵ Esta no menguó con el exilio de su director, Miguel Ángel Quevedo, a mediados de 1960 cuando, en discrepancia con el régimen, huyó a Estados Unidos y luego a Venezuela. Enrique de la Osa ocupó la dirección a partir de entonces.

⁷⁶ El número 60-61 contiene una “Encuesta continental sobre Cuba” en relación a la opinión general sobre la Revolución Cubana, acerca de un hipotético golpe de Estado planeado por el gobierno estadounidense como el realizado contra Guatemala en 1954, y sobre la posición que tendrían que tomar los países latinoamericanos ante tal agresión. De los 23 encuestados, la mayoría fueron mexicanos (Federico S. Inclán, Alí Chumacero, Juan O’Gorman, Emmanuel Carballo, Ángel Bassols Batalla, David Alfaro Siqueiros, Carlos Pellicer, Elí de Gortari, José Emilio Pacheco y Enrique González Pedrero).

1960) y el 64-65 (noviembre 1960-febrero 1961) publicó en tres secciones su texto *Guerra de guerrillas*, aunque previamente ya había colaborado con algunas crónicas y anécdotas de Sierra Maestra y un discurso en homenaje a Martí.

En la jerarquización temática de la revista, el caso puertorriqueño ocupó el segundo lugar en importancia, con aportaciones de Laura de Albizu Campos, Emilio Roig de Leuchsenring, José Luis González y Reinaldo Hernández Savio. En su proyecto latinoamericano y universal, también tuvieron cabida las aportaciones hechas por colaboradores mexicanos y, cosa particular, por españoles adheridos a la República, encaminadas, las de estos últimos, mayormente a temas culturales y literarios que, de este modo, tuvieron ligeros signos de supervivencia casi al cierre de la publicación. En el último número editado, el 64-65, *Humanismo* trata consistentemente el problema del colonialismo en África y su coyuntura política regional, como un destello de la posterior cercanía cubana con el movimiento anticolonialista en países como el Congo.

La crisis de intereses que *Humanismo* atravesó en su etapa cubana explica su cierre imprevisto, aunque no deja de asombrar su persistente trayectoria de dos años en ese país. El cambio de residencia, de México a Cuba, puede entenderse a partir de una causa bipartita: la efervescencia por el triunfo revolucionario y el no radicalismo que hasta ese momento definía al nuevo régimen. Los meses posteriores cambiaron la perspectiva de futuro para una revista que había rechazado adherirse, formalmente, a la extrema izquierda y que, además, había mostrado su apoyo abierto a dos posturas políticas, el APRA y Acción Democrática, que para ese entonces habían reconsiderado sus posturas hacia la centro-derecha.

Roa es nombrado oficialmente miembro del Partido Unido de la Revolución Socialista en 1965, y sus palabras contradicen la trayectoria ideológica de la revista que había dirigido tiempo atrás:

Ninguna distinción más honrosa en mi vida que haber sido designado miembro del Comité Central del PURS. Aspiro a merecerlo con el cumplimiento de las tareas que se me encomienden, mi lealtad al pueblo trabajador de Cuba, al partido y al gobierno revolucionario, mi identificación con los principios del marxismo-leninismo y mi afán de contribuir a la derrota del imperialismo en todos los frentes y a la victoria del socialismo y del comunismo.⁷⁷

El ingreso oficial al que poco después se transformaría definitivamente en Partido Comunista de Cuba es la culminación de un proceso de integración al Estado revolucionario que había iniciado en febrero de 1959, con su designación como embajador ante la OEA y, ese mismo año, con su llegada al Ministerio de Relaciones Exteriores. Proceso complejo que se entrelaza con el paulatino acercamiento comercial y militar de Cuba hacia la Unión Soviética, así como con los llamados a intelectuales y artistas a la unidad nacional y a los primeros rompimientos de antiguos simpatizantes del movimiento revolucionario, recelosos de abrazar al socialismo como doctrina de gobierno. En este panorama, la trayectoria abiertamente no comunista de una publicación ligada al nuevo ministro de Estado hizo que *Humanismo* no fuera más un medio adecuado en el nuevo orden político del país.

⁷⁷ Citado por Enrique de la Osa, *op. cit.* p. 74.

III. La voz de una revista: el ensayo como género organizador

III.1 Intención

Este capítulo sustenta el estudio de los textos ensayísticos integrados en la que se ha definido como la primera etapa de publicación de *Humanismo*, que comprende los veinte números editados bajo la dirección de Mario Puga, entre julio de 1952 y mayo de 1954. La selección del corpus de la revista se fundamenta en que, luego de una revisión general del conjunto, esta contiene la mayor cantidad de material directamente relacionado con la Literatura en cuanto tema y en cuanto área de conocimiento. A su vez, tiene como fin la comprobación de dos hipótesis planteadas:

- *Humanismo*, en su primera etapa, cumplió en su línea editorial con los principios definidos por su cuerpo directivo, y que comprenden una visión humanista integral reflejada en su variedad temática, y en una postura política que se pronunciaba como democrática y alejada de radicalismos.
- El ensayo, como género literario, es un tipo de texto recurrente en la revista y el que sirve de guía para conocer sus principios editoriales y entender el cumplimiento de su línea editorial en esta primera etapa.

¿Cómo fue formulada esta línea editorial?, ¿en qué momento y bajo qué formato se hizo presente en las páginas de la revista? Preguntas iniciales como estas dieron paso a una estructuración definitiva del análisis propuesto, que responde a cuestionamientos más específicos: cuál es la relación entre revista y ensayo, en líneas generales y dentro del presente objeto de estudio; cómo puede definirse al ensayo y bajo qué parámetros se diferencia de ciertos géneros periodísticos, como el artículo; cómo se conciben y proyectan los principios

editoriales de *Humanismo* y, en ese sentido, qué función cumple el ensayo en relación a otros componentes textuales de la revista. Los primeros apartados del capítulo están enfocados en concentrar una serie de definiciones y debates, antes de entrar plenamente al recorrido por la revista.

III.2 La concepción de una línea editorial

Toda revista, literaria o cultural, representa en sí misma una perspectiva. En su conjunto, cada publicación es un punto de vista que se inserta en un contexto histórico-social y que trata siempre de que su monólogo inicial se convierta, sucesivamente, en un diálogo entablado con otras voces que, como ella, se incrustan en una época y la protagonizan. Como ya se ha hecho notar, las coyunturas históricas y políticas abren o tensan debates ideológicos frente a los cuales el sector intelectual toma siempre partido. Pero si bien aun en la neutralidad un individuo está definiendo una postura —y por neutralidad me refiero al silencio, a la voz ausente en el debate—, es la palabra la que otorga jerarquía en momentos de discusión pública. La palabra se convierte en el vehículo del argumento, y su plataforma de expresión, en el medio siglo XX mexicano y latinoamericano, está en dos sitios: en la tribuna o en la página de los medios impresos.

Debate y publicaciones periódicas son dos elementos estrechamente relacionados dentro del campo intelectual, y su entrelazamiento aumenta en épocas de alta agitación social y política, como la referida. Esto no es un tema nuevo, y ha sido abordado por autores como Beatriz Sarlo, quien resume el asunto cuando afirma: “‘*publiquemos una revista*’ quiere decir ‘*hagamos política cultural*’, cortemos con el discurso el nudo de un debate estético o ideológico”.¹ En efecto, la revista, como ente reflexivo y personaje de una época, asume una

¹ Beatriz Sarlo, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 9-10, 1992, p. 9.

responsabilidad pública no solamente cultural, sino histórica, y por lo tanto su hechura, material y espiritual, debe ser producto de un alto compromiso social. Ella condensa una perspectiva particular y representativa que emana del conjunto de sus componentes, no solamente textuales sino también materiales. Sarlo compara a la revista con un “laboratorio”, un “banco de prueba” de cuyos experimentos, fallidos o exitosos, se extrae una *sintaxis*. “Surgida de la coyuntura” dice, “la sintaxis de una revista informa, de un modo en que jamás podrían hacerlo sus textos considerados individualmente, de la problemática que definió aquel presente”.² Y más adelante, prosigue:

A diferencia de los poemas o las ficciones, la sintaxis de la revista (que obviamente los incluye) se diseña para intervenir en la coyuntura, alinearse respecto de posiciones y, en lo posible, alterarlas, *mostrar* los textos en vez de solamente publicarlos. Por esta razón, es casi obvio agregar que el discurso cultural en las revistas no es sólo un discurso de matriz teórico-crítica y de género ensayístico.

Por el contrario, el discurso cultural es la *política* de las revistas, que no aparece sólo en las editoriales [...] Diría más: las editoriales son zonas poco confiables si lo que se quiere es reconstruir, en perspectiva histórica, la problemática de una revista. Las editoriales son tan ostensiblemente un discurso programático, que bien se puede prescindir de ellas o, al menos, someterlas al contraste con el discurso que resulta de la disposición de los materiales. Esto es demasiado sabido.

Conviene recordar, sin embargo, que la sintaxis de una revista es casi siempre producto de juicios de valor tanto como la elección de los textos que se ordenarán según esa sintaxis. La política de una revista es un orden, una paginación, una forma de titular que, por lo menos idealmente, sirven para definir el campo de lo deseable y lo posible de un proyecto.³

De lo anterior se extraen dos elementos. Para la autora, la “política de la revista” es el factor clave para “entender”, en sentido total, una publicación –no en vano las cursivas en palabras como *mostrar* y *política* alertan al lector atento. También es cierto que una línea o política

² *Ibidem*, p. 10.

³ *Ibidem*, pp. 11-12.

editorial aglomera componentes de índole diversa, más allá de lo teórico-crítico sustentado en el plano textual. Sin embargo, esta matriz es sin duda el eje rector de esa línea/política, porque sobre ella se sustenta el contenido reflexivo necesario para cimentar y sostener una postura ideológica con la que la revista se defiende ante los embates de la coyuntura. Es, por otra parte, un mural que sirve de contraste para confrontar el ideal del proyecto con la realidad de la práctica.

Es necesario anotar en este punto la definición que mejor delimita las características e intenciones de una “línea editorial” (que se relaciona en sinonimia con la “política de la revista” explicada por Sarlo). En ese sentido, este trabajo se sirve de la jerarquización hecha por María Ángeles Fernández Barrero, útil al respecto, pues opta por dividir el tema en dos categorías que si bien en el fondo no son novedosas, sí recalcan aspectos que en la práctica periodística y editorial pueden ser obviados: por un lado existen los principios editoriales, y por otro, la línea editorial. Fernández Barrero acude a Emy Armañanzas y Javier Díaz Noci, para quienes los “principios editoriales” vienen a ser “las líneas maestras que marcan ideológicamente los contenidos periodísticos y fundamentan la actividad empresarial de una publicación”.⁴ En lo referente a la “línea editorial”, acude a Mariano Cebrián Herreros, quien define a esta como “la manifestación latente y la plasmación de los principios estatuarios del medio en la selección, valoración, elaboración y presentación de todas y cada una de las informaciones”,⁵ tras de lo cual la autora sintetiza:

De estas definiciones se deducen las diferencias entre los principios editoriales y la línea editorial, conceptos, en cualquier caso, íntimamente ligados, puesto que su interrelación contribuye a conformar las señas de identidad de un medio. Los principios editoriales se caracterizan por ser criterios generales,

⁴ María Ángeles Fernández Barrero, *El editorial. Un género periodístico abierto al debate*, Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, 2003, p. 74.

⁵ *Ibidem*, p. 74.

líneas maestras que caracterizan ideológicamente la publicación y que se plasman y materializan día a día en cuestiones más concretas de forma explícita en cada editorial que este medio publique a lo largo de su existencia y de forma implícita en las páginas informativas del diario; este continuo que el lector percibe es la línea editorial, que puede coincidir o no con los principios que el medio proclama.⁶

Hay, entonces, dos facetas en la concretización del medio: el proyecto y el resultado, lo ideal y lo real, lo subjetivo y lo tangible.⁷ Estas dos instancias ya se observan en lo expuesto por Sarlo, cuando dice desconfiar de los editoriales por su contenido programático que, a fin de cuentas, puede revirar sus lineamientos en la práctica. Esa *sintaxis* de la revista, que en varias ocasiones nombra esta autora, viene a ser entonces la materialización de una ideología propuesta o, tal vez, su misma negación. Esas separaciones en el análisis de las publicaciones periódicas no son ajenas a esta investigación; por el contrario, están presentes ya desde la hipótesis, pues si bien al rastrear el cumplimiento de una línea editorial esta se refiere a la materialización de los lineamientos propuestos o sugeridos por la revista misma, es claro que se está hablando de una contraparte con la cual la realidad de la publicación tiene que ser evaluada.

Humanismo, como toda revista cultural o literaria, definió unas directrices que funcionaron como faro-guía en esta etapa de casi dos años. Pero el caso es particular si se atiende a la manera en que estos principios son ofrecidos al lector, pues la revista se aleja de las formas entonces tradicionales de apelación al público y de declaración de lineamientos: los manifiestos y los editoriales. En cambio, su voz propia la fundamenta a través del ensayo. Este es el primer papel de importancia que el género ensayo tiene dentro de *Humanismo*, pero no el

⁶ *Ibíd.*, pp. 74-75.

⁷ Si bien una buena parte de la literatura existente sobre el tema editorial está hecha por periodistas y se nutre de los diarios, este campo teórico se asimila al tema de las revistas que, aunque con sus respectivas diferencias, utiliza el mismo lenguaje técnico.

único, pues si bien construye un eje rector de sus principios comunes, también es responsable de tratar de mantener el discurso cultural de la revista –en sentido práctico su “línea editorial”.

Son dos, pues, los papeles identificados que el género ensayo cumple en *Humanismo*, como organizador y como ejecutor a la vez, pero siempre como elemento aglutinante de una coherencia discursiva. Un fenómeno de esta naturaleza no es exclusivo de un caso particular como este, sino de muchos de los medios impresos, o mejor dicho, de los medios que basan su trabajo en el texto escrito y que tienen en el ensayo uno de sus componentes. El ensayo es para la revista lo que la revista es para su grupo de lectores: la guía, el sentido, la autoridad (o una de las autoridades) de opinión en un contexto histórico temporal.⁸ Dados sus rasgos definidores y generales, que más adelante se abordarán detenidamente –el carácter reflexivo, la apelación al lector, su voluntad de estilo–, el ensayo guarda con la revista literaria o cultural una red de vasos comunicantes sin intermisión, en la que el flujo de ideas para el debate público está siempre en constante circulación. “Revista y ensayo”, señala Liliana Weinberg, “se retroalimentarán en un espacio simbólico donde se piensa con dimensión histórica lo cultural y se representa la tensión entre dos pulsiones características de la hora: incidir en el largo plazo de la cultura a la vez que en el corto plazo de la coyuntura”.⁹

Esto, sin embargo, no descarta ni demerita la función de otros formatos de modulación ideológica, como los manifiestos y los editoriales¹⁰ que, aunque en *Humanismo* no aparecen en esta etapa (salvo en ocasiones esporádicas), tienen mucha notoriedad en la publicación de revistas de la época. Lo que ocurre con este tipo de textos es que cargan con una responsabilidad específica, la de transmitir el plan, pero no la de ejemplificarlo. Su función

⁸ La relación ensayo-revista ya está en distintos autores como Aimer Granados, que ve en este género literario el punto de partida para el análisis e interpretación de sociedades, instituciones, grupos de poder, etc. Véase Aimer Granados, *op. cit.*, pp. 10-11.

⁹ Liliana Weinberg, “El encuentro de un escritor y una revista: Alfonso Reyes y Cuadernos Americanos”, en Regina Crespo, *op. cit.*, p. 303.

¹⁰ Los términos *manifiesto* y *editorial* hacen referencia exclusiva a su presencia dentro de las revistas como textos fundacionales o reivindicativos de las políticas editoriales del medio en el que se insertan.

está en el principio, o en el reordenamiento de los postulados emitidos en el principio. Teniendo su antecedente en el *prospecto*,¹¹ de cuya existencia se nutrió la prensa en sus inicios y que tuvo su auge en el escenario decimonónico, el editorial de presentación es la voz del medio como institución, de allí su carencia de firma. Por su parte, el manifiesto es, según palabras de Venko Kanev, “la máxima expresión de una ideología naciente que aspira a ser dominante cuestionando y negando la anterior”.¹² En su publicación, además, está explicitada la firma de un grupo cuya intención es el debate. El parentesco que estos dos tipos de texto guardan con el ensayo radica en su tono reflexivo, en el apoyo y la asociación de las ideas; pero la reflexión no es su prioridad.

Es necesario aclarar que este papel fundamental del ensayo como parte integrante de una revista no lo enfrenta a otros tipos de texto que en ella son comunes y en los que interviene también un tono reflexivo, orientador y dialógico. Sin embargo, no cabe duda que en el panorama editorial existe una zona de indeterminada significación de conceptos, que vale la pena tratar de aclarar, y establecer con ello parámetros útiles en el análisis del caso *Humanismo*. La necesidad es, aquí, esclarecer el sentido del ensayo, como género literario, y su relación, o más bien, su brumosa interrelación, con ciertos géneros periodísticos que junto a él conviven en las páginas de una publicación.

III.3 El ensayo: una caracterización genérica

Sin duda alguna el ensayo es uno de los géneros que más ha experimentado la dificultad de definirse, a pesar de su antigüedad. Parece no tener un lugar preciso en las clasificaciones, como lo tiene la poesía o el cuento, y la vaguedad con que históricamente han sido señaladas

¹¹ Véase al respecto José Luis Martínez, “Las revistas literarias de Hispanoamérica”, *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 1, 1990, pp. 13-20.

¹² Venko Kanev, “El manifiesto como género. Manifiestos independentistas y vanguardistas”, *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 21, 1998, p. 12.

sus características hace más honda la problemática de su definición. José Luis Gómez-Martínez, por ejemplo, abre su estudio crítico sobre la teoría del ensayo con estas palabras:

En nuestro siglo, y con especial énfasis en los últimos años, tanto los escritores como los editores han dado en denominar «ensayo» a todo aquello difícil de agrupar en las tradicionales divisiones de los géneros literarios. Si a esto unimos la vaguedad del término y la variedad de las obras a las que pretende dar cobijo, no debe extrañarnos que las definiciones propuestas se expresen sólo en planos generales.¹³

El pensamiento desarrollado en Alemania ofreció avances en la definición del género. Lukács, en 1910, ya dota al ensayo de la categoría de género artístico, un género en camino y en búsqueda de su autonomía. Sin entrar plenamente en la densidad propia de su obra, que parte del concepto de *forma* como principio ordenador del ensayo, su aportación es útil en sus definiciones más tangibles; el ensayo es para él una “aplicación” que “crea a la vez lo que juzga y lo juzgado, abarca y rodea un mundo entero para levantar a lo eterno algo que existió una vez y precisamente en su unicidad. El ensayo es un juicio, pero lo esencial en él, lo que decide su valor, no es la sentencia (como en el sistema), sino el proceso mismo de juzgar”.¹⁴ El ensayo es el camino y solo el camino hacia una conclusión, de allí que, para el autor, el ensayista y su obra estén fuera del *sistema*, es decir, de la estructura cerrada y ya determinada. El ensayista, de ese modo, articula sus propios juicios de valor a los cuales es sometida su reflexión, y este proceso se vuelve más importante que la conclusión final.

A ese respecto, Adorno complementa esta línea reflexiva al señalar, por un lado: “Sus conceptos [los del ensayo] no se construyen a partir de algo primero ni se redondean en algo último”,¹⁵ para luego rematar: “La duda sobre el derecho absoluto del método no se ha realizado casi, en el modo de proceder del pensamiento, sino en el ensayo. El ensayo tiene en

¹³ José Luis Gómez-Martínez, *Teoría del ensayo*, México, Cuadernos Americanos/UNAM, 1992, p. 17.

¹⁴ Georg Lukács, *El alma y las formas. Teoría de la novela*, México, Grijalbo, 1985, p. 38.

¹⁵ Theodor Adorno, *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, 1962, p. 12.

cuenta la conciencia de “no identidad”, aun sin expresarla siquiera; es radical en el “no radicalismo”, en la abstención de reducirlo todo a un principio, en la acentuación de lo parcial frente a lo total, en su carácter fragmentario”.¹⁶

En años más recientes otro impulso a la teoría del ensayo se debe a la crítica hispana y latinoamericana. José Luis Gómez-Martínez consigue realizar una caracterización que conjuga elementos redefinidos por él, con los rasgos que críticos como Lukács y Adorno ya habían señalado: libertad temática; actualización del tema tratado (es decir, que el asunto expuesto, aun tomado del pasado, tenga una revaloración en el presente); carácter dialogal con el lector; vocabulario común que no se someta a la especialización en un área determinada; carencia de una estructura rígida; sentido de persuasión hacia el lector; y voluntad de estilo. Asimismo, define la figura del ensayista:

En una reducción, quizás excesiva, pero que nos sirve para comprender este aspecto, se pueden resumir en tres las características esenciales del ensayista: a) es un pensador; b) se nutre de la tradición, pero en lugar de enterrarse en ella, como el erudito, la usa para superarla; y c) escribe en un estilo personal y de elevado valor estético, que por sí solo hace del ensayo una obra de arte, independientemente del mérito de su contenido.¹⁷

Una de las novedades en Gómez-Martínez es su definición del ensayo como género literario, fundamentando su decisión, entre otras cosas, en la voluntad de estilo que lo caracteriza. No solo importa la claridad en el texto, sino también su valor estético y la forma en que este se combine con la veracidad de lo dicho por el autor. Al respecto, señala:

El hecho de que por una parte el ensayista goce de libertad y elija por inspiración, y que por otra deba mantenerse dentro de los estrechos límites de la «verdad», lógica o científica, proporciona al ensayo un carácter peculiar que le permite cabalgar al mismo tiempo a lomos de la literatura y de la ciencia. Es

¹⁶ *Ibidem*, p. 19.

¹⁷ José Luis Gómez-Martínez, *op. cit.*, p. 96.

decir, según la terminología propuesta en este estudio, hace uso de elementos del discurso bancario, pero persigue un discurso humanístico.¹⁸

Otro teórico del género, Pedro Aullón de Haro, acepta que desde un punto de vista empírico y formal, “no son fáciles de demarcar las dimensiones del Ensayo”.¹⁹ Sin embargo, entre otros rasgos que le señala, reitera su discurso reflexivo, pero híbrido:

El discurso del Ensayo se constituye como núcleo radical de vinculación, o como simultánea relación de conjunción y disyunción, entre discurso teórico y discurso artístico. Su formulación, dicho simplícidamente, responde a la variabilidad de hibridación entre un lenguaje conceptualizador y organicista predominantemente denotativo y un lenguaje plurisignificativo de expresión artística predominantemente connotativo. Desde un primer momento diríase que su oculta especificidad radica en esa justa indeterminación.²⁰

Más adelante, retomando el asunto, indica: “El discurso del Ensayo, y subsiguientemente el género mismo, sólo es definible, a nuestro modo de ver, mediante la habilitación de la categoría del discurso reflexivo, la cual a través de la hibridación de los tipos del discurso posibilitaría la prismática multiplicidad de los modos de confrontación del sujeto, del sujeto ensayista, con el mundo.”²¹ En cuanto a su forma (no en el sentido abstracto de Lukács y Adorno, sino en el plano concreto de apreciación visual) hay un consenso casi unánime entre estos autores en ver al ensayo como un texto en prosa. Tal es la característica que el ensayo tiene en este análisis.

Respecto a su extensión, las opiniones varían. Aullón de Haro, por ejemplo, dice: “[...] será pertinente proponer la diferenciación de dos tipos de Ensayo en razón de aproximadamente cuáles sean sus dimensiones: por un lado el Ensayo breve (a menudo presentado en forma de

¹⁸ *Ibíd.*, p. 95.

¹⁹ Pedro Aullón de Haro, *Teoría del ensayo*, Madrid, Verbum, 1992, p. 107.

²⁰ *Ibíd.*, p. 127.

²¹ *Ibíd.*, p. 130.

artículo, o como colección o compilación de éstos) y, por otro, el Ensayo extenso o gran Ensayo (con frecuencia presentado unitaria e individualmente en forma de libro)”.²² Este trabajo demarca la extensión del ensayo como forma breve –unas cuantas páginas–, la más aceptada por los críticos.

El género queda caracterizado, entonces, por: 1) su libertad temática, 2) su discurso reflexivo y subjetivo, 3) su sentido de actualidad, 4) su voluntad de estilo, 5) su vocabulario no especializado, 6) su aliento de persuasión y diálogo hacia el lector, 7) su forma prosística y 8) su extensión breve. De esta manera es como, en los textos integrantes de *Humanismo*, el ensayo está rastreado.

III.4 El ensayo en la práctica y el debate entre géneros

Aún quedan por resolver dos problemáticas más, directamente relacionadas con el objeto de la investigación: el problema de hallar y definir al ensayo dentro de la revista, y la interrelación de términos entre el *ensayo* como género literario, y el *artículo* como género periodístico. Liliana Weinberg expone esta preocupación al señalar la imposibilidad de considerar al ensayo como un género cristalizado, debido a su cercanía con otras formas de la prosa, como el artículo periodístico:

¿cómo distinguir prosa de prosaísmo?, ¿cómo distinguir el estilo creativo, el afán de belleza expresiva y de trabajo artístico del ensayo y sus audaces búsquedas epistemológicas, con esas otras formas, también en prosa, que se rigen, conforme a un criterio mercantil, por la norma económica de “el mínimo de palabras por el máximo de información”, la búsqueda de un estilo simplificado, impersonal, llano, informativo que acompaña a los procesos de incorporación al mercado de muchas obras?²³

²² *Ibíd.*, p. 108.

²³ Liliana Weinberg, *Umbrales del ensayo*, México, CCYDEL-UNAM, 2011, p. 34.

En relación al primer asunto, el de hallar y definir el ensayo dentro de la revista, la práctica enfrenta al lector con el desafío de encontrar ensayos puros, en el sentido del cumplimiento de todos los rasgos definidores del género. *Humanismo* presenta textos de este tipo en toda su caracterización formal y discursiva, pero también los hay mezclados con ciertos géneros periodísticos, como la crónica, la semblanza, o lo que Gómez-Martínez nombra “la prosa didáctica”, específicamente la monografía. Ante la necesidad de definir cada texto dentro de un solo género, el criterio de selección se basa en la necesaria predominancia del discurso ensayístico sobre los demás, para ser considerado como ensayo. Este criterio ha sido formulado con base en las aportaciones de Gómez-Martínez sobre la relación del ensayo con las formas de expresión afines (la novela, la carta, la prosa didáctica, el artículo de crítica, entre otros), pero también con lo que Aullón de Haro denomina su Sistema Global de Géneros, basado en una estructura abstracta de orientación lineal, en la que en un extremo se ubican los “Géneros científicos”, en el otro los “Géneros artísticos o artístico-literarios”, y en el centro, los “Géneros ensayísticos”, en cuyo núcleo se coloca el ensayo mismo, el ensayo puro. Luego, en su mayor o menor alejamiento hacia las orillas, este género entra en hibridación con otro tipo de texto, ya hacia lo científico, ya hacia lo literario.

La hibridación de géneros no es el único fenómeno que presentan ciertos textos. También existen otros dos tipos de ambigüedad. En el primer caso, esta ambigüedad sobreviene de los mismos autores, que a veces califican a su propia obra como uno u otro género. En ocasiones el juicio es certero, como es el caso del rumano Eugen Relgis (seudónimo de Eugen Sigler) al calificar de ensayo, desde el párrafo inicial, a su texto “Dirigismo y libertad”²⁴ que, en efecto, lo es. Pero en otras el juicio es erróneo, como cuando Juan de la Encina dice en una parte de su por demás destacado ensayo “Venecia, su pintura y D’Annunzio”: “¿A qué viene todo esto y

²⁴ Eugen Relgis, “Dirigismo y libertad”, *Humanismo*, núm. 5, noviembre de 1952, p. 19.

qué relación puede tener con una crónica de arte?”,²⁵ refiriéndose a su propio texto. O el caso particular de Manuel González Calzada y su ensayo “Idea de la Historia”²⁶, quien comienza aclarando: “Con este artículo pretendo apuntar un ensayo sobre la Historia, que de algún tiempo a esta parte he venido elaborando como resultado de opiniones sobre el tema consultadas en ocasiones diversas. El apuntamiento consiste en formular las bases del estudio, demasiado amplio y serio para desarrollarlo en un artículo.”

La otra ambigüedad proviene de la propia revista en su jerarquización y organización del material publicado. En el índice, cuya estructura fue modificada en el transcurso de los casi dos años, una sección llamada “Artículos”, que pervivió en esta etapa, aglomeró ensayos, crónicas, notas informativas, semblanzas y textos de distinta índole (académicos, monográficos, científicos). Es justo de allí que surge la segunda problemática, que radica en la inclusión del *ensayo*, en contenido y forma, dentro de los medios impresos, pues estos, con base en su clasificación de géneros periodísticos, tienen en el *artículo* un texto cercano a aquel en sus características y propósitos. Dentro de la práctica diaria de las publicaciones periódicas, el término *artículo* tiende a nombrar una serie de textos diferentes entre sí, entre los que se encuentra el ensayo mismo.

La literatura crítica sobre géneros periodísticos y la realizada en el medio académico sobre géneros literarios trabajan separadamente en la definición de los rasgos definidores en cada uno de sus campos. Por ejemplo, la sui géneris definición de *artículo* hecha por Gonzalo Martín Vivaldi enuncia: “Escrito, de muy vario y amplio contenido, de varia y muy diversa forma, en el que se interpreta, valora o explica un hecho o una idea actuales, de especial

²⁵ Juan de la Encina, “Venecia, su pintura y D’Annunzio”, *Humanismo*, núm. 4, octubre de 1952, p. 68.

²⁶ Manuel González Calzada, “Idea de la Historia”, *Humanismo*, núm. 7-8, enero-febrero de 1953, p. 45.

trascendencia, según la convicción del articulista”.²⁷ En cuanto al estilo del artículo, Martín Vivaldi se asemeja a Gómez-Martínez o al propio Aullón de Haro respecto al ensayo, es decir, que aquel debe redactarse en un estilo personal, libre, pero que al estar dirigido para un público general debe prescindir del vocabulario especializado, abocado en una redacción sencilla, práctica y clara. En lo que toca a la forma, es también una voz casi idéntica a las otras cuando explica que no hay forma específica en el artículo, que el articulista es libre de elegirla, que el contenido mismo la sugiere; e incluso apoya el uso de un estilo poético en lo referente a la belleza de la redacción, aunque sin abandonar la claridad.

Y tras de eso, define al ensayo en relación con el artículo: “El ensayo, como indica su nombre, es un trabajo científico-literario que podría ser considerado como el bosquejo de un libro, de un tratado. En el ensayo se estudia didácticamente, un tema cultural sin agotarlo, indicando, señalando sólo los aspectos fundamentales del problema”.²⁸ Admite, luego, que el ensayo, siendo un género literario, tiene cabida en el periodismo diario (en semanarios y revistas), pero le achaca, en estos medios, su “excesiva ligereza”, su “diletantismo”, su “superficialidad”. Y remata con una conclusión que, de primera, oscurece más el tema:

No obstante lo dicho, en el Periodismo diario se publican más de una vez artículos “ensayísticos”. Nuestra personal preferencia mira al artículo puro. Queremos decir sin mezcla de reporterismo, sin estructura de croniquilla, sin... ensayismo. Lo cual no quiere decir que estemos sistemáticamente en contra del artículo informativo, del artículo-crónica o del artículo-ensayo... siempre que estén bien escritos y digan cosas interesantes.²⁹

Álex Grijelmo, por su parte, no da una definición general del término *artículo*; antes lo divide personalmente en tres formas: la columna, la tribuna libre y el comentario; la primera

²⁷ Gonzalo Martín Vivaldi, *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo. Análisis diferencial*, Madrid, Paraninfo, 1998, p. 176.

²⁸ *Ibidem*, p. 207.

²⁹ *Ibidem*, p. 207.

calificada como un texto que aborda “cuestiones triviales, o al menos cuestiones tratadas con trivialidad”; la segunda, como una especie de editorial pero con firma propia, una opinión ajena al medio; y el tercero como una mezcla de editorial y análisis sobre política nacional e internacional.³⁰

En cuanto al otro concepto, distingue al ensayo como un “artículo de fondo”, y sobre él, aclara:

Otra modalidad de un artículo viene dada por el género mediante el cual se investiga en las ideas y se razona sobre determinados aspectos de la filosofía o las ciencias sociales. Se trata de un artículo de fondo en el estricto significado de la expresión. Los periódicos publican a veces pequeños ensayos de prestigiosos autores que versan sobre el amor, la amistad, el humanismo, la religión, las relaciones internacionales, la poesía... Normalmente se acude en ellos a citas de autoridad y a entronques con la historia del conocimiento. No deben estar conectados necesariamente con la actualidad.³¹

Las contradicciones se marcan ya entre los críticos de una y otra área, pues al respecto de la definición de *ensayo* hecha por Grijelmo, Gómez-Martínez reitera, en varias ocasiones, la no necesaria inclusión de citas ni datos precisos. Sin embargo, la caracterización del ensayo como “artículo de fondo” de Grijelmo, hace recordar lo que como tal describen Vicente Leñero y Carlos Marín:

El *Artículo de fondo* no aborda sucesos noticiosos que acaban de ocurrir; si se refiere a ellos es únicamente para documentar una consideración determinada, y es en esta característica en lo que difiere del Artículo Editorial.

Los temas que aborda el Artículo de fondo pueden ser históricos, políticos, religiosos, humorísticos, sociales, educativos, etcétera.

³⁰ Alex Grijelmo, *El estilo del periodista*, México, Taurus, 2007, p. 134-135.

³¹ *Ibidem*, p. 138.

Se ejercita este género lo mismo para instruir que para informar, para polemizar o simplemente comentar.

Su estilo puede variar de lo lírico a lo escueto, de lo irónico a lo grave o mesurado.³²

Es decir, que en la teoría y la práctica del periodismo, el ensayo puede estar inserto en este tipo de texto dentro de las publicaciones periódicas.

Recapitulando, entre lo rescatable de lo dicho por Martín Vivaldi puede tomarse la aseveración de que el ensayo es un género existente en las revistas y semanarios, no en los diarios. Édgar Liñán Ávila también sostiene la idea de Martín Vivaldi: “El ámbito de publicación de los ensayos no son las páginas de información y comentarios, sino los suplementos y las revistas. La medida dentro de la cual podríamos considerar a estas páginas como periodismo no está a discusión”.³³

En el contexto de los medios impresos, un concepto como el de *artículo* es ampliamente utilizado e incluyente de formas y contenidos. También es claro que en este medio, la definición del *ensayo* es todavía brumosa e inestable, más de lo que históricamente lo ha sido en el propio campo literario, y que por lo tanto hay una idea común de que este tipo de texto es una modalidad del artículo. Esto, sin embargo, no es reprochable, dada la flexibilidad del artículo como género periodístico.

Asimismo, las similitudes entre los dos son abundantes, a pesar de los esfuerzos del sector periodístico por diferenciarlos. Esa diferencia, tal vez, radica en la temporalidad del tema, pues para el artículo es indispensable la actualidad, no en vano se fundamenta en la noticia. Pero no hay que olvidar que como *artículo* también son definidos en las revistas otros textos de índole diversa, y el caso de *Humanismo* lo ejemplifica. El texto monográfico, la crónica, la

³² Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1990, p. 309.

³³ Édgar Liñán Ávila, *Géneros periodísticos: interpretaciones de la realidad*, México, UNAM, 2001, p. 42.

semblanza o el simple comentario son incluidos en una sección que los define como “Artículos”. La idea es, entonces, respetar una clasificación hecha por los medios impresos pero, desde el campo literario, ofrecer divisiones concretas entre el abanico de géneros que le es propio, y también, a partir de esa clasificación periodística, hacer notar que varios de los géneros diferenciados en el terreno literario son igualmente absorbidos por el artículo, un fenómeno que alcanza a las revistas literarias y culturales, habitantes de la frontera compartida entre el Periodismo, la Literatura y el Arte.

III.5 *Humanismo* y sus ejes rectores

Aclarada brevemente esta polémica de géneros, el análisis se enfoca en *Humanismo* en cuanto al estudio del ensayo y la articulación de este con otros textos que componen su corpus, a partir de una jerarquización temática y de su desarrollo en la primera etapa. Los textos de ficción, de características distintas, no son incluidos en el trabajo.

La revista incluyó ensayos, crónicas, notas informativas, textos monográficos, textos historiográficos, reseñas, semblanzas, reportajes, comentarios y anécdotas de unas cuantas líneas que se intercalaban en ocasiones entre uno y otro texto mayor; además, incluía ilustraciones y fotografías que acompañaban y apoyaban a los textos. Por su parte, los sumarios de la revista no ofrecen información categórica sobre la jerarquización del material publicado, aunque vale la pena repasar su estructura. En términos generales, el sumario estuvo organizado en tres secciones: “Artículos”, “Notas” y “Ficción”. Dicha clasificación no estaba estrictamente relacionada con la secuencia de paginación que tenían los textos, sino con un agrupamiento que diera al lector una idea de orden y esquematización. Entre el número 1 y el número 3, estas secciones dentro del sumario fueron regulares, más una titulada “Ilustraciones” que fungía como guía de agrupamiento de los créditos de todas las imágenes

que aparecían en el volumen. “Artículos” agrupaba textos informativos, monográficos, historiográficos, ensayos, semblanzas y crónicas sobre temas diversos. A partir del número 4, se agregó una sección más, “Artes y Letras”, cuyo fin fue desprender de “Artículos” aquellos textos sobre dichos temas, aunque en distintas ocasiones varios de los incluidos en esta sección trataban, precisamente, sobre artes y sobre literatura. “Artes y Letras” también incluyó poemas, y desde su aparición en el número 4 se mantuvo hasta el final de la etapa de Puga, salvo en el número 14, en que no apareció. La sección “Notas” enumeraba noticias, reseñas y crónicas, además de enlistar las secciones que pueden considerarse que fueron fijas y que ocupaban las últimas páginas de cada número –“Música”, “Teatro”, “Plástica”, “Revista de Libros” y “Cine”–.³⁴ Esta sección del sumario se mantuvo con ese título hasta el número 9-10, pues tanto en el 11-12 como en el 14, fue nombrada “Notas y Crónicas”, y en el 13 –el primero tras la reorganización del equipo editorial–, apareció titulada “Crónicas” para, en los últimos números de la etapa, regresar a su nombre original. “Ficción”, a su vez, era la parte del sumario que agrupaba cuento, teatro, relato, crónicas de viaje e, incluso, leyendas, y se mantuvo como tal hasta el final, salvo en el número 14, en que fue colocada dentro de “Notas y Crónicas”.

En el cuerpo de la revista, el ordenamiento de los textos fue heterogéneo, y esa variabilidad fungió como una de sus características, al permitir la integración de tonos y temas distintos que dotaban a *Humanismo* de un carácter cultural integral. Sin embargo, de los géneros presentes, el que puede decirse que en su mayoría mantuvo un patrón de ubicación en el ordenamiento textual fue el ensayo. Si bien los había repartidos a lo largo de cada número,

³⁴ La diferencia entre estas pequeñas secciones y la llamada “Artes y Letras” radica en que aquellas contenían noticias breves y crónicas sobre exposiciones, conciertos, representaciones, etc., frente a los textos de mayor extensión y profundidad que contenía “Artes y Letras”.

casi siempre ocuparon los primeros sitios. Esto demuestra su importancia y el conocimiento que el equipo editorial tenía del género y de sus alcances temáticos y de transmisión de ideas.

Como ya se ha señalado, una de las funciones del ensayo en *Humanismo* fue la de establecer sus principios editoriales. Este es un fenómeno particular pues dichos principios no aparecen bajo una rúbrica colectiva, sino bajo la firma individual de cada uno de los autores de estos textos. Sin embargo, hay factores que indican que esas ideas, tras ser consensuadas por la estructura organizativa de la revista, fueron aprobadas como una voz general del medio. Entre esos factores pueden nombrarse: 1) los temas tratados eran fundamentales para establecer una línea de pensamiento, 2) estos ensayos siempre se ubicaban al principio de los números correspondientes, y 3) la revista hizo un seguimiento de cada uno de los temas fundadores. No se advierte, por otra parte, falta de autonomía en la elaboración de juicios en cada uno de los ensayistas; el texto fue escrito y la revista lo compendió como material indispensable por su tema central: el humanismo.

En el título mismo se encuentra la clave que lleva al entendimiento de esta declaración de principios a través de una serie de textos específicos. “Humanismo” es el concepto alrededor del cual se estructura una reflexión organizadora. Este análisis toma como conjunto unificador de principios cuatro ensayos. Dos en el número 1: “Humanismo actual”, de Carlos Lazo”, y “Del buen sentido y su sentido”, de Alfonso Reyes; y dos en el número 2: “Tolerancia contra intolerancia”, de Jesús Silva Herzog, y “El Humanismo: tema y problema”, de Manuel Andújar.

El número 1, justamente, inaugura la vida de la publicación con el citado texto de Carlos Lazo, integrante del consejo editorial. En él, el arquitecto mexicano caracteriza el momento presente como el inicio de una nueva época ante la cual es necesario realizar un proyecto anticipatorio

–no limitado, sino integral– de las siguientes etapas. Lazo apela a la idea de “universo” como sinónimo de totalidad, pero también como exigencia de conocimiento que permita al hombre entender, integralmente, su destino y, a partir de entonces, trazar un plan al que, siguiendo su intención de alcances cósmicos, llama el “plan universal”. En la desorganización actual, explica Lazo, la humanidad necesita una pausa para orientarse y, a partir de allí, conocer su destino y proyectar el plan que le dará los cimientos de una obra perdurable; para ello es primordial ejercitar una visión integral del macrocosmos, del pasado con el presente, de la energía –“fuente de toda vida” – con el espíritu –“fuente de todo ser”–.

Por esto, creemos que planear, planificar, es el destino del hombre; y cuando el hombre no diseña la proyección de la siguiente etapa, es decir, cuando no planea, se está evadiendo del plan, se está poniendo de espaldas a su destino.

Y concluye:

El afán de nuestro tiempo está demandando ya enlazar el humanismo de la cultura clásica con el saber científico y dinámico del presente. Una necesidad imperiosa de equilibrio nos impone la exigencia de formular un plan, en el que el destino del hombre se proyecte desde la cúspide de un nuevo humanismo, de dimensiones cósmicas.³⁵

A continuación, en ese número inaugural, aparece Alfonso Reyes³⁶ y su ensayo “Del buen sentido y su sentido”, escrito en 1948, pero cuya elección y el lugar que ocupa en el listado de textos lo hace complemento del primero. Allí, enfrentando a Bergson con Descartes y sus sendas teorizaciones sobre el concepto, Reyes enlaza a ambos autores³⁷ con una reflexión sobre los alcances y los obstáculos que la capacidad de discernir correctamente tienen en la

³⁵ Carlos Lazo, “Humanismo actual”, *Humanismo*, núm. 1, julio de 1952, p. 13.

³⁶ Reyes (1889-1959), asiduo colaborador de *Humanismo* en esta etapa, publica versiones previas de lo que unos años más tarde conformará su obra *Los Argonautas*.

³⁷ En Descartes, el “buen sentido” remite a lo comúnmente llamado “sentido común”, “pensamiento lógico”, derivado de las generalizaciones impuestas por la ciencia matemática; para Bergson, en cambio, aquel es una disposición activa de la inteligencia, el deseo del aprendizaje, a la vez que una “dirección natural del alma” que apunta a la idea de recomenzar el camino en el acto de aprender y entender, por lo que no hay verdades universales, sino solamente verdades inmediatas.

vida práctica. El buen sentido consiste, apegándose al pensamiento bergsoniano, “en una disposición activa de la inteligencia, pero también en una desconfianza particular de la inteligencia con respecto a sí misma”. Y aclara después:

Del instinto tiene la rapidez y la espontaneidad en las decisiones, pero lo supera en la variedad de sus medios y elasticidad de sus recursos, pues está hecho precisamente para preservarnos contra todo automatismo intelectual. De la ciencia tiene el anhelo y la obstinación por conocer los hechos, pero no mira a la verdad universal, sino a la verdad presente e inmediata, y no pretende tener razón de una vez por todas, sino comenzar siempre de nueva cuenta a tener razón [...]³⁸

Pero si ese buen sentido es la dirección natural del alma, su ruta se encamina mejor si está apoyada en la educación: “Por eso la educación hace falta, y más aquella que se inspira en el entusiasmo de las grandes ideas y los grandes actos”.³⁹ En la conclusión de su ensayo, Reyes condensa una idea práctica aplicable del buen sentido ligado al humanismo. Recordando nuevamente a Bergson, el texto culmina: “Jóvenes alumnos, creedlo: la claridad en las ideas, la firmeza de la atención, la libertad y la moderación del juicio, todo esto forma la envoltura material del buen sentido; pero su alma es la pasión de la justicia”.⁴⁰

El número 2 (agosto de 1952), a su vez, abre con el texto de Jesús Silva Herzog, “Tolerancia contra intolerancia”, inspirada reflexión sobre las dolencias que le ha costado a la humanidad los fanatismos y la intransigencia. Define a la tolerancia no como una virtud juvenil, sino como una hija menor de “hombres y pueblos viejos cargados de experiencias, de desengaños y de fracasos”.⁴¹ Para el autor, después de tres siglos de sometimiento, la tolerancia conquista ciertas victorias en el XIX, pero vuelve a caer derrotada por su enemiga en el entonces actual siglo XX; la intolerancia parte el mundo en Oriente y Occidente, domina por un lado a Europa,

³⁸ Alfonso Reyes, “Del buen sentido y su sentido”, *Humanismo*, núm. 1, julio de 1952, p. 15.

³⁹ *Ibíd.*, p. 15.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 16.

⁴¹ Jesús Silva Herzog, “Tolerancia contra intolerancia”, *Humanismo*, núm. 2, agosto de 1952, p. 14.

y por otro a América. “Hoy, la tolerancia se asila incómoda y temerosa en unos cuantos rincones geográficos de un mundo deshumanizado y sin luz”.⁴² Tolerancia y respeto, para Silva Herzog, toman un mismo sentido, pues la primera incluye al segundo “en cuando al respeto a las ideas, al pensamiento, a las creencias ajenas”, pero no “con los tiranos, con los perversos de toda laya, con el vicio y la simulación; porque todo eso no es tolerancia sino cobardía o complicidad”.⁴³ La lucha entre tolerancia e intolerancia es la bandera, para Silva Herzog, de un “nuevo humanismo”. Esta, sin duda, es una mirada pesimista de su entorno actual, pero al mismo tiempo parece esbozar una opinión alentadora hacia el futuro, cuando las civilizaciones jóvenes alcanzaran su madurez.

Por su lado, “El humanismo: tema y problema”, de Manuel Andújar,⁴⁴ define este término como un tema que a todo hombre compete, pero también como un problema por su escasa aplicación en un mundo en crisis. Metafóricamente definido por Andújar como una “enconada dolencia” sin terapéutica efectiva, el humanismo es un concepto deteriorado por la crisis moderna, por la corrupción y la represión contra opiniones adversas. “Bajo este signo, el bullicio maquinal de las ciudades agosta nuestra aptitud para conversar y entendernos. Extraviada la intimidad, al no encontrarnos a nosotros mismos, desconocemos a los demás”.⁴⁵ Pero Andújar va más allá: hace referencia a las oligarquías y a la burocracia estatal como causantes de ese estado de deterioro de lo humano, de la “provocada atrofia del pensamiento y

⁴² *Ibíd.*, p. 15.

⁴³ *Ibíd.*, p. 15.

⁴⁴ Manuel Andújar (1913-1994), escritor y periodista español, cuyas obras reflejan su experiencia en la Guerra Civil. Exiliado tras la caída de la República española, en México funda la revista *Las Españas*, junto a José Ramón Arana, y trabaja en el Fondo de Cultura Económica. Retorna a su país en 1967, donde permanece hasta su fallecimiento. (Las anotaciones biográficas reunidas en estos apartados tratan de ser una breve guía referencial de apoyo a la lectura del texto, específica para este capítulo; se omite en ciertos autores de los cuales ya se han ofrecido datos al respecto en otros capítulos, o de aquellos de los que no se tienen datos precisos).

⁴⁵ Manuel Andújar, “El humanismo: tema y problema”, *Humanismo*, núm. 2, agosto de 1952, p. 18.

del carácter”, y de “la caída vertical de las facultades éticas y estéticas”.⁴⁶ A su vez, propone un camino de salida al problema cuando explica y cuestiona:

Si coincidimos en apreciar el significado de las fuerzas –al par primitivas y artificiales– que nos destruyen, si tampoco discrepamos en la definición esencial del *humanismo* –*norma de ideología, conducta y sensibilidad, en relación con la singularidad y la pluralidad de los semejantes*–, ¿por qué no nos aprestamos a construir una conciencia viva, sólida y enérgica, capaz de preparar la síntesis de cuerpo y alma, de raciocinio y pasión, de fervor y humildad, de soledad y compañía; la conjunción en suma, que precisamos para subsistir y desarrollarnos?

A la corriente cultural iberoamericana compete realizar una tarea de primer orden en esta cruzada civil. Debe reivindicar y *actualizar* la cualidad que marca tenazmente su mejor tradición: el respeto a la dignidad del hombre que –como la justicia y la paz– es inalienable e indivisible. ¡Y si a esta directriz consiguiera unir la superación de su añejo vicio de insolidaridad, su presencia sería determinante para forjar la espiritualidad –aún en albor y balbuceo– que ha de integrarnos!⁴⁷

Se trata de un “Movimiento humanista”, como él lo llama, que luche “afincado en el genio típico de nuestra estirpe”.

¿De qué manera se entrelazan estos cuatro textos para enmarcar ciertos principios definidores? Desde luego, su tema es el humanismo, o está estrechamente relacionado con él. Asimismo, su ubicación protagónica dentro de los dos primeros números es determinante para saber la importancia que Puga y el equipo editorial les concedían. Pero hay más.

El sentido abstracto del texto de Lazo no impide atisbar en él una intención de replanteamiento de lo humano. “Anticipación” y “destino” son los términos que rigen su propuesta de encauzar la vida del hombre de vuelta en el camino que la modernidad había proyectado, esto es, direccionado al progreso y al desarrollo. La conclusión de este ensayo sintetiza ya las

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 19.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 19.

carencias de una época que la revista tratará de subsanar: una necesidad de equilibrio, de enlazar lo antiguo y lo contemporáneo, de unir la cultura clásica y la ciencia moderna. Hay también un llamado al compromiso, en lo que al destino del hombre se refiere: el trazado de un plan no es otra cosa que la participación del hombre, como individuo y como integrante social, en una época a la cual no puede dársele la espalda. Por eso es importante que, detrás de estas reflexiones iniciales, aparezca Reyes con una cátedra sobre la virtud y el compromiso que representa “decidir bien”, acto trascendente tanto por sus implicaciones previas (perspicacia, cultura, educación), como por sus consecuencias futuras (el destino del que habla Lazo depende de ese juicio).

Pero si aquellos textos cimientan los conceptos, los dos siguientes materializan la postura. Más allá de la contraposición que Silva Herzog establece en su ensayo, resaltan los nombres a los que los relaciona. La tolerancia y la intolerancia baten una lucha histórica que alcanza el presente ya no solo en pugnas inconexas, sino en una guerra de dos potencias por una hegemonía que a todos incumbe y que divide al planeta en dos zonas geopolíticas, simbólicas y reales, Oriente y Occidente. La tolerancia tiene que luchar contra ambas, dominadas por la tiranía y la perversión.

Manuel Andújar, por su parte, hace un trabajo más detallado: se relaciona con Carlos Lazo en términos como “espíritu”, “síntesis”, “integración” y “desarrollo”; pero también habla de una “crisis moderna”, del bullicio ciudadano que perturba al hombre y lo deshumaniza, a la vez que lo cosifica, de las oligarquías y de la “intromisión desenfrenada de la burocracia estatal”. Hay una voz en el presente concreto que se refiere no solo a la situación precaria de un humanismo que debe ser rescatado, sino también a la crisis del hombre moderno en la medianía del siglo, devastado por dos guerras mundiales (y en el caso del autor, desplazado de su patria por la

Guerra Civil española), subordinado al dominio de una modernidad decadente en la que el Estado es el sumo rector, y ahogado por el crecimiento de la urbe que lo somete tanto a una crisis generacional como a una crisis individual de vacíos espirituales (no en vano el texto de Andújar se acompaña de la imagen de una urbe, al parecer, norteamericana).

En resumen, puede hablarse de una postura cuya base es la revaloración de lo humano y la colocación del hombre en el centro de la vida, idea recuperada del renacentismo, y a partir de entonces ejercer una acción tripartita: hacia lo social, hacia lo cultural y hacia lo político. A *Humanismo* no le corresponde realizar el plan referido por Lazo, sino incentivar ese plan, haciendo la síntesis humanística integral que él mismo señala en su texto. En lo social, se aboca a la defensa de los derechos del hombre, específicamente, a los derechos del hombre latinoamericano (y las variantes utilizadas, como iberoamericano o indoamericano), en su bienestar como parte de una sociedad y en su progreso y desarrollo colectivo. En lo cultural, propone una integración de diferentes ramas del conocimiento humano, puestas a disposición del lector, no solo referidas a lo social-humanístico, sino también a lo científico. En lo político, se coloca en una postura democrática, opuesta a cualquier tipo de totalitarismo y opresión.

A partir de estos principios, puede seguirse una línea editorial en relación a los temas, coyunturales o no, que *Humanismo* acogió en este periodo. Esta serie de temáticas que aborda el ensayo pueden dividirse en siete secciones: humanismo, crisis social y de valores, Latinoamérica y México, literatura, arte, artista y Estado, y temas variados.

III.5.1 Humanismo

El humanismo como tema puede considerarse una continuación de lo expuesto en los ensayos estructuradores, aunque sin el carácter fundacional de aquellos. Más bien, reivindica los

postulados de igualdad, libertad y paz entre las sociedades a partir de una base democrática en las relaciones humanas. Esta reflexión humanística se mueve tanto en lo atemporal como en la coyuntura, en lo universal y lo inmediato, y no se ciñe únicamente al análisis de este término, sino también al de conceptos vecinos de los que el humanismo se nutre y en los que se apoya. Libertad, tolerancia, civilización y progreso son, en este grupo de textos, términos que lo rodean y lo señalan. Diacrónicamente esta serie de escritos salta entre la reflexión abstracta y un cuestionamiento por el presente sociopolítico. En primer lugar, puede citarse un subgrupo de ensayos que se remiten a las generalidades de un concepto: “La razón de la tolerancia”, de Rafael Altamira (núm. 3), “Economía y economistas”, de Jesús Silva Herzog (núm. 5) y “¿Qué es la civilización?”, de Eugen Relgis (núm. 13). El texto de Relgis⁴⁸ escarada en el concepto de civilización, entendida a lo largo de los últimos siglos, ya como sinónimo de cultura, ya como idea de progreso industrial y económico o ya como mecanismo para alejarse de la barbarie; se detiene en la idea de civilización moderna y su pérdida de humanismo, para retomar este último concepto como base para una definición más exacta de civilización, entendida como proceso vital de una sociedad que se forma, se desarrolla y muere, pero siempre estructurada alrededor de un eje humanista. Civilización, humanismo y cultura están imbricados y, en el plano de lo abstracto, no puede existir uno sin los otros. Al final de su texto, Relgis señala: “El humanismo es la tendencia que lleva al hombre a realizarse integralmente, extendiendo el campo de sus conocimientos, cultivando sus fuerzas creadoras, a fin de adaptar a sus aspiraciones todo lo que, en la naturaleza, puede contribuir a su completo

⁴⁸ Eugen Relgis, seudónimo de Eugen Sigler, filósofo rumano nacido en 1895. Desarrolló una obra que se adscribe al anarquismo, el pacifismo y el humanismo, centrada en el combate a los totalitarismos, pero especialmente crítica con el modelo capitalista. Desde los años de la Primera Guerra Mundial salió de su país, recorriendo distintas ciudades europeas hasta radicarse, llegada la década de los cincuenta, en Uruguay, donde residió hasta su muerte, en 1987.

desarrollo, a su liberación, a su enriquecimiento espiritual y material...”.⁴⁹ De esta manera la cultura, la ciencia y el hombre se unifican.

Por su parte, el texto de Altamira⁵⁰ se ubica en la línea del ya citado ensayo de Silva Herzog, “Tolerancia contra intolerancia”, pero profundiza más en la carencia de una *historia* del concepto que en sus alcances sociales. Silva Herzog, en “Economía y economistas”, rescata la base humanista sobre la que debe trabajar la ciencia económica en su ejercicio profesional. Para él, la economía no es la ciencia de los negocios –idea de procedencia norteamericana–, sino una ciencia social que como tal debe fundamentar su razón de ser en el hombre y en su progreso. Antes de la mercancía, dice el autor, está el hombre; no a la inversa. Pero aunque este par de textos se enfoquen en la generalidad de términos relativos al humanismo, también tocan, en cierto momento, un panorama de actualidad. Silva Herzog lo usa como ejemplo final al indicar como responsabilidad del economista mexicano elevar el nivel de vida de las mayorías, en un país que “no es todavía una verdadera nación, porque no existen lazos de simpatía y de solidaridad, basados en la comunidad de intereses entre todos y entre la mayor parte de sus pobladores”.⁵¹ Altamira, por su lado, lo señala como la causa de su ensayo, cuando explica la razón de no concluir un libro sobre la historia de la doctrina de la tolerancia:

[...] varias veces, y cada una con mayor inquietud, me pregunté si valía la pena gastar tiempo y trabajo en un tema que, según va el mundo, cada día importa menos a los hombres: a unos, porque consideran la tolerancia como una ranciedad perjudicial que es preciso barrer de la vida (y ellos predicán con el ejemplo); y a otros, porque no obstante su convicción enteramente contraria a la de aquéllos, estiman

⁴⁹ Eugen Relgis, “¿Qué es la civilización?”, *Humanismo*, núm. 13, agosto de 1953, p. 44.

⁵⁰ Rafael Altamira (1866-1951), abogado, escritor y profesor español nacido en Alicante. Ejerció la docencia como profesor de historia del derecho, tanto en Oviedo como en Madrid. Durante la Primera Guerra Mundial desarrolló actividades a favor de la paz. Años después, terminada la Guerra Civil española vivió en La Haya, donde residía desde tiempo atrás, y luego en México, país en el que se desempeñó como profesor universitario.

⁵¹ Jesús Silva Herzog, “Economía y economistas”, *Humanismo*, núm. 5, noviembre de 1952, p. 14.

que es inútil defender con escritos una cosa que creen circunstancialmente perdida, aunque fíen en su resurrección futura.⁵²

Estas referencias dan paso a otro subgrupo de ensayos, dedicados a la urgente revalorización del hombre dentro de la sociedad moderna. Un pasado reciente de conflictos bélicos se proyecta en la revista como una preocupación reiterada por una nueva guerra, y los enfrentamientos entre vida y muerte, atraso y desarrollo, se originan en la ausencia de sentido humanista, de ahí su necesario rescate. Al respecto, Gabriela Mistral,⁵³ en su ensayo “Destruyores y constructores” (núm. 1), plantea la dicotomía de la guerra y de la paz y enfrenta en líneas paralelas a “creadores” y “derrumbadores”, a los que estimulan el bien social y el desarrollo y a los que se alimentan del conflicto. Si bien no directamente, Mistral articula su texto con base en una idea de humanismo ausente, cuyo reflejo más próximo es la amenaza de una tercera guerra mundial en medio de la tensa situación política de la Guerra Fría. “Porque la guerra llega a parecer la jugarreta mayor de unos que, con las manos o la imaginación dañada, gustan de la muerte según aquellos patricios que salían a diezmar aldeas en cada primavera, con el ánimo de quien corre a vendimiar o va a la poda de los frutales”.⁵⁴

Con esta misma preocupación inicia el ensayo del cubano Fernando Ortiz,⁵⁵ “Martí y la libertad”, (núm. 9-10)⁵⁶ cuando afirma:

Los horizontes del mundo están cerrados por muy oscuros nubarrones. Los hombres arden por el fuego de sus pasiones, buenas o perversas; pero tienen ateridas sus conciencias por una guerra fría y por el

⁵² Rafael Altamira, “La razón de la tolerancia”, *Humanismo*, núm. 3, septiembre de 1952, p. 14.

⁵³ Gabriela Mistral (1889-1957), escritora chilena, ejerció la docencia tanto en escuelas rurales como en distintas universidades de América Latina y Estados Unidos. Colaboró en el servicio diplomático chileno como cónsul y posteriormente como embajadora. En 1945 recibió el Premio Nobel de Literatura.

⁵⁴ Gabriela Mistral, “Destruyores y constructores”, *Humanismo*, núm. 1, julio de 1952, p. 32. Titulado originalmente “Recado sobre constructores y derrumbadores”, el texto data de 1948 y es un envío a un escultor religioso radicado en Santa Bárbara, Estados Unidos, donde Mistral era cónsul de Chile.

⁵⁵ Fernando Ortiz (1881-1969), antropólogo, etnólogo, abogado y periodista cubano, destacado investigador de la cultura de su país. Opositor al gobierno de Gerardo Machado, participó activamente en el periodismo y la academia en Cuba durante los años posteriores al triunfo de la Revolución de Castro.

⁵⁶ Originalmente este texto fue un discurso pronunciado por su autor en el Capitolio de La Habana, en la Asamblea Internacional de homenaje a José Martí, en conmemoración del centenario de su nacimiento.

pavor de un cataclismo que a todos amenaza y algunos desean en desvarío suicida. Se oye un tropel de caballos que se acercan; pero no con las riquezas y perfumes que deben ofrendarse al hombre que nace cada día, sino con los cuatro jinetes de la visión de San Juan, trayendo guerra, hambre, enfermedad y muerte.⁵⁷

Lo característico en el texto de Ortiz es que ese panorama de actualidad es un camino introductorio hacia la figura de Martí, que ejemplifica la conjugación de teoría y práctica de un humanismo en el pensamiento y en la obra. El líder independentista cubano es un modelo histórico de comportamiento social aplicable al caos del tiempo presente; no es un ejemplo de la transformación que el individuo contemporáneo debe realizar hasta reencontrarse con lo auténticamente humano, porque la vida entera de Martí parece poseer un intachable compendio de valores. Es más bien un punto de llegada. Para ello, Ortiz pide hacer “en el sagrario de nuestra mente libre, un riguroso examen de conciencia y un sincero acto de contrición”.⁵⁸ Ese camino hacia la “auténtica revaloración de lo humano” debe partir de la recuperación de la libertad, pero una libertad regida por la educación y la cultura, es decir, una “libertad ilustrada” porque, citando Ortiz al propio Martí, “la libertad se pierde sin la dirección del buen juicio, sin las lecciones de la experiencia, sin el pacífico ejercicio del criterio”.⁵⁹ Es interesante notar (y se verá también más adelante) que la imagen de Martí tiene aún trazas de su legítimo pensamiento, de corte liberal, alejado de los radicalismos de izquierda, contrario a lo que años más tarde su figura representó en Cuba.⁶⁰

⁵⁷ Fernando Ortiz, “Martí y la libertad”, *Humanismo*, núm. 9-10, marzo-abril de 1953, p. 10.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 17.

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 12.

⁶⁰ Esta visión neutral del pensamiento de Martí, democrático y liberal, puede verse también en el ensayo de Gilberto Loyola del número doble 9-10, “Pensamiento económico y social de Martí”.

Otra perspectiva latinoamericana del humanismo se encuentra en el ensayo de Luis Alberto Sánchez,⁶¹ “Sobre la facultad de hablar” (núm. 3), que es a la vez una mirada al mundo maya y a su imaginario teológico de creación, cuya desembocadura es el *Popol Vuh*, que Sánchez propone como el libro orientador de la civilización americana, equivalente al *Génesis* para los judíos o el *Ramayana* para los hindúes, es decir, el elemento descubridor del hombre y del mundo, diferente a la tradición europea impuesta. “Nuestro Humanismo tiene, así, su propio comienzo, su intransferible punto de partida. Hagamos el esfuerzo de desandar el camino de la rutina para ver si sorprendemos un secreto fecundo e inédito. De otro modo seguiremos en un callejón sin salida”.⁶²

Hay, entonces, una visión tripartita del humanismo: hacia lo abstracto, hacia lo concreto mundial, y hacia el presente coyuntural latinoamericano. La concepción de lo latinoamericano tiene mucha importancia, pues una de sus propuestas principales es la de retomar un humanismo en contacto con la civilización americana que sea capaz de separarse de la crítica europea. Esta gradación del tema no tiene un orden progresivo desde el inicio hasta el final de la etapa estudiada, sino que hay una reiteración frecuente desde uno u otro enfoque, aun en un mismo número, no solamente en los ensayos referidos a este grupo, sino en otros tipos de textos que, en mayor o menor medida, tratan el asunto.⁶³ También ocurre que el humanismo como tema tiene presencia constante entre número 1 y el 13, un periodo en el que convive junto con otras preocupaciones de carácter similar, y después desaparece, como fenómeno palpable de la reorganización interna en la revista tras la salida de Loera y Chávez. Como se verá más adelante en cuanto a la presencia de ciertos temas y la evolución del ensayo mismo,

⁶¹ Luis Alberto Sánchez, escritor, abogado y diplomático peruano (1900-1994). Militó gran parte de su vida en el Partido Aprista, por lo que vivió varios años en el exilio como catedrático en diferentes universidades latinoamericanas y estadounidenses. Fue vicepresidente del Perú durante el primer mandato de Alan García (1985-1990).

⁶² Luis Alberto Sánchez, “Sobre la facultad de hablar”, *Humanismo*, núm. 3, septiembre de 1952, p. 44.

⁶³ Pueden señalarse el artículo monográfico de Constancio Bernaldo de Quirós, “El humanismo en la penalidad” (núm. 5), un recorrido por la consecución histórica de los derechos humanos dentro de los códigos penales, así como la crónica de Luis Ferrero Acosta, “Visiones costarricenses” (núm. 7-8) que recupera el tema de un “Nuevo Humanismo” en el panorama latinoamericano.

la llegada de Luis I. Rodríguez dotó a la publicación de un sentido pragmático de participación social, en detrimento del marco reflexivo que la caracterizaba en sus inicios, en el cual el humanismo era uno de los conceptos de mayor tratamiento crítico y de alcance no solo coyuntural, sino de valoración histórica.

III.5.2 Crisis social y de valores

Este asunto está estrechamente enlazado con el anterior, pues es a partir de una crisis social que deriva la necesidad del rescate de lo humano. Los ensayos ya mencionados “Humanismo actual”, de Lazo, “Destruyores y constructores”, de Mistral, y “El humanismo: tema y problema”, de Andújar, integran ambos términos, *crisis* y *humanismo*, que se explican recíprocamente. Pero el tema de esa crisis también es motivo de examen y valoración en otra serie de ensayos relacionados. Federico Pascual del Roncal⁶⁴ parte de este fenómeno en su texto “Política y psiquiatría” del número 2, al preguntarse si la “caótica situación del mundo” no requeriría la intervención de los psiquiatras en la valoración de la clase política dirigente de las naciones; después, hace un estudio de aquellos padecimientos manifiestos en los principales gobernantes que en el pasado histórico reciente han llevado a los pueblos al enfrentamiento y la muerte. Esta mirada parcial del problema, centrada en la clase política, es ampliada por el peruano Américo Ferrari⁶⁵ en “Actualidad del surrealismo” (núm. 11-12), ensayo donde, al referirse a esta vanguardia artística, que define como “motor espiritual en el último cuarto de siglo”, habla de una crisis de valores surgida a partir de la Segunda Guerra mundial, que justamente ha incrementado las manifestaciones surrealistas, caracterizadas por “el rechazo absoluto de un orden de valores que manifiesta día a día lo precario de su existencia, y la aceptación a toda costa y a pesar de todo riesgo, de los valores nuevos que

⁶⁴ Federico Pascual del Roncal (1903-1958), psiquiatra español que realizó buena parte de su carrera en México tras exiliarse de la España franquista. Ejerció profesionalmente la psiquiatría y fue profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México.

⁶⁵ Américo Ferrari, poeta y traductor peruano nacido en 1929.

fermentan, siquiera sea en tanto que posibilidades, en los parajes más silenciosos del espíritu humano”.⁶⁶ Otros ensayos que retoman esta crisis son “Los dos peligros”, de Pascual J. Cutillas (núm. 7-8); “Las etapas de la guerra absoluta”, de Roger Caillois⁶⁷ (núm. 13), y “Drama y grandeza de Europa”, de Enrique Angulo (núm. 17-18). En ellos la crisis se manifiesta desde diferentes sentidos: ya como un problema educativo; ya como una evolución del concepto de guerra que ha derivado en enfrentamientos cada vez más mortíferos; o ya como la convalecencia por la que atraviesa Europa tras dos guerras que han mermado su espíritu colectivo. La guerra, el enfrentamiento, parecen ser las causas de esa crisis, pero también su manifestación, pues su práctica parece no generar otra cosa que su cronicidad y evolución. De ser un espacio de gloria y valor individual, explica Caillois, ha pasado a prescindir del héroe, en singular, para darle su lugar al ejército, al grupo, hasta transformarse en una guerra total, no solamente por su capacidad armamentística, sino por su voracidad geográfica y social, por su pérdida de virtudes y lealtades. “La virtud, confundándose con la economía, consistirá, en adelante, en obtener más exponiendo menos”.⁶⁸

Para la revista, la guerra parece constituir el elemento determinante de la crisis, de ahí su reiterada mención de carácter condenatorio que abarca los primeros números y que, como el tratamiento del humanismo, se sostiene hasta el 13, para reaparecer en el mencionado ensayo de Enrique Angulo, en el número doble 17-18.

III.5.3 Latinoamérica y México

Como ya se mencionó en el capítulo anterior, la perspectiva latinoamericanista de *Humanismo* tiene un papel determinante en su estructura interna, tanto por la abundancia de material bajo

⁶⁶ Américo Ferrari, “Actualidad del surrealismo”, *Humanismo*, núm. 11-12, mayo-junio de 1953, p. 82.

⁶⁷ Roger Caillois (1913-1978), sociólogo y filósofo francés, que durante la Segunda Guerra Mundial y los años posteriores, transita por una etapa de estudios sobre la civilización y la barbarie de la guerra.

⁶⁸ Roger Caillois, “Las etapas de la guerra absoluta”, *Humanismo*, núm. 13, agosto de 1953, p. 56.

la dirección de Mario Puga, como por la variada forma de presentación del mismo. Ensayos, noticias, artículos informativos y secciones especiales sobre este asunto conforman una línea temática de orden protagónico que hace referencia continua al humanismo, eje rector de la publicación que les da cabida. México, asimismo, se incluye en estas reflexiones sobre el tema latinoamericano, pero también adquiere protagonismo individual, dadas las condiciones que ya se han señalado en otra parte de este trabajo, es decir, las de ser el lugar de materialización de la propia revista, pero también el lugar de refugio de buena parte de su lista de autores.

Latinoamérica aparece como el tema en el que más claramente la coyuntura interviene en su elaboración y que, a través del ensayo, formula una postura ideológica. Hay, por principio, una mirada hacia América como el lugar de realización de lo que en otros sitios (entiéndase Europa) ha fracasado, producto de la crisis social agudizada por la Segunda Guerra Mundial y la consecuente Guerra Fría. En este tenor pueden nombrarse los ensayos de Raúl Villaseñor, “América, topía de la utopía” (núm. 2), y del rumano Eugen Relgis, “Dirigismo y libertad” (núm. 5), que son una mirada, si no idílica, sí excesivamente valorativa de una región continental en la que depositan buena parte de la esperanza mundial. Es allí donde *Humanismo* hace participar a José Martí, como ideólogo de una serie de aspiraciones que pueden adecuarse al caso latinoamericano del presente. *Adecuación* es la palabra que cada época y cada corriente hacen del pensamiento martiano, según necesidades específicas. En este caso, Martí es tomado como símbolo de corrientes que se autodefinen como democráticas y progresistas. No en vano en la serie de extractos que la revista hace de ensayos y discursos del héroe cubano en el número 7-8, algunos fragmentos de “Nuestra América” aparecen bajo el subtítulo “Ideal de Unidad Indoamericana”, con una clara alusión política hacia el aprismo con el que comulgaba su director y algunos colaboradores.

La revista articula una idea de democracia y progreso latinoamericano, posibilitada a partir de la transformación de las estructuras políticas y económicas que, en su forma actual, son contrarias a un ideal de *nación* ligado a conceptos como democracia, emancipación y libertad.⁶⁹ Destacan los dos ensayos de Armando Cosani Sologuren, ambos bajo el título de “Los Andes, cuna de una nueva civilización” (el primero correspondiente al núm. 9-10, y el segundo al núm. 11-12), que retoman la crisis europea, para plantear así la obsolescencia de sus parámetros y la necesidad de fundamentar las normas que regirán a las sociedades americanas –andinas, específicamente–, a partir de una idiosincrasia propia. Esa “crisis mundial” no es nuestra, afirma Cosani, sino que llega a los países americanos por reflejo. El rechazo no es solo hacia Europa, pues aclara: “Y es importante subrayar un hecho. Para la comprensión de los hechos y las cosas, para la comprensión de la realidad andina, es preciso tener presente que lo europeo u occidental incluye, para nosotros, también a los EE. UU.”⁷⁰ El problema andino (o latinoamericano, si se quiere), parte de su papel de víctima del extractivismo y, por ende, de la dependencia económica respecto a Europa y Estados Unidos, y la solución prevalece en la conformación de un espíritu tomado de su entorno y de una nueva perspectiva de vida: “La oscuridad en que viven los pueblos andinos es sólo el desconocimiento, pero no la ignorancia, de sus propias posibilidades”.⁷¹ Esta revaloración se encuentra, con distintos matices, en otros ensayos, como “Pensamiento económico y social de Martí”, de Gilberto Loyo⁷² (núm. 9-10), “Nuevo espíritu en la escultura guatemalteca”, de

⁶⁹ Al respecto, Jesús Veliz Lizárraga publica el ensayo “La patria en la Guerra de Independencia” (núm. 6).

⁷⁰ Armando Cosani Sologuren, “Los Andes, cuna de una nueva civilización II”, *Humanismo*, núm. 11-12, mayo-junio de 1953, p. 87.

⁷¹ *Ibidem*, p. 89. Esta idea se refuerza con las crónicas-estudios del español Alfredo Lagunilla Lñárritu “Volando sobre el delta del Amazonas” (núm. 1), y “Volando sobre la meseta brasileña” (núm. 3), acerca de las condiciones económicas históricas de Latinoamérica; o con el estudio del peruano Manuel Seoane “Hacia el nuevo Ayacucho” (núm. 14) sobre el proceso histórico-social que llevaría a los países americanos a la segunda de sus independencias, la económica, respecto de las grandes potencias.

⁷² Gilberto Loyo (1901-1973), profesor, político y economista mexicano. Durante el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines ocupó el cargo de secretario de Economía, y realizó estudios sobre problemas demográficos en México.

Mario Alvarado Rubio⁷³ (núm. 9-10), y “Las Américas en su historia”, de Mariano Picón Salas⁷⁴ (núm. 14).

A la vez, como ya se ha señalado, hay una toma de postura y apoyos de intención continental.⁷⁵ No pueden pasarse inadvertidas las adherencias claras al aprismo peruano y su líder, Víctor Raúl Haya de la Torre; al gobierno boliviano resultante del Movimiento Nacional Revolucionario; al gobierno guatemalteco de Juan Jacobo Árbenz; a José Figueres, recién ascendido a la presidencia de Costa Rica; al movimiento de independencia puertorriqueño; al gobierno justicialista de Perón e, incluso, al nuevo mandatario colombiano *de facto*, Gustavo Rojas Pinilla. Gradualmente, la doctrina aprista va aumentando su presencia. Primero, hay ciertos indicios en notas breves, en las que “Indoamérica” comienza a ser palabra frecuente. De manera progresiva su utilización va siendo igual o mayor a los términos “Latinoamérica”, “América” o, en menor medida, “Iberoamérica”. Varios de los autores peruanos que colaboran en la publicación estaban identificados con el APRA, pero en la primera subetapa no se escribió abiertamente sobre ella. Si hay una mayor referencia al aprismo, esta comienza a partir del número 13 (por ejemplo, con el artículo “Rectoría moral de Martí”, de Carlos Manuel Cox,⁷⁶ o la sección “Nuestra América”), se refuerza en el 16 con el artículo del propio Haya de la Torre, “Espacio-tiempo-histórico”, y aumenta en el número doble 19-20, con el editorial “Haya de la Torre, en libertad”, y el ensayo de Javier Pulgar Vidal,⁷⁷ “Indigenismo y aprismo”.

⁷³ Mario Alvarado Rubio (1921-1986), abogado, periodista y crítico de arte guatemalteco.

⁷⁴ Mariano Picón Salas (1901-1965) escritor y diplomático venezolano, reconocido por su obra ensayística sobre historia cultural latinoamericana, además de su participación en el servicio gubernamental, como embajador en Colombia, Brasil y la Unesco.

⁷⁵ En ese sentido se orienta la serie de artículos historiográficos “Significado del movimiento obrero latinoamericano”, que entre el número 4 y el número 16 publicó Víctor Alba (seudónimo de Pere Pagès, periodista y militante marxista catalán).

⁷⁶ Carlos Manuel Cox, político peruano nacido en Trujillo en 1902. Afiliado al Partido Aprista, vivió periodos de exilio en distintos países de América Latina, principalmente en México. Tras la caída de Odría retornó al Perú, donde realizó carrera política como diputado y senador.

⁷⁷ Javier Pulgar Vidal (1911-2003), profesor, geógrafo e historiador peruano. Autor de varias obras sobre la geografía de su país, también fue reconocido por su participación en la fundación de universidades. Durante el régimen de Odría permaneció exiliado en Colombia.

A través de esta serie de afinidades la revista trata de exponer su profesión democrática, a la vez que recalca su carácter ajeno a los radicalismos y, en ese sentido, su desapego del comunismo. En su conjunto, establece una propuesta de emancipación y democracia americana, independiente del yugo imperialista estadounidense, pero sin caer en el otro extremo, el soviético. Si en alguna ocasión *Humanismo* sustenta apoyo al socialismo, este solo atiende a su sentido democrático e igualitario. El asunto está tratado en diversas ocasiones, como en notas aclaratorias al paso, aunque en ciertos textos la opinión es más profunda. El ensayo de Manuel Seoane,⁷⁸ “Hacia el nuevo Ayacucho” (núm. 14), contiene un apartado bajo el título “Ni prosoviéticos ni antinorteamericanos”⁷⁹ en el que fija su postura personal y la de la revista:

Sólo los grupos reducidos que, en escala mundial, responden a los intereses del comunismo soviético, trabajan definitivamente en favor de una potencia extraña. Las gestas contemporáneas, como las del siglo pasado, son esencialmente autóctonas, con expresión y objetivos propios. Así se explica el vigilante recelo con que los comunistas observan y atacan a los grandes movimientos populares sudamericanos. No pueden perdonarles que realicen una revolución liberadora y justiciera sin tutelaje de Moscú. Ellos censuran parejamente a Ibáñez, Perón, a Aiguères [sic] y a Paz Estenssoro, a Acción Democrática de Venezuela y al Partido del Pueblo del Perú.⁸⁰

Pero si esta declaración reitera su desvinculación hacia el comunismo, en otros lugares, como el ensayo de Vicente Sáenz,⁸¹ “El fraude del anticomunismo” (núm. 16), y el artículo monográfico “Los empresarios del comunismo”, de Carlos Girón Cerna (núm. 19-20), se explican los abusos y las injerencias de las potencias capitalistas en países latinoamericanos, bajo el pretexto de combatir un comunismo que, para los autores, es inexistente. Con esto, la

⁷⁸ Manuel Seoane (1900-1963) abogado y político peruano, participó en el APRA desde su fundación y fue cercano colaborador de Haya de la Torre. Dirigió además el periódico *La Tribuna*, órgano de propaganda aprista.

⁷⁹ Frase que, como ya se ha visto en el capítulo anterior, se repitió en más de una ocasión en la etapa posterior a esta.

⁸⁰ Manuel Seoane, “Hacia el nuevo Ayacucho”, *Humanismo*, núm. 14, septiembre de 1953, p. 37.

⁸¹ Vicente Sáenz (1896-1963), escritor y periodista costarricense, reconocido por sus trabajos sobre la Guerra Civil Española. Fue un militante de la doctrina socialista, por lo que en 1935 fundó el Partido Socialista Costarricense.

revista insiste en su carácter democrático y, de paso, limpia de radicalismo a los gobiernos y partidos que apoya, al mismo tiempo que declara su aprecio por aquella ciudadanía estadounidense fiel a los principios democráticos y de no intervención.

Respecto al tema mexicano, predomina una postura de constante alabanza a un Estado que, desde diferentes perspectivas, se considera como auténticamente revolucionario, y que como tal, mantiene una mirada progresista. La observación de esta postura elogiosa respecto al gobierno alemanista, primero, y al de Ruiz Cortines, después, tiene que ser evaluada conforme a su contexto de escritura: a la condición de *Humanismo*, editada en suelo mexicano y nutrida por exiliados y, en menor medida, porque desde la distancia la Revolución Mexicana fue vista como un auténtico proceso de transformaciones, inédito en Latinoamérica, y a los gobiernos emanados de ella como los continuadores de la obra de concreción de sus ideales democráticos. En estos casi dos años de publicación, no hay variaciones notorias que se desvíen de esta línea. El ensayo de Manuel Sánchez Sarto, “La filosofía de las cosas grandes” (núm. 1), inaugura esta ponderación de lo mexicano, visto desde una perspectiva económica y social que, mediante su impulso de crecimiento y desarrollo, es calificada como un proyecto esperanzador para toda la América Latina.

La revista mantiene esa tesitura en el tratamiento del asunto nacional, tanto en firmas de autores extranjeros como mexicanos: la Ciudad Universitaria, recientemente construida en el sur de la ciudad de México, se vuelve símbolo del desarrollo cultural latinoamericano; asimismo, el número 4 (correspondiente a octubre de 1952) hace un estudio de la arquitectura mexicana antigua y moderna, mientras que el número 15 (de noviembre de 1953) hace homenaje a la Revolución Mexicana en el cuadragésimo tercer aniversario de su inicio. Hidalgo, por otra parte, es tomado como símbolo humanista, social y patriótico, en una serie

de artículos conmemorativos por el bicentenario de su nacimiento, de los que destaca el ensayo del propio Carlos Lazo, “Hidalgo: símbolo de México” que, en la valoración del héroe mexicano, repite el mensaje de su ya citado ensayo “Humanismo actual”: “Un hombre o un pueblo hacen historia –que es la única manera de hacer política– cuando en la línea de su destino, actúan con sentido de anticipación, proyectando las siguientes etapas”.⁸² Este apoyo hacia las labores gubernamentales mexicanas tiene un mayor tratamiento durante la subetapa en que la revista fue financiada por el político Luis Ignacio Rodríguez (números 13 a 19-20, de agosto de 1953 a mayo de 1954)⁸³ y esto remite a dos causas probables: una, el papel de este personaje en la burocracia mexicana, y dos, el esperado apoyo que el sector exiliado en el país daría a fin de salvaguardar su permanencia. No es menos importante, al respecto, la sección “México Actual”, encargada de dar a conocer, elogiosamente, las acciones gubernamentales.

III.5.4 Literatura

El tema literario es uno de los que, en términos generales, aporta material prolífico a la revista. Esto no ocurre solamente por la cantidad de textos al respecto –tanto los pertenecientes al género ensayístico como a los de otro tipo–, sino por su variabilidad de asuntos.

Es necesario partir del hecho de que el grupo de ensayos de tema literario no es homogéneo, aunque hay ciertas líneas que pueden servir de guía hacia una jerarquización del conjunto. Pueden observarse ciertas tendencias que ayudan a establecer una clasificación más ceñida, y que se remiten a los siguientes puntos: literatura mexicana, literatura latinoamericana, literatura española y literatura universal.⁸⁴ Relacionado a esta clasificación, está el origen

⁸² Carlos Lazo, “Hidalgo: símbolo de México”, *Humanismo*, núm. 11-12, mayo-junio de 1953, p. 7

⁸³ Es el periodo en que la sección “México Actual” se vuelve más regular.

⁸⁴ Este tema también está presente en las secciones de noticias y comentarios “Revista de Libros” y “Teatro”.

mismo de los autores que sobre el tema abordaron sus textos, si se toma en cuenta la serie de relaciones que Mario Puga parece haber establecido, por un lado con una parte de los intelectuales mexicanos, y por otra, con el sector intelectual de exiliados latinoamericanos. Si hay algo que identifique a todo este material, es que buena parte aborda su tema desde el compromiso social, y tiende, en su mayoría, a presentar al escritor como parte activa de su contexto y época, sin que esto desemboque en propagandas partidistas o inclinaciones hacia un grupo ideológico determinado. El ensayo que José Ramón Arana⁸⁵ le dedica al poeta Pedro Salinas, ejemplifica este rasgo cuando señala su exilio como factor de alejamiento del purismo poético que anteriormente profesaba: “En varios escritores acusados de intelectualismo se produce a lo largo del destierro un proceso de rehumanización, de regreso a la realidad externa, antes temida o desdeñada; es decir, de integración —a juicio nuestro—, en la realidad entera y verdadera. Salinas, místico sin Dios, vuelve a sus desiertos metafísicos para entrar de nuevo en la liza común, revinculado al sino de su tiempo [...]”.⁸⁶

De las líneas de reflexión que aborda el ensayo en este grupo, la literatura mexicana representa la de mayor interés para la revista en relación a tres enfoques: teatro antiguo y contemporáneo, literatura de la Revolución y poesía. “Novela y Revolución mexicana”, de José María Benítez⁸⁷ (núm. 6), “La poesía de Xavier Villaurrutia”, de Alí Chumacero⁸⁸ (núm. 9-10), y “El teatro y la Revolución”, de Antonio Magaña Esquivel⁸⁹ (núm. 15), son ensayos que ejemplifican estos intereses, y que conviven a su vez, con una serie muy variada y extensa de

⁸⁵ Escritor nacido en Zaragoza, España, en 1906 bajo el nombre de José Ruiz Borau, que modificó al inicio de su vida en el exilio. Colaboró con el bando republicano durante la Guerra Civil española, para después pasar a Francia, donde permaneció en el campo de Gurs antes de viajar a México, país en el que se desempeñó como librero y fundó, junto a Manuel Andújar, la revista *Las Españas*. De regreso en su país, murió en Zaragoza en 1974.

⁸⁶ José Ramón Arana, “Pedro Salinas”, *Humanismo*, núm. 5, noviembre de 1952, p. 47.

⁸⁷ José María Benítez (1898-1967), periodista y escritor mexicano, colaborador en distintos medios mexicanos, laboró asimismo en la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

⁸⁸ Alí Chumacero, poeta, ensayista y editor mexicano nacido en 1918. De su obra poética destaca el libro *Palabras en reposo* (1956), mientras que su obra crítica se publicó en distintos diarios y revistas como *El Hijo Pródigo*, *Letras de México* y *El Nacional*.

⁸⁹ Antonio Magaña Esquivel (1909-1987), escritor y crítico de teatro mexicano, publicó, entre otras obras, las novelas *El ventrílocuo* (1944) y *La tierra enrojecida* (1951), y su obra crítica *Teatro mexicano del siglo XIX*.

artículos monográficos, historiográficos, semblanzas y noticias sobre los mismos temas.⁹⁰ Sustentan, ante todo, una mirada valorativa de las letras mexicanas; no hay una crítica enjuiciadora de obras y autores, sino una valoración positiva, manifiesta sobre todo hacia las letras de la Revolución, alabando al nacionalismo que el propio Estado mexicano cultivaba en aquella medianía del siglo XX. “La novela de la Revolución, la que se ocupó en la lucha armada, tiene que conceptuarse desde luego, como un movimiento literario de liberación, por una parte y, por otra, como el primero y el más importante brote literario auténticamente nacional, pues con él nace en definitiva la novela mexicana”,⁹¹ dice Benítez al respecto. La importancia de la literatura mexicana como tema tiene que ver, en ese sentido, con su relación directa en la conformación de una identidad nacional. El teatro mismo, como señala Antonio Magaña Esquivel en su ensayo mencionado, es un campo que con la inclusión del elemento político revolucionario vino a reforzar lo que la novela, en la estructura de un nacionalismo colectivo, ya había cimentado.

El asunto latinoamericano, también tuvo como su preocupación más profunda la valoración de una literatura regional, antigua y contemporánea, inmersa en su contexto. A este subgrupo corresponden, de entre los ensayos, “Historia y poesía en el Inca Garcilaso”, de José Durand⁹² (núm. 6), “La poesía de Dora Isella Russel”, de Alfredo Jacob (núm. 11-12), y “Recuerdo de César Vallejo”, de Nicanor Mujica⁹³ (núm. 14).⁹⁴ Aunque hay un interés particular en las

⁹⁰ Los textos referentes al asunto son abundantes en la revista, siguiendo la misma línea de los ensayos mencionados, pero sin la profundidad reflexiva de aquellos, claro está. Destacan los artículos monográfico/históricos que sobre teatro mexicano y poesía publicó Antonio Magaña Esquivel (“Vísperas del teatro mexicano”, núm. 1; “Centenario de Juan de Dios Peza”, núm. 2, y “Cuarto de siglo”, núm. 6); las notas y reportajes que entre el número 2 y el 4 publicó el peruano Eduardo Jibaja; los artículos, también sobre teatro, de Armando de María y Campos “Itinerario del teatro guadalupano” (núm. 6), y “Las comedias en el corpus mexicano colonial” (núm. 11-12); así como la participación de Julio Jiménez Rueda en el número 15, el especial dedicado a México, con “La Revolución y las letras mexicanas”. Otros textos, de menor calidad y temas poco frecuentados, aportaron también a este orden.

⁹¹ José María Benítez, “Novela y Revolución mexicana”, *Humanismo*, núm. 6, diciembre de 1952, p. 22.

⁹² José Durand, escritor e historiador peruano, nacido en Lima en 1925. Permaneció en México entre 1949 y 1952, para luego regresar a su país. Desarrolló su labor académica en universidades de Perú, México y Estados Unidos, y dedicó sus investigaciones a la historia cultural del continente, en especial, durante el periodo de conquistas. Destacado crítico de la obra del Inca Garcilaso de la Vega y de Sor Juana Inés de la Cruz, entre otros. Murió en Perú en 1990.

⁹³ Nicanor Mujica (1913-2003), político peruano, afiliado al APRA desde su juventud, vivió periodos fuera de su país, tanto en Europa como en Centroamérica. Fue diputado, ministro y embajador en distintos gobiernos.

letras peruanas, incluso más allá del ensayo, en general el tema latinoamericano es variado y reitera el nexo del escritor y su origen, del escritor y su época, siguiendo la premisa que trataba de cumplir la revista en su conjunto.

El exilio español dio también frutos en el campo de *Humanismo*, y la presencia de un buen número de intelectuales adheridos al proyecto editorial de Puga ofreció material vasto. La nacionalidad de los autores, que no siempre coincidió con sus temas de reflexión, sí tuvo en el caso español una correspondencia casi general. En este fenómeno pudo intervenir la concepción de España como unidad. Pertenecientes al género ensayístico pueden anotarse “Pedro Salinas” (núm. 5) y “León Felipe” (núm. 7-8), ambos de José Ramón Arana, y “García Lorca y Casona en el teatro español”, de Arturo Mori⁹⁵ (núm. 9-10).

El cuarto de los subtemas, de índole variada, es el que mejor refleja la autonomía del campo literario, respecto a la totalidad de *Humanismo*. Lo conforman los ensayos “Poesía y puntuación”, de Alberto Hidalgo⁹⁶ (núm. 5), “Poesía y creación del nombre”, de Alejandro Lora Risco (núm. 11-12), y una serie de artículos de interés conceptual y temática universal.⁹⁷

La figura del poeta y el proceso de creación literaria, junto a temas como la conceptualización del teatro, literatura europea medieval e israelí, componen este mosaico.

⁹⁴ También aquí el material externo al ensayístico es variado, y de él sobresalen colaboraciones como “Poesía actual salvadoreña”, de Mauricio de la Selva (núm. 4); “José Toribio Medina”, de Andrés Townsend Ezcurra (núm. 5); “Doña Bárbara, de lo pintado a lo vivo”, de Andrés Eloy Blanco (núm. 6); “Los modernistas panameños y la literatura de la república”, de Rodrigo Miró (núm. 13); “La poética de Cardona Peña” y “Rafael Heliodoro Valle”, ambos de Wilberto Cantón (núms. 7-8 y 11-12, respectivamente), y “Teatro contemporáneo del Perú”, de Gonzalo Rose (núm. 17-18).

⁹⁵ Arturo Mori, periodista y escritor español nacido en Barcelona en 1888. Tras una prolongada carrera como periodista en Barcelona y Madrid, se exilió en México en 1939, donde fue presidente de la Agrupación de Periodistas Españoles en el Exilio, y crítico de teatro y música en *Últimas Noticias*. Murió en México en 1953.

⁹⁶ Alberto Hidalgo, poeta y escritor peruano nacido en Arequipa en 1897. Desarrolló una obra de orientación vanguardista y compromiso social. Radicado gran parte de su vida en Argentina, murió en Buenos Aires en 1967.

⁹⁷ Pueden citarse el “Prólogo a Hrotsvitha”, de Alfonso Reyes (núm. 2); “Poetas y prosistas de Israel”, de José Gomís Soler (núm. 9-10); “¿A dónde va el teatro?”, de René Anselmo (núm. 11-12), y “La escritura poética”, de Alfredo Cardona Peña (núm. 17-18).

III.5.5 Arte

Referirse al tema artístico en *Humanismo* implica abordar uno de los pilares más sólidos en su estructura interna. Sólido tanto por su reiterado tratamiento en esta época de publicación, como por la calidad de las firmas que a él dedicaron su escritura. Lo es, asimismo, porque la crítica de arte, por su naturaleza, tiene la predisposición natural hacia el ensayo como medio expositivo, aunque el tema se valió también de otros géneros, como la crónica o la monografía.

Sus tópicos fueron variados, aunque a partir del compendio de ensayos sobre arte pueden identificarse tres líneas mayores: arte europeo, arte latinoamericano y la figura del crítico. Respecto al arte europeo, destacan dos autores de importancia, el español Juan de la Encina y el mexicano Jorge Juan Crespo de la Serna. En ambos prevalece el interés por la difusión de las artes plásticas europeas –las italianas específicamente– en un sentido puramente erudito y de aliento cultural. Sus aportaciones no guardan intentos de adoctrinamiento o de sugerencias ajenas al arte en sí mismo. De la Encina destaca con sus ensayos “El enigma de Leonardo” (núm. 1) y “Venecia, su pintura y D’Annunzio” (núm. 4). Crespo de la Serna participa, al respecto, con “Lorenzo Loto, el incomprendido de su tiempo” (núm. 16) y sus “Comentarios sobre El nacimiento de Venus de Sandro Botticelli” (núm. 19-20).⁹⁸ Los textos de Crespo de la Serna⁹⁹ se destacan por un análisis meticuloso de las obras y de los artistas, y un remate noticioso, que hace una valoración del tema en su actualidad, aunque sin ir más allá del tono informativo. Juan de la Encina, en cambio, carece de estas referencias, pero no deja de

⁹⁸ Otro autor que participa en esta línea es el médico español radicado en México, Manuel Márquez, con “Las deformaciones en la pintura del Greco” (núm. 3).

⁹⁹ Jorge Juan Crespo de la Serna (1887-1978), crítico e historiador del arte nacido en la Ciudad de México y educado en Cuba y Europa. Miembro fundador de la Academia de Artes en México.

articular, aunque brevemente, el tema con su contexto de escritura. Al referirse, por ejemplo, a la obra de Gabriele D'Annunzio, escribe:

Hay tal vez demasiada petulancia, excesiva gesticulación, enorme pretenciosidad, aunque sea de un gran poeta, teatralidad y egotismo desmesurados, para que a un paladar de nuestros días de angustia y de la mayor incertidumbre humana pueda seguir gustándole en plenitud ese libro que, con todo, es real y verdaderamente bello. Ha llovido mucho desde entonces y, por cierto, no ha sido agua de mayo, sino de fuego, sobre las milpas del mundo.¹⁰⁰

Como ya se ha hecho notar, además, hay otros textos que nutren sobre el mismo tema a los ensayos referidos.¹⁰¹ El propio Crespo de la Serna colabora con dos crónicas –una sobre la estancia del pintor Michel Cadoret en Michoacán y otra sobre la exposición de arte mexicano en París. La crónica también es utilizada por el peruano Felipe Cossío del Pomar,¹⁰² que publica “Renoir, pintura y cocina” (núm. 7-8) y “De Donatello al Signore Lapi” (núm. 14).¹⁰³

Por su lado, el subtema del arte latinoamericano es necesario abordarlo respecto a dos características: primera, que a diferencia del tratamiento de lo europeo, ligado generalmente a obras y personajes de siglos pasados, el arte latinoamericano como tema destaca por su actualidad, por ser un arte que se está haciendo; segunda, que ese arte, en mayor o menor medida, está inmerso en la coyuntura política y social. Esta idea del arte obligado a cumplir una función social y política se encuentra, por ejemplo, en el “Ensayo de interpretación”, de Rodrigo Arenas Betancourt¹⁰⁴ (núm. 7-8), donde el escultor colombiano hace una valoración de su propia obra, desde sus primeros intentos hasta una etapa de asimilación y conjugación entre arte y expresión social. El arte debe tener en sí mismo una proyección al futuro, y en ese

¹⁰⁰ Juan de la Encina, “Venecia, su pintura y D'Annunzio”, *Humanismo*, núm. 4, octubre de 1952, p. 68.

¹⁰¹ Aparece también, en ese rubro, un texto de Rodney Collin, “Impresionistas y prerrafaelistas” (núm. 5).

¹⁰² Felipe Cossío del Pomar (1888-1981), pintor peruano, educado tanto en su país como en Europa. Pasó largas temporadas de su vida en México, así como en ciudades europeas y en el Perú. Como militante aprista realizó diversas tareas de organización de grupos del APRA en el extranjero.

¹⁰³ Cossío del Pomar también colabora en el número 3 con el artículo monográfico “Escultura del Perú colonial”.

¹⁰⁴ Rodrigo Arenas Betancourt (1919-1995), escultor colombiano, realizó estudios tanto en Medellín y Bogotá, como en México, países en los que su obra monumentalista obtuvo mayor reconocimiento.

sentido la obra no puede ser interpretada en plenitud en el presente de su creación, pues su verdadero significado se completará solo más adelante. En una etapa histórica en que los artistas pretenden hacer escultura para el pueblo, e integrarla con la arquitectura, Arenas declara: “Aún más, nuestro deseo es que la escultura no sólo se mantenga dentro de los límites de la arquitectura moderna, como intención decorativa, sino que llegue a ser un elemento de expresión social. Para ello es necesario que tenga una orientación política, porque de no ser así fácilmente cae en el formalismo y en la abstracción intrascendente”.¹⁰⁵

Integración de factores, adherencia política. Estos postulados son ratificados, en cierto modo, por Joel Marrokín (Marroquín) en su examen del muralismo mexicano. “México, capital mural del mundo”, correspondiente al núm. 15 (noviembre de 1953), es decir, al número especial de homenaje a México, es un ensayo que intenta una reflexión integradora de la anatomía del muralismo, pero también de su ideología. A decir de su autor, el arte mural muestra que la burguesía mexicana no es “regresiva”, sino “progresista”, hecho que hace al artista estar subvencionado por esa clase y, al mismo tiempo, trabajar al servicio del pueblo, puesto que esa burguesía requiere del contacto con las masas para lograr sus propósitos gubernamentales, revolucionarios. Este sentido del progreso no ha sido del todo completo, dice el autor, pues en el momento en que esa burguesía en el poder cumplió sus intereses, se ha apartado del proletariado ocasionando que el arte también manifieste ese alejamiento. Por otro lado, aborda el tema del arte dentro del sistema capitalista –que favorece la obra individual frente a la colectiva– y ataca al arte abstracto y a toda manifestación que no se comprometa socialmente. La pintura, sin dicha carga social es, para el autor, “pintura a secas”.¹⁰⁶ Por eso, al referirse a los íconos del muralismo mexicano, señala que estos tuvieron su etapa de esplendor cuando

¹⁰⁵ Rodrigo Arenas Betancourt, “Ensayo de interpretación”, *Humanismo*, núm. 7-8, enero-febrero de 1953, p. 90.

¹⁰⁶ Joel Marrokín, “México, capital mural del mundo”, *Humanismo*, núm. 15, noviembre de 1953, p. 71.

reflejaron un arte positivo y social, pero sucumbieron al descreer de los ideales revolucionarios que conformaron el movimiento. Es, la de estos textos, una postura unificadora de arte y política, de arte y sociedad; sin embargo, evaden el señalamiento hacia una ideología política específica, aunque esta se intuya, al menos en el caso de Marrokin.

Por otra parte, hay una intención de caracterizar un arte americano, más como definición idiosincrática que como apoyo a una orientación política determinada. Bajo este parámetro puede entenderse el ensayo de Mario Alvarado Rubio,¹⁰⁷ “Sensibilidad plástica de Ossaye” (núm. 19-20), en cuyo examen de la obra del pintor guatemalteco Roberto Ossaye, el autor la caracteriza como poseedora auténtica de la voz americana que, paradójicamente, encuentra mirando otros horizontes ajenos al constreñido medio artístico de su país, que lo han llevado a nutrirse del ambiente de Nueva York y París.

Su arte es netamente americano, pero no ese falso americanismo que pretende encontrar la cepa exclusivamente en los detalles folklóricos o en las protestas de política tendenciosa, sino otro más trascendental y puro, en el que los elementos estéticos ascienden hasta los niveles de una concepción universalista. Las circunstancias imperantes podrían orillararlo a buscar el aprovechamiento demagógico en los murales o la facilidad productiva de la mediocridad burguesa; pero ni una cosa ni la otra.¹⁰⁸

El alejamiento de posturas políticas corre a favor de una búsqueda de calidad en el artista, en el no sometimiento al impulso de actuar con inspiración pasajera, agudizada aún más por la ignorancia; es decir, una voluntad creadora que encuentra la voz de su entorno en la pureza artística. En ese mismo sentido puede tomarse el breve especial sobre arquitectura publicado en el número 4, en cuyo compendio de artículos históricos destaca el ensayo, “Hacia una

¹⁰⁷ Mario Alvarado Rubio (1921-1986), crítico de arte guatemalteco. Estudió Derecho y Bellas Artes en su país natal, y realizó carrera dentro del periodismo.

¹⁰⁸ Mario Alvarado Rubio, “Sensibilidad plástica de Ossaye”, *Humanismo*, núm. 19-20, marzo-abril-mayo de 1954, p. 100.

arquitectura mexicana”, de Carlos Obregón Santacilia,¹⁰⁹ quien desestima la importación de ideas artísticas extranjeras, si antes no se ha valorado su funcionalidad en el espacio que ocupará la obra del arquitecto.

Respecto a la figura del crítico, dos autores aportan opiniones sobre el asunto. En su ensayo publicado en el número doble 11-12, “Responsabilidades y metas de la crítica de arte”, el mexicano Jorge Juan Crespo de la Serna intenta acercarse a la figura del crítico esclareciendo y delimitando sus alcances y responsabilidades. La crítica no es la censura, sino el estudio y la interpretación de la obra de arte; pero a la consecución de este nivel de análisis no se llega a través del simple juicio subjetivo y empírico, sino con la adquisición del conocimiento y la acumulación de experiencias. Recalca, además, la importancia de la capacidad sensible del crítico para apreciar, más allá de la técnica y el depurado cumplimiento de reglas artísticas, la presencia de la “inspiración”. Y resume:

El examen de la obra de arte, a mi juicio, debe dirigirse primero que nada a una contemplación desinteresada, y sobre todo, libre de prejuicios y mitos. A veces el choque recibido es definitivo, y la segunda parte del proceso, el análisis objetivo, un poco más en frío, no viene a ser más que una confirmación de lo anteriormente percibido y sentido. En otras ocasiones, empero, habría que atemperar el primer entusiasmo, reducirlo a proporciones de justeza, y también revalorar, a la luz de principios aceptados, probados, las realizaciones y categorías, registrados antes empíricamente, tanto en contenido como en lo formal.¹¹⁰

Juan de la Encina, en el texto referido “Venecia, su pintura y D’Annunzio”, recalca el valor de un crítico de arte si, además de historiador, es poeta, colocando en un lugar de relevancia, como lo hace Crespo de la Serna, la capacidad de sensibilidad como paso previo a la emisión de un juicio, pero también enalteciendo la habilidad escritural para trasladar al papel las

¹⁰⁹ Una nota aclaratoria específica que el texto forma parte del libro del autor *50 años de arquitectura mexicana*.

¹¹⁰ Jorge Juan Crespo de la Serna, “Responsabilidades y metas de la crítica de arte”, *Humanismo*, núm. 11-12, mayo-junio de 1953, p. 65.

imágenes de ese “juicio sensible”. Experiencia, sensibilidad y erudición son, en ese orden, requisitos indispensables al ejercicio crítico.

III.5.6 Artista y Estado

A primera vista, puede considerarse la inclusión de este apartado en el tema artístico. Sin embargo, hay ciertos ensayos con un tratamiento del artista no desde sus resultados, desde su obra hecha, sino desde la delimitación de rasgos, características y responsabilidades que el creador de arte debe tener en su propio contexto histórico-social. No hay crítica de arte –al menos directamente sobre algún autor, o grupo de autores específicos–, sino una ensayística condensadora de un fenómeno que se presenta antes y durante la creación. La conformación de Estados nacionales determinados por ideologías políticas enfrentadas desde los inicios de la posguerra, hizo repensar nuevamente el papel del artista en la sociedad, bajo la tutela del capitalismo y el socialismo en el orden político. Al respecto, tres ensayos tratan de establecer puntos de partida y de conclusión, para delimitar, en la medida de lo posible, la figura del artista en el mundo moderno: Adolfo Salazar y su “Revisión del hedonismo en el arte contemporáneo” (núm. 2); “La libertad del artista y el Estado”, de Jaime Torres Bodet¹¹¹ (núm. 4), y “Encrucijada y nueva perspectiva [sic] del arte”, de Luis Emiro Valencia (19-20).

Estos plantean, en conjunto, una relación artista-sociedad que atraviesa una grave tensión en sus acuerdos y manifestaciones. Uno de los problemas de esa relación es el alejamiento cada vez mayor del artista con la sociedad cuya esencia debe transmitir. Se establece el inminente rompimiento de esa relación ideal, que lleva al arte a la adquisición de formas ininteligibles para el público masivo, que no entiende el arte abstracto aunque este surja de una crisis social

¹¹¹ Jaime Torres Bodet (1902-1974), poeta, ensayista, funcionario y diplomático mexicano. Miembro de la generación de Contemporáneos, desde su juventud desarrolló una prolongada carrera en el servicio público, en el que llegó a desempeñar el cargo de secretario de Educación Pública en dos ocasiones (1943-1946 y 1958-1964) y el de secretario de Relaciones Exteriores (1946-1948), además de ser nombrado director general de la Unesco, entre 1948 y 1952.

profunda, de la que el artista es una de las víctimas. Pero, como lo señala Adolfo Salazar,¹¹² este problema lleva a otro, de carácter político.

A la vista del divorcio actual entre los artistas y el público, algunas políticas, la soviética ejemplarmente, han decidido cortar el antagonismo suprimiendo el problema. Como el artista es allí un servidor del Estado, que le paga por su obra, el Estado se considera con derecho de legislar acerca de lo que quiere recibir, dictando normas a los artistas y rechazando sus productos si no convienen a esas normas que son muy fáciles de definir.¹¹³

Pero la dificultad, dice Salazar, no ocurre solamente ante este tipo de estructuras gubernamentales, sino también en la sociedad burguesa (entiéndase capitalismo), donde el artista es un prisionero de una clase social bajo cuyos gustos debe realizar su obra, a cambio de su manutención. El economista colombiano Luis Emiro Valencia, en su ensayo del número 19-20, coincide con Salazar, no en un afán de entender el origen y significado del arte abstracto, al que más bien menosprecia por su “papel pasivo, subjetivo, narcisista, de recreación personal y egoísta”,¹¹⁴ sino en el sometimiento del artista, en una sociedad capitalista, a la hechura de un arte condicionado.¹¹⁵ Y en ese sentido, la unificación de las tres posturas radica en la exigencia de una libertad creadora, sin los condicionamientos tradicionales de la subsistencia o la persecución. “Ser artista consiste en eso: en escoger”,¹¹⁶ señala Jaime Torres Bodet,¹¹⁷ que reitera en diversos sentidos: “Lo que incumbe al Estado es

¹¹² Adolfo Salazar (1890-1958), compositor y musicólogo español. También realizó carrera en el servicio exterior de su país durante la última etapa de la República, por lo que llega exiliado a México en 1939, donde residió hasta su fallecimiento. En este país se desempeñó como investigador en El Colegio de México y profesor de música en el Conservatorio Nacional.

¹¹³ Adolfo Salazar, “Revisión del hedonismo en el arte contemporáneo”, *Humanismo*, núm. 2, agosto de 1952, p. 20.

¹¹⁴ Luis Emiro Valencia, “Encrucijada y nueva perspectiva [sic] del arte”, *Humanismo*, núm. 19-20, marzo-abril-mayo de 1954, p. 103.

¹¹⁵ Se advierte que el ensayo fue publicado incompleto, tanto por una ausencia de conclusión general, como por lo dicho en una parte de la presentación sobre la estructura de su texto: “Tomaremos en *primer lugar* el arte y el artista en el capitalismo; en *segundo término*, examinaremos el arte y el artista dentro del mundo denominado comunista, estrictamente dentro de la sociedad soviética; y, *por último*, veremos lo que puede significar dentro de una sociedad *socialista, democrática y humanista*.” [las cursivas son del autor], *Ibidem*, p. 102. La parte publicada solo aborda el primero de sus objetivos, tal vez por un ajuste de espacio, pues la revista no informa sobre el texto faltante.

¹¹⁶ Jaime Torres Bodet, “La libertad del artista y el Estado”, *Humanismo*, núm. 4, octubre de 1952, p. 15.

¹¹⁷ Su texto fue originalmente un discurso que el autor pronunció en su calidad de director general de la Unesco (1948-1952), en la apertura de la Conferencia Internacional de Artistas, en septiembre de 1952.

facilitar las mejores condiciones concretas posibles para esos técnicos [artistas]”,¹¹⁸ y advierte la necesidad de “márgenes de ocio” para los artistas, a fin de madurar la obra. Puede establecerse, a partir de estas opiniones, una postura editorial de aparente desinterés político a favor de una libertad artística que sea fruto de una percepción general del estatus social, y no de una orientación ideológica determinada.

III.5.7 Varios

Este grupo engloba una pluralidad de temas que ayudan a *Humanismo* a cumplir con el mayor de sus principios editoriales, el carácter heterogéneo de la “síntesis humanística integral” que se ha señalado anteriormente. El ensayo demuestra esa variabilidad temática en colaboraciones diversas sobre antropología –como los textos de Paul Westheim,¹¹⁹ “Arte, religión y mito” (núm. 5), “Realismo mítico” (núm. 7-8), y “Realismo mítico II” (núm. 9-10)–, sobre filosofía –“La transición filosófica en la edad alejandrina”, de Alfonso Reyes (núm. 3); “Pedro Caba y su sistema”, de Ismael Diego Pérez (núm. 6); “Jano, o la conciencia histórica”, de Aldo Salazar (núm. 6)–, sobre la obra de Gandhi –“La paradoja de Gandhi”, de Jawaharlal Nehru¹²⁰ (núm.7-8); “Mahatma Gandhi”, de Eugen Relgis (núm. 9-10)–, o sobre caricatura –“James Thurber, señor de la risa”, de Mario Monteforte Toledo (núm. 6). Ellos sustentan una independencia palpable coadyuvada por la naturaleza misma de los temas, heterogéneos e, incluso, poco comunes. Estos ensayos se mezclan con una serie de artículos similares que, sin el tono reflexivo, atienden multiplicidad de temas, incluyendo a aquellos de los ensayos

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 17.

¹¹⁹ Paul Westheim (1886-1963), crítico de arte alemán, vivió exiliado en México tras la expansión del nazismo en Europa. En este país desarrolló importantes investigaciones sobre arte prehispánico mexicano.

¹²⁰ Jawaharlal Nehru (1889-1964), político hindú, primer ministro de la India desde su independencia, en 1942, hasta su fallecimiento.

mencionados: cultura clásica,¹²¹ medicina,¹²² feminismo,¹²³ economía,¹²⁴ lingüística¹²⁵ y situación ambiental,¹²⁶ entre otros.

Sin embargo, lo que se observa es una disminución progresiva de esa temática variable, que tiende a ser abundante en los primeros números de vida de la revista, y que prácticamente desaparece una vez que ocurre la reorganización editorial, a partir del número 13. La lenta pero sostenida disminución de este grupo de temas heterogéneos es uno de los matices del fenómeno que se ha advertido también con otros temas de importancia; hay un progresivo aumento del material referente a lo político coyuntural que va haciendo a un lado los asuntos que daban a *Humanismo* un auténtico carácter cultural.

¹²¹ Puede nombrarse la serie de artículos que Alfonso Reyes publica bajo el título “Por los mares de Grecia”, entre el número 5 y el número 13.

¹²² “La inscripción de los ruidos del corazón”, de Jorge Meneses Hoyos (núm. 1), “Problemas de cirugía plástica”, de Jorge García y Álvarez (núm. 2).

¹²³ “Los orígenes del feminismo”, de Francisco Larroyo (núm. 2). A este respecto cabe señalar que no hay más aportaciones al tema de género. Tampoco la presencia de autoras es común; en los veinte números estudiados participan Gabriela Mistral (núm. 1, ensayo), Lilia Rosa (núm. 1, cuento), Irene Nicholson (núm. 4, crónica), Mercedes Durán (núm. 5, artículo monográfico), Clotilde Schondube (núm. 5, crónica), Margarita Nelken (núm. 6, semblanza/estudio), Paula Gómez Arroyo (núm. 11-12, artículo monográfico), y Yolanda Oreamuno (núm. 16, cuento).

¹²⁴ “La desvalorización monetaria” (núm. 7-8) y “Nueva política monetaria y de inversión” (núm. 11-12), de Mario Antonioletti.

¹²⁵ “Antigüedad de los idiomas amerindios”, de Honorato Ignacio Magaloni (núm. 1); “La fonética como instrumento de crítica literaria”, de Amancio Bolaño e Isla (núm. 5).

¹²⁶ “Los bosques que heredó esta generación”, de Hanz Lenz (núm. 3).

Conclusiones

La historia de *Humanismo*, como la de América Latina, refleja la presencia del intelectual definido por su contexto. El panorama histórico de mediados del siglo XX enmarcó factores que intervinieron en la conformación de redes de intelectuales y en los debates que los llamaban al encuentro. Escritores, artistas e ideólogos pervivieron bajo una de las coyunturas políticas de mayor densidad: la Guerra Fría y sus agudos efectos entre los Estados latinoamericanos. Esta condición histórica determina el papel del intelectual y eleva su disposición a participar activamente en su presente social, político y cultural; no solamente toma partido dentro de una serie de posturas ideológicas comunes dentro de su espacio y tiempo, sino a la vez, y a partir de esa inmersión en el devenir social, participa de la lucha por la autonomía del campo intelectual del que forma parte. En busca de esa autonomía, los intelectuales se debatieron entre su participación dentro de campos de poder, que comúnmente funcionan como fuentes de manutención, pero que a la vez intervienen la autonomía del campo intelectual, y la producción de bienes culturales, de naturaleza autónoma, que los legitime individualmente o como parte de un grupo, una institución cultural, etcétera. En las coyunturas latinoamericanas, estos debates estuvieron determinados por las filiaciones políticas del artista, por el apoyo o el rechazo de los intelectuales hacia determinados gobiernos, por la presencia de gobiernos represivos y dictaduras, por la persecución, la censura, el exilio o la muerte, consecuencias frecuentes de las discrepancias políticas. Es allí donde ciertas revistas juegan un papel importante como lugares autónomos del pensamiento y el quehacer literario, filosófico y artístico, como plataformas de expresión y legitimación, porque en ellas el intelectual participa activamente de la discusión de su presente, a la vez que promueven el pensamiento que no solo atiende a un espacio temporal determinado, sino a

ideas y conceptos de un proceso evolutivo mucho más amplio, que pueden ser tomados útilmente para su presente y para la proyección de un futuro individual y colectivo.

Humanismo formó parte de este fenómeno, en la medida en que funcionó como lugar de encuentro intelectual, que recupera una mirada universal de temas y conceptos históricamente tratados, al mismo tiempo que ubica a sus participantes en un punto geográfico y temporal determinado que les impone condiciones específicas de operación. Exiliados y mexicanos participan del proyecto, pero lo harán bajo dos condicionantes: mesura política no abierta a los radicalismos, y mesura crítica hacia el aparato estatal mexicano, encabezado por Miguel Alemán, primero, y Adolfo Ruiz Cortines, después. En Cuba, estas condicionantes políticas fueron tan influyentes que marcaron el cierre de la publicación, a modo de prudencia. La intervención externa sobre el campo intelectual tiene aquí un caso que ejemplifica el fenómeno latinoamericano.

Humanismo, como proyecto editorial, fue un espacio que condensó las vicisitudes de su presente y formó, desde su concepción, una postura ideológica de intervención social. Circunscrita a los conceptos de cultura, humanismo, izquierda democrática, nacionalismo y progresismo, definió su papel de “revista integral” dentro de su campo ideológicamente establecido. La conformación de su red intelectual de colaboradores confirmó esta postura inicial de participación cultural, política, económica e, incluso, científica, dictada por su cuerpo directivo. Pero esta función social abarcadora evolucionó progresivamente hacia una reducción de sus intenciones de intervención, proceso derivado de sus reorganizaciones internas. La segmentación en tres grandes etapas en la historia de la revista es esclarecedora para delimitar puntos de transición que explican de mejor manera esta evolución de unos principios y una línea editorial expresada en sus páginas.

De sus inicios como auténtica revista cultural de carácter integral, va transformándose en un órgano dominado por el tema político y social; la abundante diversidad que su componente cultural tuvo en su primera etapa deriva en una temática cultural encaminada hacia lo social, para luego reducir su presencia a mínimas expresiones relacionadas directamente con su material político. Así ocurrió también con todo el cúmulo de materias diversas que nutrían la publicación durante sus primeros números. Este proceso inicia en la última fase de la dirección de Puga, toma importancia durante la etapa de Raúl Roa y se agudiza profundamente en los números dirigidos por Ildemar Pérez Segnini y Juan Juarbe y Juarbe. La preocupación coyuntural decide progresivamente los rumbos de *Humanismo*, e intervienen en ella los debates continentales de orden político; la revista ya no se ocupa tanto de explicar al “ser latinoamericano”, sino de organizar socialmente a ese ser latinoamericano, si bien los radicalismos de la izquierda no entraron en su agenda. De cualquier manera, su función social, en su sentido integrador, devino función política de carácter subordinante que, a la larga, condicionó su continuidad.

De la división cronológica hecha a partir de sus cambios directivos, la etapa encabezada por Mario Puga es, sin duda, la que pudo definirse indiscutiblemente como “revista cultural” en su sentido más puro; esto es, en cuanto a la integración de una diversidad de disciplinas, temas y géneros textuales que guardan entre sí un carácter autónomo, organizado luego editorialmente. Literatura, arte y filosofía son ejes protagónicos en su estructura de contenidos. También lo son la variedad de géneros literarios que multiplican, a su vez, las formas de lectura. De ahí la elección de este periodo para abordar un estudio específico.

El repaso por las temáticas identificadas en los veinte números de esta primera época dio a conocer, inicialmente, un desarrollo individual de los segmentos. Después, permitió hacer un

balance del conjunto para la comprensión general de su primera etapa, respecto de sus criterios fundadores. La revista siguió una línea editorial apegada a sus principios de pluralidad, de revaloración del hombre como individuo y como parte de la colectividad, de entrelazamiento de ciencias y artes y de análisis del presente sociopolítico. Al paso del tiempo, sin embargo, esta variabilidad temática disminuyó. Primero lo resienten los temas que se han catalogado como “Varios” que, a partir del número doble 9-10 experimentan una disminución sustancial. A pesar de este fenómeno, los temas artístico y literario continúan siendo constantes, aunque la variabilidad dentro de ellos va siendo absorbida por una intención social, sobre todo a partir del abandono de Rafael Loera y Chávez del proyecto y la entrada de Luis Ignacio Rodríguez, nuevo organizador de *Humanismo* como empresa editorial. Para los números finales 17-18 y 19-20, la revista ha adquirido una vocación informativa de lo social-político latinoamericano, en general, y lo mexicano, en particular, tema dominador de sus páginas que comienza a intervenir con más fuerza en lo referido al arte y la literatura. El proceso, como puede observarse, también repercute en el ensayo, que ve disminuida su presencia respecto a los primeros números y que demuestra una transición editorial de lo reflexivo a lo programático.

La función del ensayo es doble: ya como género literario organizador de los principios editoriales, ya como un guía en el análisis de una línea editorial que se nutre de otros géneros relacionados. Sintetiza, principalmente, el camino que presenta el propio humanismo, que como concepto organizador de unos principios de proyecciones abarcadoras, va adecuándose a una mirada más específica, de alcance temporal. El cumplimiento de los principios editoriales de *Humanismo* no es general; si bien durante buena parte de esta etapa la línea editorial trató de respetar los ejes rectores, la evolución de la revista tuvo un punto de quiebre, casi al final,

en el que lo político-social comienza a definirse como denominador común de lo que la revista será en el futuro.

Bibliografía

Adorno, Theodor, *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, 1962.

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, *Conceptos de sociología literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

Aullón de Haro, Pedro, *Teoría del ensayo*, Madrid, Verbum, 1992.

Betancourt, Rómulo, *Leninismo, revolución y reforma*, México, FCE, 1997.

Bourdieu, Pierre, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Montessor, 2002.

Checa Godoy, Antonio, *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Sevilla, Alfar, 1993.

Crespo, Regina, “Revistas culturais e literárias latino-americanas: objetos de pesquisa, fontes de conhecimento histórico e cultural”, en Mary Anne Junqueira y Stella Maris Scatena Franco (coords.), *Cadernos de Seminarios de Pesquisa (Volume II)*, São Paulo, USP-FFLCH-Editora Humanitas, 2011, pp. 98-116. En <http://historia.fflch.usp.br/sites/historia.fflch.usp.br/files/CSP2.pdf> (generado el 25 de agosto de 2018).

Curiel, Fernando, Carlos Ramírez y Antonio Sierra, *Índice de las revistas culturales del siglo XX (Ciudad de México)*, México, UNAM, 2007.

De la Osa, Enrique, “Yo nunca he vacilado en abrazarme a la estrella”, en Raúl Roa. *El canciller de la dignidad*, México, Nuestro Tiempo, 1985, pp. 58-81.

De México a la Sierra Maestra, México, Nuestro Tiempo, 1981.

Devés-Valdés, Eduardo, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2007.

Díaz Arciniega, Víctor, *Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996)*, México, FCE, 1996.

Escalante, Roberto y Josefina Valenzuela, “Dr. Manuel Sánchez Sarto”, en Fernando Serrano Migallón (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, Porrúa/Facultad de Derecho, 2003, pp. 389-392.

Escarpit, Robert, *La revolución del libro*, Madrid, UNESCO/Alianza Editorial, 1968.

Fernández Barrero, María Ángeles, *El editorial. Un género periodístico abierto al debate*, Sevilla, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, 2003.

Flores Longoria, Samuel, *Raúl Roa y la Universidad de Nuevo León*, Monterrey, UANL, 2012. En http://eprints.uanl.mx/2780/1/libro_Raul_Roa.pdf (generado el 3 de noviembre de 2015).

Garciadiego, Javier, *El Fondo, La Casa y la introducción del pensamiento moderno en México*, México, FCE, 2016.

Gómez-Martínez, José Luis, *Teoría del ensayo*, México, Cuadernos Americanos/UNAM, 1992.

Granados, Aimer (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Juan Pablos Editor, 2012.

Grijelmo, Álex, *El estilo del periodista*, México, Taurus, 2007.

Kozel, Andrés, “América Latina en *Humanismo* (México-La Habana, 1952-1961)”, en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM/Eón, 2010, pp. 319-352.

_____ “Latinoamérica en la primera etapa de *Humanismo* (México, 1952-1954)”. En http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Articulos/Latinoamerica_en_la_primer_etapa_de_Humanismo.pdf (generado el 20 de mayo de 2017).

Lajous Vargas, Roberta, *Historia mínima de las relaciones exteriores de México (1821-2000)*, México, El Colegio de México, 2016.

Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1990.

Liñán Ávila, Édgar, *Géneros periodísticos: interpretaciones de la realidad*, México, UNAM, 2001.

Loeza, Soledad, “Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968”, en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 653-698.

Lukács, Georg, *El alma y las formas. Teoría de la novela*, México, Grijalbo, 1985.

Manrique, Nelson, *¡«Usted fue aprista»!. Bases para una historia crítica del APRA*, Lima, CLACSO/Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009.

Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo. Análisis diferencial*, Madrid, Paraninfo, 1998.

Meyer, Lorenzo, “De la estabilidad al cambio”, *Historia general de México (versión 2000)*, México, El Colegio de México, 2016, pp. 881-943.

Palacios, Guillermo, “México y América del Sur en la Segunda Guerra: ¿‘El paladín del latinoamericanismo’ o ‘La lengua hispánica de Estados Unidos’?”, en Mercedes de Vega (coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010. América del Sur*, (Volumen 4), México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, pp. 311-365.

Ramos Núñez, Carlos Augusto, *Historia del derecho civil peruano. Siglos XIX y XX*, Tomo V, volumen 2, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006.

Reyna, José Luis y Raúl Trejo Delarbre, *La clase obrera en la historia de México. De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964)*, México, Siglo XXI, 1996.

Roa, Raúl, *En pie 1953-1958*, La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1959.

Rojas, Rafael, “México y las dictaduras caribeñas, 1934-1959”, en Mercedes de Vega (coord.), *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010. Caribe*, (Volumen 3), México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, pp. 97-123.

Ruiz Guerra, Rubén, *Más allá de la diplomacia. Relaciones de México con Bolivia, Ecuador y Perú, 1821-1994*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2007.

Silva Herzog, Jesús, *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.

_____, *Mis últimas andanzas 1947-1972*, México, Siglo XXI, 1973.

_____, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI, 1972.

Soler Roca, Miguel, *El analfabetismo en América Latina. Reflexiones sobre los hechos, los problemas y las perspectivas*, París, UNESCO, 1989. En <http://unesdoc.unesco.org/images/0008/000858/085850sb.pdf> (generado el 29 de abril de 2018).

Ursúa, Francisco A., *El asilo diplomático*, México, Cvltvra, 1952.

VV. AA. *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat/FCE, 1983.

Véjar Pérez-Rubio, Carlos (coord.), *El exilio latinoamericano en México*, México, UNAM, 2008.

Vilchis Cedillo, Arturo, “*Boletín Titikaka (1926-1930): literatura y política en el corazón de los Andes*”, en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM/Eón, 2010, pp. 149-177.

Weinberg, Liliana, “El encuentro de un escritor y una revista: Alfonso Reyes y *Cuadernos Americanos*”, en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM/Eón, 2010, 293-317.

_____, *Umbrales del ensayo*, México, CCYDEL-UNAM, 2011.

Williamson, Edwin, *Historia de América Latina*, trad. de Gerardo Noriega Rivero, México, FCE, 2013.

Hemerografía

Humanismo, núms. 1 al 64-65 (1952-1961).

Kanev, Venko, “El manifiesto como género. Manifiestos independentistas y vanguardistas”, *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 21, 1998, pp. 11-18. En https://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_1998_num_21_1_1357 (generado el 12 de marzo de 2016).

Martínez, José Luis, “Las revistas literarias de Hispanoamérica”, *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 4-5, 1990, pp. 13-20. En https://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_1990_num_4_1_962 (generado el 12 de abril de 2016).

Sarlo, Beatriz, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 9-10, 1992, pp. 9-16. En https://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_1992_num_9_1_1047 (generado el 12 de marzo de 2016).

Suárez, Luis, “El pequeño gigante contra los dictadores de América (Entrevista con Jesús Silva Herzog)”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1983, pp. 7-14.

Archivo

Archivo Histórico Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores (AHGE, SRE):

Exp. Gil Coimbra.

Exp. Mario Alberto Puga Imaña.

Exp. III-1128-1 (I).

Exp. III-2060-1 (II).

Exp. III-2060-1 (III).